AAQ6110

Universidad Católica Andrés Bello
Facultad de Humanidades y Educación

Clío frente al espejo

La concepción de la historia en la historiografía venezolana del siglo XIX (1830 – 1865)

Tomo II

Trabajo de ascenso para optar al escalafón académico de profesora titular

Caracas
mayo de 2006

Prof. Lucía Raynero Morales
Escuela de Educación - UCAB

TRAB
ED2006
R3
v. 2

Universidad Católica Andrés Bello
Facultad de Humanidades y Educación

Clío frente al espejo

La concepción de la historia en la historiografía venezolana del siglo XIX (1830 – 1865)

Tomo II

Trabajo de ascenso para optar al escalafón académico de profesora titular

Caracas
mayo de 2006

Prof. Lucía Raynero Morales
Escuela de Educación - UCAB

II. La concepción de la historia en los historiadores venezolanos de mediados del siglo XIX

La historiografía venezolana de la emancipación surge en primer lugar por una necesidad de conocer cómo había sido la gesta que había provocado la ruptura con España, y, en segundo término, para justificar histórica y jurídicamente la creación de un nuevo Estado soberano.

La labor emprendida por los historiadores venezolanos fue la de narrar los hechos para cumplir, a través de la exposición de ellos, la primera aspiración: conocer lo acaecido (*rerum gestarum*) y explicar, en la medida de sus posibilidades, el por qué habían sucedido, y, además, justificarlos para cumplir con la segunda razón.

Esta historiografía de la emancipación refleja una interesante y peculiar concepción de la historia que no se puede –y no se debe– encasillar en alguna de las corrientes historiográficas europeas del siglo XIX, sino que es resultado de la convergencia de varias de ellas a lo largo del tiempo.

¿Cómo abordaron y conceptuaron la historia Feliciano Montenegro Colón, Francisco Javier Yanes, Rafael María Baralt, José de Austria, Juan Vicente González y Felipe Larrázabal? Detectar con precisión las influencias historiográficas a través de las fuentes bibliográficas utilizadas por estos autores es sumamente difícil. Por el contrario, la obra de Yanes, Baralt o González lleva en sí misma la respuesta; ahí se encuentran en abundancia los ecos de la concepción de la historia de cada uno de ellos. De aquí parte el análisis para llegar a conocer esa concepción de la historia. Pero antes de aplicar el bisturí y proceder a la disección de los textos es útil realizar un recorrido sintético por la historiografía de la antigüedad, del humanismo, del iluminismo y del romanticismo y liberalismo, con el fin de acercarnos con más

elementos de juicio al concepto de la historia que tenían estos historiadores venezolanos.

1. De la historia pragmática a la historia liberal

El relato histórico de la Antigüedad tenía unos fines utilitarios, se escribía con una finalidad moral o cívica, una lección que dejar. En síntesis, se hacía con un fin práctico, y por eso se le llama historia pragmática[1].

Así Polibio consideraba que "el conocimiento adquirido por el estudio de la historia verdadera es la mejor de todas las educaciones para la vida práctica"[2]. Tucídides, Salustio, Plutarco, Tito Livio y Tácito son modelos de este tipo de historia.

Esta noción de la historia pragmática está estrechamente relacionada con la idea de los ciclos o del eterno retorno[3]. Para los historiadores griegos y romanos de la Antigüedad, las sociedades humanas se asemejaban a los individuos, puesto que pasaban por un ciclo de nacimiento, juventud, madurez, envejecimiento y muerte, y al llegar ésta se cedía el puesto al sucesor. Este ciclo se repetía *ad infinitum*. De manera que estos antiguos descubrieron unas leyes que regían la sociedad humana y su historia y, por lo tanto, podían predecirlas. Por eso Tucídides narraba los hechos pasados para prevenir o augurar los futuros que serían idénticos o similares por el ciclo del perpetuo retorno, y Polibio buscaba en los casos análogos las mismas causas y las que no encajaban en el ciclo, las desechaba.

Otro elemento a considerar en la historiografía de la antigüedad es la intervención de la Fortuna o azar y la Providencia (los dioses). Los historiadores las hacían participar en mayor o menor medida según el grado de dificultad que presentaba un hecho, cuya causa, para ellos, era imposible de explicar, y como apunta Shotwell:

---

[1] Georges Lefebvre: *El nacimiento de la historiografía moderna,* Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1974, p. 17.
[2] Polibio: *Libro I,* en: James Shotwell, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, México, FCE, 1982, p.254.
[3] G. Lefebvre: ob. cit., p.36.

> La Fortuna era la cantidad desconocida, la x en el problema; pero era concebida en términos de religión, no de vida. Era el poder inexplicable, la providencia que está más allá de los cálculos del historiador, la suerte que rige al mundo primitivo, cubierta con las insignias del misticismo filosófico[1].

De la intervención fortuita de los dioses deriva un enfoque pesimista de la historia. En última instancia, los hombres como los grandes imperios, están sometidos a fuerzas que no pueden controlar. Un cambio inesperado en los hechos, una repentina sorpresa o lo simplemente inexplicable se le atribuyen a la suerte o a la providencia, que junto con la idea cíclica del retorno hacían caer a los historiadores de la Antigüedad en un pesimismo desconsolado[2]. La felicidad y la belleza –sobre todo para los historiadores romanos como Tito Livio, Salustio y Tácito– eran cosas del pasado; y si llegaban a ser cosas del presente, estaban condenadas a perderse en seguida. Por eso veían con admiración la Roma republicana, austera y victoriosa, que contraponían a su época presente signada por la corrupción imperial.

Y por último, para redondear un poco más sobre el conocimiento de esta historiografía de la Antigüedad se señala que el estilo utilizado para escribir o narrar las historias era el de los anales o de las décadas. Formas que se siguieron empleando en la Edad Media y en el Renacimiento y que los historiadores venezolanos de la emancipación continuarán, especialmente, con el modelo de los anales, como hicieron Yanes, Baralt, Austria y Larrazábal.

Con San Agustín la concepción providencialista de la historia toma un giro que tendrá importantes consecuencias. La providencia ya no la forman los dioses de la Antigüedad, ahora es un Dios único. La providencia se transforma –para Agustín– en una fuerza todopoderosa "que guía y dispone el curso de los acontecimientos, dirigiéndolos a un fin (...) y determina las grandezas y las

[1] James Shotwell: ob. cit., p. 226.
[2] Benedetto Croce: *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Editorial Escuela, 1955, p. 167.

catástrofes de los imperios para preparar el reino de Dios"[1]. Esta concepción rompe con la idea del eterno retorno, es decir, con la concepción cíclica de la historia, y ahora ésta es entendida como progreso. Aunque en ese progreso, en ese fluir, la historia ofrezca solamente pruebas "de los infinitos males que afligen a la humanidad, de los incesantes castigos de Dios y de la 'muerte de los perseguidores"[2]. Es también una historia pesimista, pero con una esperanza: el reino de Dios o como lo diría Agustín, la Ciudad de Dios.

Sobre la historiografía medieval se impone un silencio, porque ésta no añade ni quita, y tampoco ilumina, para la comprensión de la historiografía venezolana de la emancipación. Por eso vale adelantarse varios siglos y llegar a la época del Renacimiento.

Los humanistas italianos se interesaron profundamente por la Antigüedad, desarrollaron una preocupación por la gramática y el estilo correctos del latín y recuperaron el estudio del griego. Paralelamente iniciaron una cacería de documentos romanos en viejos monasterios medievales y de códices griegos en la agonizante Bizancio, para realizar impecables traducciones, cotejar diferentes manuscritos y comentarlos. Esta labor de los humanistas dio inicio a los primeros pasos de la crítica, la filología y la erudición que son indispensables para la historia.

El personaje que señala el comienzo de la historiografía propiamente dicha fue el humanista Leonardo Bruni[3], quien escribió en buen latín una *Historia de Florencia.*

La historiografía humanista tiene unas características peculiares que son las siguientes:

---

[1] Íd.
[2] Ibíd., p. 177.
[3] G. Lefebvre: ob. cit., p. 50.

- En la época del Renacimiento la historia se seculariza. Los humanistas apartan a un lado la providencia; en realidad, ella deja de intervenir en los acontecimientos. Sin embargo, a la idea del azar o la fortuna se le otorga un espacio. Maquiavelo consideraba que el curso de los acontecimientos se encontraba dividido en dos mitades: una, se le asignaba a la fortuna y, la otra, a la prudencia humana.[1] Guicciardini pensaba más o menos lo mismo. Es importante destacar que fuera de Italia, la historiografía humanista no se encontraba desligada del todo de la concepción providencialista, pues todavía no se había secularizado.
- La historia vuelve a ser pragmática, con el mismo sentido que tenía en Polibio. Es útil para la educación del príncipe o del político. También se vuelve a la forma usada por los antiguos: los anales, y se insertan los discursos como lo hacía Tito Livio[2].
- Otra característica relevante de esta historiografía es el protagonismo de los personajes. Las masas no cuentan, pues no son preocupación de los humanistas.
- Por último, estos historiadores humanistas se interesan sólo por la guerra y la política, a estos estrechos límites restringen sus intereses. Los hechos económicos y sociales están ausentes de la explicación histórica. Por ello, una revolución es causada por un personaje que se siente motivado simplemente por la intriga o la ambición[3].

En el siglo XVII, siglo por antonomasia de la revolución científica, reapareció –paradójicamente– la concepción teológica de la historia con el *Discurso sobre la historia universal* (1681) de Jacques Benigne Bossuet. Vieja idea concebida desde los tiempos de San Jerónimo y San Agustín. De nuevo Dios guía el mundo, premia los buenos actos y castiga los malos. Dios otorgó América a España porque ésta expulsó a los moros musulmanes; es decir, la

[1] B. Croce: ob. cit., p. 191.
[2] G. Lefebvre: ob. cit., p. 67.
[3] Ibíd., p. 70.

recompensó[1]. ¿Acaso no es la misma idea que esgrime Juan Vicente González en la *Biografía de José Félix Ribas*, cuando afirma que la huida proscrita de Bolívar, tras la caída de la Segunda República, fue un castigo de Dios por la Guerra a Muerte que había declarado? Pero, cuando Bolívar se arrepintió del terrible decreto, entonces Dios "le tomó de la mano, para convertirle en un instrumento de sus bondades"[2]. El premio no se hará esperar, a partir de allí se reinician las victorias y los triunfos de Bolívar hasta lograr la independencia.

La historia racionalista hace su aparición en el siglo XVIII y corresponde a la llamada historiografía de la Ilustración o iluminista. En este siglo, la razón ocupó un lugar protagónico en la mente de los *philosophes* de entonces. Es la época de los científicos e inventores, aunque ya desde el siglo anterior la ciencia se desarrollaba a ritmo acelerado. Se concibe a Dios como el conservador del orden del cosmos, como la base de ese orden. Los deístas lo consideraban la primera causa de las leyes de la Naturaleza. También se escuchaba con más fuerza la palabra progreso, y es en esta época cuando surgió a plenitud la idea del progreso humano. La población en Europa y en América aumentó como consecuencia de mayor higiene y mejor y variada alimentación; la riqueza se incrementó junto con los mercados y la burguesía y, en general, hubo un mayor bienestar. Por eso se le conoce como un siglo optimista, sobre todo en el orden de las ideas. Dentro de este conjunto de hechos se formó la concepción de la historia racionalista. Sus defensores desafiaron el poder de la Iglesia y la atacaron con una energía nunca antes vista. Voltaire fue un fiel exponente de esta postura, además de ser el fundador de la historiografía de la Ilustración[3].

---

[1] Ibíd., p. 98.

[2] Juan Vicente González: *Biografía de José Felix Ribas*, en: *La doctrina conservadora. Juan Vicente González,* tomo I, Col. PPVSXIX, Caracas, ediciones conmemorativas del bicentenario del natalicio del Libertador Simón Bolívar, 1983, vol. 2, p. 253.

[3] E. Fueter: *Historia de la historiografía moderna*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1953, tomo II, p. 24.

Por otra parte, la historia racionalista se interesa por otras civilizaciones distintas de la europea. De aquí que tome en cuenta a China, la India, Japón y América. La historia racionalista se convierte así en cosmopolita[1]. Sigue siendo pragmática, pero con un sentido distinto: ya no se enseña la historia "en beneficio personal del jefe del Estado, del príncipe, sino de resaltar el punto de vista de la burguesía de los negocios"[2] y también para que sirva a la instrucción pública, es decir, tiene un fin educativo.

La historia racionalista se interesa en la economía, en la riqueza y en el desarrollo de la civilización. Ya no es una historia sólo centrada en guerras, diplomacia y política como la humanista. Sin embargo, el pueblo, visto como masa, sigue siendo ignorado. Los grandes personajes tienen un peso muy grande en esta historiografía, pues son ellos los que pueden cambiar el rumbo de la historia. "Esa es la razón de que Voltaire distinguiese cada siglo destacado según el nombre de un gran personaje: Pericles, Augusto, León X, Luis XIV"[3].

Pero cuando los historiadores racionalistas no podían explicar o justificar los hechos, entonces recurrían a la teoría histórica de las catástrofes.

> [Esta teoría] hacía surgir de la nada, por un solo acto de voluntad, religiones y constituciones (...) desconoce el crecimiento lento y progresivo, y las secretas influencias internas provenientes de la educación, de la tradición, del género de vida, de la filosofía, etc. Hace intervenir a la providencia o al azar en el curso de la historia, de una manera tan abrupta como la de los déspotas instruidos en las instituciones de sus Estados. Es preciso que algún incidente sorprendente provocara fenómenos nuevos en la civilización[4].

Así el historiador racionalista inglés William Robertson –el mejor exponente de la teoría de las catástrofes– explica el Renacimiento como

---

[1] G. Lefebvre: ob. cit., p. 125.
[2] Íd.
[3] Ibíd., p. 127.
[4] E. Fueter: ob. cit., p. 18.

consecuencia de la toma de Constantinopla por los turcos en 1453. Según Robertson, de este hecho se derivó la huida de los intelectuales bizantinos que se refugiaron en Italia y desde allí difundieron el conocimiento de la Antigüedad y del mundo oriental. Por supuesto que la mudanza colectiva de importantes sabios griegos a Italia fue un factor importante en el origen y desarrollo del Renacimiento, pero no fue el único ni tampoco el determinante. Como se puede apreciar, Robertson atribuye al origen del Renacimiento en Italia a una causa única, reduce el hecho a un "acontecimiento único"[1], y se olvidó o no pudo ver que había que investigar los orígenes del Renacimiento en la vida misma de Europa occidental.

Además, la historia racionalista elimina la noción de continuidad, de desarrollo histórico, debido al papel de tanto peso que le atribuyen a los individuos o al azar. Las causas de un hecho no vienen de atrás, sino que surgen por un evento fortuito o por un personaje que tiene el poder de cambiar la historia. Esta concepción, producto del siglo de las luces, es antihistórica porque desconoce el pasado o simplemente lo menosprecia[2]. Pero hay que agregar que el desconocimiento de la Edad Media se debía, en buena medida, a la insuficiencia de las fuentes documentales de ese periodo. Todavía la crítica y la erudición no estaban suficientemente desarrolladas para llevar a cabo ese estudio. ¿Y la providencia? Con Voltaire la historia se hace totalmente laica[3]. Para él, solamente existen causas puramente humanas, la providencia ya no tiene influencia en la historia.

A principios del siglo XIX se seguían leyendo a los historiadores racionalistas y humanistas, pero en este siglo la historiografía tuvo naturalmente sus nuevos giros: aparecen la historiografía del romanticismo y la del liberalismo. La primera nace bajo un nuevo estilo creado "por el más

[1] B. Croce: ob. cit., p. 209.
[2] Ibíd., p. 213.
[3] G. Lefebvre, p. 141.

grande teórico de la estética romántica, por Chateaubriand".[1] Y bajo una nueva influencia: la novela histórica de Walter Scott.[2]

Los historiadores románticos consideraban que la historiografía racional o iluminista "carecía de vida", que era fría y sin emoción. En pocas palabras le faltaba el sentido del espectáculo. Esta visión era muy propia del romanticismo político francés que valoraba ideas y palabras como: heroísmo, sacrificio, grandeza, drama, sangre derramada y otras semejantes.[3]

Con los románticos aparece la doctrina del color local que no es otra cosa que la de ilustrar y reproducir de una manera fiel la época o el momento y el lugar a historiar. Los que llegaron a la exageración con esta idea "pretendían que la historia resucite el pasado, es decir, que exponga los sucesos de tal manera que el lector crea verlos presentes, ante él"[4]. La doctrina del color local no sólo fue acogida por los románticos, sino también por los historiadores liberales.

Sin embargo, es extremadamente complejo dar una definición única y orgánica de la historiografía del romanticismo. Solamente se puede llegar a una idea cabal de ella si se estudian por separado cada uno de sus representantes. Agustín Thierry es diferente a Leopold Von Ranke, aunque los dos están inspirados en la corriente del Romanticismo, sus métodos son distintos. Igualmente ocupa un puesto aparte y sobresaliente Jules Michelet. Esta diversidad en la historiografía romántica posiblemente se deba a que el Romanticismo no fue una doctrina, sino una corriente. En la política ocurrió lo mismo. Los escritores calificados de románticos adoptaron diferentes posiciones políticas. En Italia, la mayoría de los románticos eran liberales y algunos hasta republicanos. En cambio, en Francia Chateaubriand y Lamartine

---

[1] E. Fueter: ob. cit., tomo II, p. 120.
[2] Íd.
[3] Jean Touchard: *Historia de las ideas políticas*, ob. cit., p. 399.
[4] E. Fueter: ob. cit., p. 120.

eran monárquicos. En Alemania el romanticismo llegó a ser sinónimo de conservadurismo.[1]

Dos últimos puntos para concluir con la historiografía del romanticismo: la historia deja de ser "maestra de la vida", es decir, deja de ser historia pragmática, porque ahora a la pregunta ¿para qué sirve la historia? Se responde simplemente: para la historia misma. No en balde, el siglo XIX fue el siglo de la historia.[2] La segunda consideración es que se debe al romanticismo la fusión de los eruditos y los historiadores "de los indagadores de materiales con los hombres de pensamiento"[3]. Ranke sobresale en este campo. A él se debe el "establecimiento de normas precisas en cuanto a la investigación, crítica y publicación de las fuentes, siendo considerado 'padre de la heurística".[4]

Pero también la primera mitad del siglo XIX vio nacer a la historiografía liberal que es hija de la historiografía de la Ilustración. Los historiadores liberales son también racionalistas. Sin embargo, entre Voltaire y ellos se encuentra la Revolución Francesa.[5] Eso significó importantes cambios.

La historiografía liberal sirvió para justificar los principios políticos y sociales de sus propios autores. En este sentido, la historia se utilizó para combatir a la aristocracia y el despotismo y defender la burguesía, sustentadora de la libertad. De manera que es "una historia pragmática que proporciona argumentos a la vez que una lección".[6] La historiografía venezolana de la emancipación ofrece abundantes ejemplos de este pragmatismo.

---

[1] J. Touchard: ob. cit., p. 398.
[2] B. Croce: ob. cit., pp. 226-227.
[3] Ibíd., p. 224.
[4] Jorge Luis Cassani y A.J. Pérez Amuchastegui: *Del epos a la historiografía científica*, Buenos Aires, Ed. Nova, 1961, p. 139.
[5] G. Lefebvre: ob. cit., p. 169.
[6] Ibíd., p. 171.

Los historiadores liberales excluyen la intervención de la providencia, no por ateos, sino porque explican los hechos históricos a través de las causas naturales y humanas. Algunos consideran, además, que la historia no debe ser objeto sólo de estudio político, sino que debe abarcar la vida entera de la sociedad, el arte, la literatura, la religión, la ciencia. Es una historia integral.[1] Un notable representante de esta historia fue Francois Guizot. Sin embargo, la tendencia del estudio eminentemente político siguió teniendo un gran peso. Adolfo Thiers hizo, por ejemplo, una historia política de la Revolución francesa.[2]

Otra característica de la historiografía liberal es que deja de ser cosmopolita como la de la Ilustración, para ser ahora nacional o a lo sumo occidental. Y en esas historias el pueblo sigue teniendo un papel secundario. Para la historiografía liberal la Revolución francesa fue obra exclusiva de la burguesía; el pueblo, simplemente, la siguió. No hubo para estos historiadores revoluciones populares.[3]

A través del breve recorrido hecho por las diferentes corrientes historiográficas europeas, se pueden esbozar unas primeras caracterizaciones sobre la historiografía venezolana de la emancipación:

- Es sincrética porque fundió y asimiló diversos elementos de las distintas escuelas historiográficas de Europa que se formaron a lo largo del tiempo.
- Es pragmática por los fines que persiguió: educativos o justificativos de la independencia o de la clase dirigente que representaba o pertenecía.
- Es racionalista porque es fundamentalmente antihistórica al romper con el pasado colonial, tal como lo quisieron hacer los ilustrados con

[1] Ibíd., p. 174.
[2] Ibíd., p. 175.
[3] Ibíd., p. 176.

la Edad Media. Puede ser que el supuesto menosprecio o desconocimiento del período colonial haya sido por la escasez de documentos que disponían los historiadores venezolanos. El trabajo de recolección de materiales de la época colonial todavía no se había iniciado. Además, utiliza la teoría de las catástrofes para explicar los hechos: un personaje como Simón Bolívar, un incidente o el azar son capaces de cambiar la historia.

- Es liberal porque enfoca la historia como obra de una élite, los patriotas o blancos criollos, que tenía como misión guiar a la masa ignorante, y como hija de la historiografía de la ilustración también desprecia los tres siglos de dominación hispana.[1]
- Es romántica porque emplea fundamentalmente el estilo narrativo impregnado, a veces, de sentimientos y pasiones. El más notable exponente es Juan Vicente González. Todos los historiadores estudiados –a excepción de Montenegro Colón– se inclinaban, en mayor o menor medida, por expresiones típicamente románticas como héroes, gloria, genio, sangre derramada, eternidad y libertad.
- Esta historiografía también revela influencias del humanismo y la antigüedad. A estos historiadores les gustaba escribir bajo la forma de los anales. Sólo Montenegro Colón y Juan Vicente González escaparon de este influjo. Sin embargo, González no deja de invocar a los héroes de la antigua Grecia para compararlos con los criollos, así como tampoco oculta su afición por los historiadores griegos y romanos.
- Es providencialista porque Dios guía los hechos históricos para llevarlos a un fin: la independencia. También la providencia sirve para explicar las causas difíciles de desentrañar a los ojos de los historiadores venezolanos de la primera mitad del siglo XIX.

[1] J.L. Cassani y A.J. Pérez Amuchastegui: ob. cit., p. 163.

Es en el discurso de la obra historiográfica de Montenegro Colón, Yanes, Baralt, Austria, González y Larrazábal en donde se podrá obtener una mejor perspectiva del concepto de historia que manejaban estos autores a mediados del siglo XIX.

2. Feliciano Montenegro Colón: hacer la "historia verdadera"

La historia para Montenegro Colón es una estricta relación descriptiva de los hechos. El dato desnudo es el elemento a destacar en su historiografía. A veces, su apego al simple dato escueto y parco es tan fuerte que relata los hechos unos detrás de otros sin conexión entre ellos. Un ejemplo de esto es la mención del terremoto de Caracas de 1641 y, seguidamente, señala la llegada de seis capuchinos a Caracas en 1658.

> en la mañana del 11 de junio de 1641, siendo obispo Fr. Mauro de Tovar, sucedió un gran terremoto que arruinó la catedral y casi toda la ciudad, sufriéndose muchos desastres; en 21 de mayo de 1658 llegaron a Caracas seis capuchinos de la provincia de Aragón, que se habían solicitado a vista de los progresos que hacían las misiones y fundaron varios pueblos de que se hará mención en su descripción particular; en 1675, a resulta de haber fallecido Dávila Orejón, se encargaron del gobierno de la provincia los alcaldes del cabildo de Caracas[1].

Su discurso histórico presenta un desbalance en cuanto al contenido. Por una parte, dedica las primeras sesenta páginas a la descripción geográfica de Venezuela, los viajes de Colón y los exploradores que le siguieron, la fundación de ciudades y el proceso de la conquista, hasta culminar el siglo XVI. Por la otra, resume de una forma muy comprimida los siglos XVII y XVIII en tan sólo ocho páginas, y justifica su ajustada síntesis, al señalar: "Principiado el siglo XVII no ocurrieron en Caracas sucesos correlativos que merezcan referirse, ni tampoco los hubo hasta fines del siglo XVIII"[2].

Así, en tan sólo pocas páginas se podía, según Montenegro Colón, apretar el discurso y solamente reseñar los sucesos que merecían referirse. Dos importantes siglos de nuestra historia se obviaban y marcaban una ruptura entre el período colonial y el inicio de la vida republicana. Se cortaba con la pluma el cordón umbilical que unía España con la joven nación que despuntaba a la vida independiente. ¿A qué se debía esta ruptura? Se pueden

[1] Feliciano Montenegro y Colón: *Historia de Venezuela,* ob. cit., tomo I, p. 158.
[2] Ibíd., p. 153.

conjeturar dos interrogantes. Montenegro ¿no disponía de suficiente documentación para elaborar la historia de ese período? o ¿simplemente consideró de poco valor la historia colonial? Quizás la respuesta se encuentra en las dos preguntas: por una parte, no contaba con los documentos suficientes para historiar los siglos XVII y XVIII; por otra, se revela un prejuicio por parte de los historiadores que siguen la historiografía de la Ilustración: desprecio por el pasado que consideran de poco aporte en los avances de una sociedad. Se puede aseverar, entonces, que la obra de Montenegro es antihistórica por reducir al mínimo el pasado colonial.

De lo que sí estaba consciente era de la escasez de análisis y heurística de su discurso. Justificaba la falta de explicación de los hechos a la brevedad impuesta de su relación histórica. De manera, que dejaba a otros la misión de escribir una historia de Venezuela con otra extensión que permitiera el detalle y la interpretación.

> Como sería muy difuso entrar en relación de las operaciones militares ejecutadas en abril y mayo [1831] por parte de los insurrectos del Oriente... dejando al que pueda escribir la historia de Venezuela, con otra extensión, el detalle que es necesario para comprender los movimientos que entonces se practicaron[1].

Pero también hay que destacar algo: a Montenegro no le gustaba ahondar en aquellos hechos que él consideraba espinosos o delicados. Pretendía tener el cuidado de no pormenorizar sobre los asuntos en los que, por mucha explicación, cayera en subjetividades e hiriera susceptibilidades. Tal era el caso de la expulsión del arzobispo de Caracas, Ramón Ignacio Méndez, debida a su resistencia a jurar la constitución de 1830. De nuevo recurría a su anterior excusa: no entraba en mayores detalles porque la brevedad de su obra se lo impedía.

[1] Ibíd., tomo II, p. 283.

> Como lo delicado y difuso de dicho proceso no permite ahora un detalle minucioso, porque sería incompatible con la brevedad de esta relación, dejando para otras plumas experimentadas las observaciones que hayan de convenir a su ilustración[1].

Para Montenegro era de suma importancia dejar a la posteridad una "historia verdadera" de Venezuela. Por eso, tenía el cuidado de consultar las fuentes que le brindara el dato exacto, independientemente si la fuente era realista o patriota. O a veces, se desentendía de ambas y se dedicaba a buscar "el testimonio de hombres francos".

> Es probable que algunos adviertan en estos apuntes históricos que muchas veces adopto en mis relaciones las fechas de los partes oficiales españoles, prefiriéndolos a los de los patriotas, como sucede con la del día en que se dio la acción de la Cruz; y que en otras me desentiendo de lo que refieren los mismo partes y los boletines de unos y otros, como sucede con el dato por Bolívar sobre el ataque de la Gamarra y sobre los circulados por Morillo sobre otras funciones; en cuanto a lo 1.º, he debido proceder de aquella manera porque examinando algunas memorias y noticias de oficiales patriotas, de aquéllos que hacían la guerra en nuestros desiertos, comprendí al momento y me han confirmado algunos, en el concepto de que ignoraban con frecuencia o se olvidaban hasta de los días de la semana; con respecto a lo 2.º, como es constante que los jefes empeñados en una guerra refieren los sucesos a su modo o con de sus respectivas posiciones, aspirando a la exactitud de los mismos apuntes y, a la vez de que no me son desconocidos los pormenores de mucha parte de la campaña, he rectificado otros, oyendo a los que la han seguido, y no perdonando trabajo para adquirir el testimonio de hombres francos, interesados también en dejar a la posteridad la historia verdadera de nuestro país[2].

Además de esta preocupación por el dato exacto se encuentra otro interesante rasgo que amplía su noción de la historia. Es una impronta característica de los historiadores venezolanos de la primera mitad del siglo XIX: la creencia en que la historia está encarnada en un grande hombre elegido por la Providencia. Sin embargo, hay que destacar que este rasgo en

---

[1] Ibíd., p. 259.
[2] Ibíd., p. 27.

Montenegro no es determinante. Tan sólo una vez en su *Historia de Venezuela* aparece Simón Bolívar como el hombre elegido por Dios.

> No obstante la serie de triunfos obtenidos en el Oriente en siete meses consecutivos, reservado como estaba a otro genio dar impulso a la guerra de independencia, a que se habían lanzado los ilustres campeones de Cumaná y Margarita, se hace forzoso volver al año de 1812 para hallar en *un hijo de Caracas el hombre destinado por la Providencia para dirigirla y terminarla*, y que a la entrada de Monteverde sólo se había hecho conocer por su emprendedora amovilidad y por aquel temple de alma con que supo desplegar después los rasgos sublimes y las cualidades guerreras que debían conducirlo al templo de la inmortalidad. *Era el coronel Simón Bolívar el elegido para tan grande obra.*[1] (cursiva nuestra)

Después de este párrafo no hay otro en el cual ni la Providencia ni el destino se manifiesten a favor del "elegido" Bolívar. Hasta aquí llega su concepción providencialista de la historia. Lo que le pasará a Bolívar en las páginas siguientes será fruto de su obra y acciones. Dios solamente, según Montenegro, eligió al hombre para que realizara la más importante empresa de Venezuela: lograr su independencia.

Si bien el autor no se muestra muy apegado –al menos, eso se desprende de la lectura del discurso– a las jugadas del destino o a las travesuras de las coincidencias, inserta en el tomo II de su *Historia de Venezuela* una interesante relación de hechos que coinciden unos con otros y que hace ver a la historia como dotada de un guía inevitable llamado Destino.

> pero habiéndose dicho (...) que no era posible desentenderse de ciertas coincidencias que interesaban al hombre en sociedad; leyendo ahora las escritas por un respetable e ilustrado compatriota nuestro; omitiendo, como él observa, otras muchas referidas por varios historiadores; y considerando exacto su juicio, sobre que, por más casuales que parezcan, siempre producen impresiones de que no pueden libertarse los más despreocupados filósofos, cuando recuerdan los nombres de algunos jefes o soberanos que han fundado o perdido imperios, su nacimiento, muerte y otras circunstancias, inserto al

[1] Ibíd., tomo I, p. 243.

propósito de aquel suceso [la muerte del Libertador] las que todos tendrán por muy notables.

Rómulo y Augusto fundaron la monarquía e imperio romano, y el hijo de Oreste que lo perdió en el año de 475 de la Era vulgar, había reunido en sí aquellos nombres tan memorables, nombrándose Rómulo Augustulo.

... ...

El horóscopo de la América parece cifrado en el nombre de los Fernandos, y en los 19 de abril, pues Fernando V la adquirió en 1492 y Fernando VII la perdió en el 19 de abril de 1810, en cuyo día se experimentó en esta capital el año de 1749, reinando Fernando VI, el primer movimiento contra el poder arbitrario de los mandones de la metrópoli, acaudillado por Juan Francisco León.

En el 19 de abril de 1775 se derramó la primera sangre por la independencia de la América del Norte en Lexington y Concord, a resultas de una orden del general Gage para derribar los almacenes militares que había en Concord.

Adams y Jefferson, patriarcas de la independencia del mismo país y miembros del Congreso en que firmaron la declaración de independencia en 4 de julio de 1776, murieron en igual día en 1827.

Simón Bolívar, procurador de esta ciudad, obtuvo del rey en 1590 la gracia de introducir cien toneladas de negros, sin pagar derechos; y otro Simón Bolívar proscribió en Venezuela la esclavitud en 1816.

Este último, *Libertador de Venezuela* y *Nueva Granada*, fundó la república de Colombia en 17 de diciembre de 1819, en que se decretó por el Congreso de Angostura la ley fundamental; en igual día del año de 1830, y casi a la misma hora en que se hizo la proclamación, falleció en la quinta de San Pedro Alejandrino, a una legua de Santa Marta[1].

Esta digresión hecha por Montenegro, aparece como pie de página y comentario complementario a la muerte del Libertador en la *Historia de Venezuela*. Lo que buscaba el autor era destacar las coincidencias, que para él, por cierto, no eran casuales, y que han aparecido a lo largo de la historia. El mismo fundador de la república, no escapaba a estos designios.

[1] Ibíd., tomo II, pp. 261 – 262.

3. Francisco Javier Yanes: la historia como maestra de la vida

De la lectura de las dos principales obras de historia de Francisco Javier Yanes: el *Compendio de la Historia de Venezuela desde su descubrimiento y conquista hasta que se declaró Estado independiente* y la *Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado independiente hasta el año de 1821*, se desprende su concepción de la historia.

La historia es, para Yanes, una simple narración continua y cronológica de hechos, una sucesión de eventos colocados unos tras otros, ordenados en fila, para que el lector los deguste uno a uno sin provocar complicaciones e indigestiones intelectuales. Yanes sencillamente expone los hechos, pues no intenta llevar a cabo una interpretación o explicación de los mismos, para que sea, precisamente, el lector el que concluya o interprete sobre esos sucesos. Lo que le interesa es la exactitud del dato dentro del tiempo y del espacio; lo demás, como el análisis, la crítica o la interpretación no tienen cabida en su obra historiográfica por temor a caer en subjetivismos, como él afirmaba, ajenos al verdadero espíritu del historiador y porque aún había muchas personas que habían sido protagonistas de la historia patria y ante las cuales quería aparecer como una persona objetiva e imparcial.

La escueta narración de los hechos y la pretendida imparcialidad son dos características relevantes de su noción de la historia. Así lo hace saber en el *"Preliminar"* del *Compendio*.

> Los hechos se refieren con puntualidad, según los tiempos y lugares en que ocurrieron, dejando al lector las consecuencias y reflexiones que de ellos se deriven, pues si las hiciera el que ha tenido alguna parte en la revolución, podrían considerarse inspiradas por el espíritu de partido; y no sin razón, porque los hombres pocas veces se desprenden de las ideas y pasiones movidas por los sucesos contemporáneos en que han intervenido[1].

[1] Francisco Javier Yanes: *Compendio*..., ob. cit., p. 12.

Yanes como protagonista y testigo de la revolución de la Independencia debía guardar la discreción necesaria que la historia objetiva e imparcial reclamaba. Sin embargo, dos características no son suficientes para una definición de la historia o, al menos, a algo que se aproxime a una definición o concepto. Se vale completamente de Marco Tulio Cicerón para precisar su idea:

> La historia es el testigo de los tiempos, la antorcha de la verdad, la maestra de la vida, y la pregonera de la antigüedad[1].

Al apropiarse del lenguaje ciceroniano, aprueba las propiedades que el tribuno romano otorgaba a la historia como son el pasado que se estudia (*testigo de los tiempos*) y la veracidad de los hechos (*la antorcha de la verdad*). Además, la historia ofrece lecciones que sirven a las generaciones presentes y futuras (*la maestra de la vida*). Aquí se aprecia su inclinación por la historia fundamentalmente pragmática, muy propia de los antiguos. Y por último, la historia se encarga de difundir ese pasado (*la pregonera de la antigüedad*).

Pero todavía no está completa su noción de la historia. Para terminar de definirla debe determinar cuál es su objeto y, sobre todo, debe expresar la idea de cómo se formaron los pueblos que hacen la historia, pues sin aquéllos no hay ésta.

> su objeto, y el fruto que de su estudio se ha de sacar es fijar y comparar los tiempos y los acontecimientos, especificar los principales hechos, indagar las tradiciones, examinar los documentos y actos públicos, y manifestar el influjo y resultado de la legislación en los bienes y males de los pueblos. Así que será una buena historia la que dé idea de la formación de su pueblo, y de qué modo, mejorándose sucesivamente ha llegado del estado salvaje de las tribus y razas primitivas a la altura de la civilización y al desarrollo de las naciones modernas[2].

---

[1] Íd. "Historia vero est testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis". Cicerón: *De Oratore*, li. II, cap. 9; 36.
[2] Ibíd., pp. 12-13.

Las últimas líneas demuestran la influencia de la historiografía de la Ilustración, porque para Yanes una "buena historia" es aquella que se interesa por el desarrollo de la civilización y estudia la evolución de un pueblo o nación. Sin embargo, este sentido de evolución no es completo; porque, si bien el autor indaga en las tradiciones, examina los documentos y expone el influjo y los resultados de las legislaciones de esos pueblos, no trasciende al hecho, porque no estudia el efecto que han tenido todos esos elementos posteriormente en la sociedad. Yanes no tiene una visión completa de la historia evolutiva, pues la concibe sólo como el progreso de un pueblo determinado que va desde su estadio primitivo hasta la formación del Estado–Nación. Se detiene en la época de la Independencia, sin llegar a desarrollar y profundizar en la etapa siguiente: las consecuencias. Se observa su miedo a analizar su propia época.

Un teórico de la historia, Ernest Berheim, afirma que toda historia evolutiva debe ir precedida de causas y seguida de consecuencias.

> [la historia evolutiva] tiene como fin propio el conocimiento de los hechos según las causas que los determinan. Se trata de saber cómo ha sucedido cada hecho histórico, esto es, cómo ha llegado a ser lo que fue en su época y qué influencia ha tenido posteriormente. En este sentido estrictamente neutral de la continuidad, podemos hablar de evolución[1].

En sus dos obras, Yanes se detiene en dos importantes hitos históricos. En el *Compendio*, finaliza con el acto de declaración de independencia y su justificación. Y en la *Relación documentada* en los hechos de 1821, cuando Venezuela se ve libre del ejército realista. Hasta allí llegan sus relaciones históricas, que si bien se van tejiendo las causas a través de la narración de hechos que preceden a otros hechos, no dice de qué manera esos hechos influyeron posteriormente. Posiblemente esto se deba a su pretensión de ser lo más objetivo y no de aparecer con ánimo de facción o partido. De allí, que él

[1] Ernest Berheim, citado por Carlos Rama: *Teoría de la Historia*, Madrid, Editorial Tecnos, 1974, p. 150.

mismo haya explicado que dejaba al lector las reflexiones y las consecuencias que se derivaban de esos hechos.

Esto es lo que esboza el autor como concepto de la historia en el "*Preliminar*" del *Compendio*. Se puede añadir una última característica: si bien Yanes pretende mostrar sólo hechos –y en buena parte lo consigue– no por ello dejan de filtrarse sus opiniones a lo largo de las dos obras. El duro juicio emitido contra la dominación española, en especial, el papel de los conquistadores y el de los realistas europeos en la guerra de Independencia, tiene un objetivo bien definido, el de señalar a los enemigos de la patria. En ambas obras el mensaje es constante y se advierte el propósito que persigue. La justificación de la independencia necesita, además de explicaciones doctrinarias, de hechos concretos, muy específicos que demuestren y expliquen por sí mismos el por qué de la emancipación. De nuevo la historia se vuelve pragmática, pero no con un fin educativo, sino para justificar el acontecimiento más importante y decisivo de Venezuela: la independencia. Esta clase de pragmatismo en la historia la emplearon los historiadores liberales del siglo XIX como se ha explicado más arriba. Esto no lo perdió de vista Francisco Javier Yanes.

> Las prisiones, proscripciones, tiranías y crueldades decretadas y consentidas por Monteverde causaron una desolación en Venezuela mucho más espantosa que la de los Belzares[1].

Añade que ni Ambrosio Alfínger habría sido tan cruel como Domingo Monteverde, de haberse hecho la conquista en 1812.[2] Era en la nacionalidad española donde radicaba la crueldad, pues los alemanes no llegaron a cometer tantos abusos en aquella época.

---

[1] F.J. Yanes: *Relación documentada*...ob. cit., tomo I, p. 81.
[2] Íd.

A lo largo de la lectura de la *Relación documentada* se aprecian dos momentos claves que sirven para completar la concepción de la historia de Yanes. El primero se refiere al error cometido por Francisco de Miranda por no haber sabido equilibrar en su justo valor las cualidades militares de Bolívar, al dejarle injustamente en la comandancia de Puerto Cabello, en vez de brindarle la oportunidad del campo de batalla, pues "Este es el hombre a quien la Providencia tenía destinado para afianzar la independencia"[1]. El papel de la providencia hace su primera aparición en su discurso histórico.

La segunda manifestación de providencialismo, surge con otra figura tan importante como Bolívar: José Antonio Páez. De nuevo la intervención de la mano de Dios no se hacía esperar para rescatar o salvar a los que estaban predestinados a socorrer la patria de los tiranos.

> el catalán José Puig [comandante de la plaza de Barinas] (...) dispuso fuese alanceada una multitud de personas que tenía aherrojadas en la cárcel, escapándose algunos porque el feroz catalán fue informado de que no había tiempo para consumar tan cruento y horroroso sacrificio: fue uno de estos el capitán José Antonio Páez, a quien la Providencia libertó de esta catástrofe para que fuese el terror de los tiranos[2].

El texto habla por sí solo.

Cuando la imaginación, la exaltación y el sentimiento se deslizan a lo largo de las páginas de la historia encontramos lo que se denomina *romanticismo*. En Yanes existen atisbos de esta corriente, aunque jamás se le puede señalar como un romántico. En realidad, sólo un párrafo de su *Relación Documentada* presenta estas tonalidades. En relación con la campaña iniciada por Bolívar para libertar a la Nueva Granada en 1819, expresa:

> Glorioso y eterno será el nombre de los que en esta empresa arrostraron obstáculos, peligros y necesidades indecibles, atravesando caudalosos ríos, profundo caños, el extenso y terrible estero de Cachicamo, y el de los que se le incorporaron, en la misma provincia,

[1] Ibíd., p. 82.
[2] Ibíd., p. 140.

> para cruzar los horribles desfiladeros del temible páramo de Pisba y otros, desnudos, sin qué comer y convencidos de que tantas penalidades no tendrían término, si no triunfaban de los realistas que los esperaban bien prevenidos y sedientos de sangre[1].

Gloria, eternidad, derramamiento de sangre y hasta el vencimiento de los obstáculos de la Naturaleza son expresiones frecuentemente utilizadas por los historiadores románticos.

Si bien Yanes aspiraba a hacer fría y desnuda exposición de los hechos, no dejó de salpicar la historia con opiniones y juicios personales, intervenciones divinas y hasta con el puro sentimiento patriótico, que se traduce –aunque brevemente– en literatura romántica, y lo más importante, subyace en su discurso histórico, el desarrollo de una doctrina justificativa de la independencia. Así veía la historia un hombre que fue artífice de la república, partícipe de la guerra de emancipación y testigo de muchos acontecimientos que se produjeron a lo largo del proceso de independencia y después de éste.

[1] F.J. Yanes: *Relación Documentada*, ob. cit., tomo II, p.

4. Rafael María Baralt: la historia vista desde la otra orilla

Rafael María Baralt comienza el *Resumen de la Historia de Venezuela* con una visión racionalista, muy propia de los filósofos ilustrados del siglo XVIII. Un ejemplo claro de ello, es su concepción de la Edad Media. Para él ese período de diez siglos, que siguió a la caída de Roma, fue de absoluta oscuridad.

> apagóse por mucho tiempo en el mundo antiguo la luz del saber y gimió la humanidad bajo el triple yugo de la ignorancia, de la superstición y el despotismo[1].

Más adelante afirma que ésta fue una época de disgregación política e inseguridad que hizo imposible la consecución de empresas comunes bajo el cetro centralizador y ordenador del rey. La atomización del poder impidió el desarrollo del comercio y, por ende, de la navegación y el conocimiento de la geografía.

> Mal podían dedicarse entonces a empresas de común provecho reyes poco seguros sobre sus tronos, en continua guerra con vasallos poderosos que les disputaban la autoridad, ni pueblos infelices cuya suerte era vivir oprimidos por unos y por otros. Y entre todas, la que más descuidada debió ser en aquel tiempo infausto, fue la ciencia exploradora de la tierra, la que nos enseña sus diversos accidentes, situación, habitadores y costumbres; porque esta ciencia cuya perfección depende de las otras muchas, progresa a la par del comercio marítimo, casi nulo entonces[2].

Baralt desconocía, como muchos historiadores de su tiempo y además influidos por la historiografía de la Ilustración, los avances que en materia de comercio marítimo se habían logrado en las repúblicas italianas desde el siglo X. Pensaba que sólo a partir de las Cruzadas se habían provocado los cambios en Europa que habían ayudado al progreso de la civilización occidental.

---

[1] Rafael M. Baralt: ob. cit., tomo I, pp. 1-2.
[2] Ibíd., p. 2.

> Pereció la grandeza romana; diez siglos transcurrieron y muy poco se había adelantado en geografía. Allá en el IX se descubrió la Groenlandia; doscientos años después contribuyeron las cruzadas al progreso de la civilización en Europa y se adquirieron por su medio noticias más extensas y exactas del Occidente y mediodía del Asia[1].

Este párrafo sirve para ilustrar la adopción de la teoría de las catástrofes por parte de los historiadores racionalistas y de los que seguían esta escuela. Fueter señala, como ya se ha indicado más arriba, que esta teoría da una explicación a algunos hechos históricos como, por ejemplo, el desarrollo del comercio y la industria, a fuerzas inesperadas y sorprendentes (la providencia, el azar, un incidente o un personaje) que provocaban fenómenos nuevos y hacían progresar la civilización europea. Todos los historiadores venezolanos de la primera mitad del siglo XIX hicieron intervenir, en mayor o menor medida, a la providencia, al azar o a un personaje en sus discursos históricos y consideraron que aquéllos provocaban cambios en el devenir de la historia. Por ejemplo, Simón Bolívar fue ese "incidente sorprendente" que apareció, además, por la intervención divina. Por eso Baralt señala que el Libertador cambió, sólo por la fuerza de su persona, el curso de la revolución emancipadora: "se levantó un hombre superior cuyo espíritu penetró en el caos de la revolución y dio luz a sus tinieblas"[2].

Para Baralt, las Cruzadas auxiliaron determinantemente en el desarrollo comercial europeo, tras siglos de inacción en exploraciones geográficas. Aparecieron ellas y el curso de la historia cambió. Por lo tanto, en la época precedente a las Cruzadas muy pocas naves se aventuraron a dirigir sus velas a Levante. Actualmente se conoce que el comercio entre Europa y Oriente nunca se interrumpió, aún en los períodos de menor intercambio comercial[3]. La historiografía de la Ilustración se caracterizó por estudiar de manera

---

[1] Íd.
[2] Ibíd., tomo II, p. 299.
[3] N.J.G. Pounds: *Historia económica de la Europa medieval*, Barcelona, Editorial Crítica, 1981.

insuficiente y superficial los materiales de la Edad Media, o de cualquier período que fuera lejano a esos autores.

> [los historiadores] creían que sus investigaciones, sobre todo en lo que se refiere a la Edad Media, tocaban problemas complicados que no podían resolverse por apresurados juicios de diletantes. No es sin razón que evitaron deliberadamente la historia de la Edad Media. Cuando se aventuraron sobre ese terreno, calificaron sus trabajos de *Ensayos*, como Voltaire, o los ocultaron bajo una introducción como Robertson[1].

Según Baralt, sólo a finales de la Edad Media, españoles y portugueses emprendieron viajes de exploración organizados que, únicamente encontraron en ellos peligros y desastres. Hasta que apareció el hombre destinado por la providencia para darle un nuevo vigor a esos viajes y a sus desanimados marinos: Cristóbal Colón.

> Así que, desanimados los marinos, desistían ya de la empresa de internarse en los mares, cuando presentándose un ingenio extraordinario en la escena del mundo, indicó mejor método y camino a los descubrimientos y los hizo portentosos, poniendo al género humano en posesión del patrimonio que lo destinó: la Providencia.
>
> Este hombre extraordinario fue el genovés Cristóbal Colombo, o Colón, como se llamó en España, y como hoy le nombra la historia; sujeto doctísimo en la náutica y dotado de grande espíritu y valor[2].

Nuevamente, se aprecian en estos dos párrafos la influencia de la teoría de las catástrofes en el historiador zuliano.

Si bien la historiografía racionalista se había laicizado con Voltaire, el providencialismo en la historia de Baralt sigue teniendo una presencia de cierta consideración. En el *Resumen de la Historia de Venezuela* recurre a la providencia diez veces a lo largo de los tres volúmenes de su obra. Unas veces la providencia premia a Colón por sus sacrificios[3]; otras, le inflige una gran

---

[1] E. Fueter: ob. cit., tomo II, p. 20.
[2] R.M. Baralt: ob. cit., tomo I, p. 6.
[3] Ibíd., tomo I, p. 29.

cantidad de penas con la finalidad de ponerlo a prueba, para luego redimirlo[1]. A veces, la providencia tiene unos designios inescrutables e inexplicables sobre un determinado pueblo; en este caso, el pueblo americano que fue condenado –según Baralt– a la miseria de la servidumbre una vez que los españoles conquistaron América[2]; o, por el contrario, la providencia otorgaba un inmenso poder a una persona, como a Felipe II, y sin embargo, sus torpes manejos en política exterior diluían esa fuerza y poderío. Pero en donde mejor se complace la providencia es en Simón Bolívar porque él era su elegido para llevar a cabo la independencia de Venezuela.

> aquel hombre extraordinario a quien la providencia había escogido para cumplir el destino de su patria[3].

Aún en los mayores peligros y riesgos para el Libertador, allí estaría la providencia a su lado para protegerle la vida como había hecho en muchas otras ocasiones.[4]

Pero, así como la providencia elegía a los hombres destinados a cumplir una importante y gran misión, así también la providencia allanaba el camino con tropiezos y dificultades. Por eso Bolívar "como todos los hombres a quienes dio el cielo el poder de concebir lo grande y la voluntad de ejecutarlo, halló dificultades en el tiempo y en los hombres cuando trató de realizar su empresa"[5]. Como se aprecia, no era nada fácil ser un elegido por Dios.

Sin embargo, la providencia se veía, a veces, en minusvalía ante una fuerza desconocida que fijaba de antemano los acontecimientos: el destino. Bolívar en 1829 había logrado la independencia de América, es decir, había cumplido con el destino que la providencia le había asignado, y aquí destino es sinónimo de meta, fin, consecución de algo. Pero el destino como sinónimo de

---

[1] Ibíd., tomo I, p. 112.
[2] Ibíd., tomo I, p. 395.
[3] Ibíd., tomo II, p. 315.
[4] Ibíd., tomo II, p. 387.
[5] Ibíd., tomo III, p. 154.

hado, que no tiene nada que ver con la acción de la providencia, llevaba a Bolívar por otros parajes que escapaban totalmente a su control.

> Apagado el fuego de la guerra civil, vencidos los enemigos extranjeros, obedecida y respetada la autoridad de Bolívar de un extremo a otro de la república, parecía ser que la Providencia, segundando sus ideas, le presentaba la ocasión de realizarlas. Tal era, empero, su destino que cuando más cercano creía hallarse al vencimiento, llamábanle al combate nuevos enemigos, convirtiéndose frecuentemente en obstáculos los mismos medios que empleaba para removerlos[1].

Y por último, hay otro elemento que interviene en el *Resumen de la Historia de Venezuela*: la fortuna. La diosa de la suerte no tiene mucho espacio en esta obra, apenas es mencionada y el hecho que escoge Baralt para señalar su benéfica intervención es cuando ella salva al Libertador, tras el atentado contra su vida el 25 de septiembre de 1828.

> La fortuna que tantas veces salvó al Libertador por medios maravillosos y extraordinarios, le sugirió el pensamiento de arrojarse a la calle por una ventana que por descuido o precipitación se había dejado sin custodia[2].

Obsérvese que es la fortuna la que induce al Libertador a lanzarse por la ventana para salvar su vida y no fue el instinto de conservación o el sentido común la causa de su decisión.

Esta digresión sobre el providencialismo en la historiografía de Baralt sirve para mostrar que su concepción de la historia tiene influencias de los historiadores de la antigüedad y de los del humanismo. Sin embargo, cuando Baralt elabora el concepto de historia, abre totalmente las puertas a la noción que de ésta tenían los ilustrados del siglo XVIII.

> Los escritores antiguos eran más inclinados a contar batallas y sucesos sorprendentes que a conservar los hechos relativos a la industria, al

[1] Ibíd., tomo III, p. 316.
[2] Ibíd., tomo III, pp. 292-293.

> comercio y a la civilización, que son los que forman la parte verdaderamente útil de la historia, si es que ésta ha de ser más bien una lección que un entretenimiento[1].

Por una parte ésta es la concepción de la historia pragmática de los racionalistas: la historia persigue un fin educativo, no de entretenimiento[2]. Y, por otra, se trata de hacer la historia de la civilización, es decir, de la economía, del comercio y de la industria, y no la descripción de las guerras y la diplomacia[3]. ¿Por qué la preocupación de Baralt de ofrecer una historia pragmática y, a la vez, de enfatizar en el modelo de la historiografía de la Ilustración? Por dos motivos que él expone, el primero es auténticamente utilitario: los habitantes de América, no sólo desconocen su historia sino también la de los otros pueblos. Eso debía terminar. El segundo motivo, también pragmático y estrechamente relacionado con el anterior se enfoca en la importancia de la elaboración de la historia desde el punto de vista del desarrollo de la civilización para así ofrecer a la América los ejemplos de progreso y desarrollo que habían obtenido los pueblos verdaderamente civilizados. Por eso Baralt al criticar la educación colonial, señala lo siguiente:

> Un velo impenetrable cubría para los hijos de América su propia historia y la de los otros pueblos de la tierra. No esa historia vulgar y comunísima dedicada enteramente a la narración de sitios y batallas, sino la que con éstas, y aun de mejor gana, refiere cómo de pobres han pasado a ser ricas las naciones con el trabajo y la virtud: cómo algunas consiguieron a fuerza de constancia y de valor recuperar el derecho de gobernarse: cómo otras, indolentes o estúpidas, se han dejado hacer esclavas: por qué tales instituciones o costumbres son enemigas de la mejora de los hombres y de las sociedades: por qué otras favorecen su civilización y su prosperidad: y finalmente, qué caminos ha seguido el género humano para llegar al grado de cultura y bienestar que goza, y cuáles medios deberá emplear para conservar, perfeccionar y extender los bienes adquiridos[4].

---

[1] Ibíd., tomo I, p. 411.
[2] E. Fueter: ob. cit., tomo II, p. 16.
[3] G. Lefebvre: ob. cit., p. 125.
[4] R.M. Baralt: ob. cit., tomo I., p. 443.

De manera, que en la época colonial la historia que se conocía era "vulgar y comunísima" basada en "sitios y batallas". Era una historia influida todavía por el humanismo de los siglos XV y XVI. Si bien su intención era escribir la historia enfocada en el desarrollo de la civilización (concepción ésta muy racionalista), esa aspiración no la llegó a concretar. El *Resumen de la Historia de Venezuela* se centra fundamentalmente en la historia política y militar del país.

Sin embargo, los últimos siete capítulos del primer tomo se dedican a la composición de la población, a explicar las causas de la indolencia de los habitantes, el problema de la esclavitud, la evolución de la agricultura, el comercio, las rentas públicas, la fuerza armada y la educación pública. Concluye esta parte con su visión del "carácter nacional" fuertemente influida por las ideas de la Ilustración. El tomo I termina con seis apéndices, aportes de Ramón Díaz, que incluyen datos estadísticos del cacao, el tabaco, el café, el añil y la caña. Así como también se explican en ellos, el origen del comercio en Venezuela y el estado de la educación venezolana hasta 1839. Los dos últimos apéndices son una relación de gobernadores y capitanes generales de la provincia de Venezuela y de los prelados que había tenido el obispado de Caracas desde 1535 hasta 1840.

Hasta aquí llega la intención de Baralt de hacer una historia basada en el desarrollo del comercio, la economía y la industria; pues el tomo I que es la llamada "historia antigua de Venezuela" es una narración descriptiva que abarca desde el Descubrimiento hasta la creación de la Capitanía General de Venezuela y, como se ha indicado más arriba, es tan sólo en los últimos siete capítulos en donde el autor analiza y emite juicios y opiniones sobre los temas tratados en ellos.

A pesar del menosprecio que expresa por la historia que se impartía en la época colonial, historia "dedicada enteramente a la narración de sitios y

batallas", Baralt señala en otro lugar, en franca contradicción con su afirmación anterior, que la paz no da material de estudio a la historia, sino los sucesos de la guerra.

> Los trabajos de la paz no dan materia a la historia: cesa el interés que ésta inspira cuando no puede referir grandes crímenes, sangrientas batallas, o calamitosos sucesos. Colombia en este corto período de tranquilidad [se refiere al año 1824] nada ofrece por tanto, que merezca referirse[1].

Como se puede apreciar, en una parte de la obra, Baralt esgrime una concepción racionalista de la historia; en otra, su formación intelectual nutrida con los remanentes del período colonial hace que su concepción de la historia se incline, posiblemente de manera inconsciente, al viejo modelo que se había usado en España y en la América colonial: la concepción de la historiografía del humanismo, que tanto se interesaba por la guerra y la política.

La historia del proceso de la independencia dio a Baralt mucha tela que cortar, aportó grandes y pequeñas batallas y con ellas compuso una historia militar y, como trasfondo, la historia política de Venezuela. Por ello, al finalizar de historiar el año 1821 señala lo siguiente:

> Esta es la historia militar del año 1821. La política, más corta y no menos interesante, se encuentra en las actas del primer Congreso colombiano instalado el 6 de mayo en el Rosario de Cúcuta[2].

El texto no necesita mayores comentarios.

Otro interés en el que Baralt pondrá su cuidado y atención será el de narrar los acontecimientos sólo con la verdad[3]. Así lo expresa cuando declara que, independientemente que los hechos hayan sucedido en el pasado remoto

---

[1] Ibíd., tomo III, p. 144.
[2] Ibíd., tomo III, p. 78.
[3] Ibíd., tomo II, p. 9.

o en el reciente, el historiador debía tener presente la verdad, pero siempre utilizarla con prudencia y hasta con moderación.

> Estudie y medite los sucesos el historiador, con calma y sereno, como si pertenecieran a las remotas edades, y él los viera desde la orilla del sepulcro: no a pretexto de ostentarse imparcial riegue a diestro y siniestro verdades inútiles y amargas que manchen las familias o turben el reposo público[1].

Así que no todas las verdades debían escribirse en la historia, porque las inútiles, aquellas que por obviarse no cambiaban los hechos, pero podían manchar reputaciones, ésas mejor se omitían. A pesar de este cuidado que quiso imponer a su obra, no se silenció ante la conducta decepcionante de algunos próceres de la independencia que luego de ella, se dedicaron a conspirar y a subvertir el orden de la república. La historia, por sí misma, le exigía ejercer su función inevitable: la de decir la verdad.

> Y así empezó la época azarosa que entre vaivenes, sangre y ruinas condujo por fin a Venezuela al año de 1830. Felizmente en aquella época de regeneración, grandes acciones borraron grandes faltas, y un perdón generoso pero merecido de la patria hizo brillar de nuevo algunos nombres que las revueltas civiles habían oscurecido. Mas antes de llegar a ella ¡cuántos hombres que hemos amado en los fastos militares, van a decaer en nuestro aprecio al verlos, de guerreros convertidos en conspiradores! ¡Y cuánta noble vida desaparecerá del campo que hermoseó con sus hechos! ¡Y cuánto crimen, y cuánta ingratitud, y cuánta liviandad ocupará el lugar del valor heroico, de los nobles sacrificios, de la virtud generosa! Mas es preciso que la historia ejerza su grave y difícil ministerio. En cuanto a nosotros sacerdotes indignos de la severa musa, al menos, no la deshonremos con torpes oblaciones, hijas de la adulación, del rencor o de otro avieso motivo[2].

Baralt pretendía abordar la historia, como todos los historiadores del siglo XIX, desde la "otra orilla"; es decir, realizar una especie de acto de desdoblamiento en donde él como sujeto que investiga y estudia la historia se separaba del objeto de la investigación: la historia misma. Esa necesidad de justificar la pretendida imparcialidad y objetividad era casi una actitud obsesiva

---

[1] Ibíd., tomo II, pp. 9-10.
[2] Ibíd., tomo III, pp. 205-206.

en muchos historiadores de la época, fueran criollos como Yanes y Baralt, o europeos como Adolfo Thiers. No es simple casualidad que en los tomos II y III que corresponden a la "historia moderna" del *Resumen* se inserta en la primera página una cita textual de la *Historia de la Revolución francesa* de Thiers. La cual dice lo siguiente:

> Acaso el momento en que los actores (de una revolución) van a expirar, es lo más propio para escribir la historia, pues entonces se puede recoger el testimonio de ellos sin participar de todas sus pasiones[1].

Tanto Baralt como Thiers desconocían que el acto de escribir la historia implicaba ver los hechos y analizarlos con sus propios ojos y no con los del testigo, y que, además, se poseía una visión del mundo particular e individual. Y si se aspiraba a no participar en las pasiones ajenas, era casi imposible huir de las propias.

Para desgracia de Baralt, parece ser que sus contemporáneos condenaron la obra, precisamente, por considerarla parcial y poco veraz. Se dice que ésta fue la causa por la cual la Cámara del Senado negó la ratificación del decreto de condonación de la deuda, que Agustín Codazzi había solicitado y que ya había aprobado la Cámara de Representantes. Este asunto, Mario Briceño Iragorry lo señala de manera clara y directa, al afirmar:

> No se trataba de Codazzi. Se trataba de sus socios Baralt y Díaz. A éstos cobran los políticos de la Cámara Alta juicios expresados en la parte contemporánea de la Historia. ¡Qué caro han pagado el consejo de Thiers, que estamparon como blasón en el primer tomo de su relato![2].

Baralt aprendió en carne propia que el mejor momento para escribir la historia no era aquel en que los actores iban a expirar, para recoger sus

---

[1] Adolfo Thiers: *Historia de la Revolución francesa*, en: Baralt, ob. cit, tomo II y III.
[2] Mario Briceño Iragorry: ob. cit., p. 6.

testimonios, sin participar así de sus pasiones. Erró al seguir a Thiers, porque había no sólo que "esperar a que la muerte silencie las pasiones, sino aún a que la perspectiva del tiempo las borre de la flor del suelo social"[1].

Como si previera la futura actuación del Senado, Baralt explica, al comienzo del "Apéndice", la delicada tarea que significaba escribir la historia de manera imparcial, sobre todo después de 1830.

> La tarea, siempre difícil y peligrosa, de escribir la historia contemporánea con severa imparcialidad, llega a ser imposible al entrar en aquella época en que por ser muy reciente, se abstiene todavía la opinión pública de pronunciar sus juicios sobre muchos sucesos importantes. El voto de algunas personas ilustradas a quienes hemos consultado y nuestra propia conciencia nos mandar detener aquí[2].

Su conciencia y la consulta a "personas ilustradas" le habían aconsejado finalizar su discurso histórico en 1830, porque ir más allá y arriesgarse a historiar después de esa fecha era entrar en aguas peligrosas. Sin embargo, consideraba que terminar el *Resumen* en aquel momento, era dejar a la posteridad un trabajo incompleto e imperfecto. Por eso se arriesgaba a escribir hasta su tiempo presente; aunque como acotaba, de manera sucinta. Cuando narrara aquellos hechos que ocurrieron en la República a partir de 1830, lo haría con el cuidado de no emitir juicio alguno, porque eso correspondería a otro historiador y a otro tiempo.

> Quedaría sin embargo muy imperfecto nuestro trabajo si no diéramos una idea sucinta de los progresos que ha hecho Venezuela en los años posteriores (...) y del modo más o menos dichoso con que ha logrado vencer algunos obstáculos que se oponían a la marcha de sus instituciones. Esto último lo haremos con mucha brevedad y excusando en lo posible hasta estampar el nombre de las personas que de cualquier manera hayan influido en los sucesos. A otro tiempo y a otra pluma toca dar a cada uno el galardón o vituperio a que sus obras le hayan hecho acreedor[3].

---

[1] Íd.
[2] R.M. Baralt: ob. cit., tomo III, p. 219.
[3] Íd.

Esto último no lo cumplió, al expresar claramente su antipatía por la "Revolución de las Reformas" y emitir juicios en contra de los involucrados en la insurrección de 1835.

> Aquella gente [los reformistas] era conducida por los principales autores del trastorno: Mariño, a quien llamaban jefe supremo y que en realidad no ejercía ningún poder: los Ibarras y los Briceños, sobrinos los primeros y protegidos los segundos del Libertador: el comandante Pedro Carujo, cómplice de los que quisieron asesinarle en Bogotá: muchos militares de dudosa reputación, y algunos particulares de los que se decían, demócratas, federalistas y bolivianos; hombres todos de principios contradictorios, si principios pueden llamarse aquellas reglas de conducta que varían según el interés del momento[1].

Las siguientes ocho páginas las emplea Baralt en describir los sucesos protagonizados por los reformistas. En ninguna parte del *Resumen*, llama a esta insurrección militar "revolución". "Trastorno" y "motín" son las palabras empleadas para etiquetar el levantamiento.

Ya derrotada la insurrección, Baralt toma este suceso para utilizarlo como una lección para ofrecer a Venezuela, con el objeto de que hechos de esa naturaleza no volvieran a repetirse nunca más en el país; pero, también sirvieron para depurarlo de los "espíritus turbulentos".

> Así terminó la descabellada empresa de los reformistas, últimos esfuerzo de los vicios heredados de Colombia, al que concurrieron la mayor parte de los militares y todos los cuerpos de tropas veteranas que pagaba el gobierno para su defensa. Lección fue ésta costosa para Venezuela, pero sumamente útil, porque ella le reveló en pocos meses o que la experiencia de muchos años apenas habría bastado a descubrir: que sus instituciones eran buenas y amadas del pueblo. Ella además sirvió para purgar la república de una multitud de espíritus turbulentos, de hombres que viendo con repugnancia y hastío la necesidad de ganar la subsistencia con un trabajo honesto, deseaban renovar los trastornos pasados y con ellos su poder y su ociosidad[2].

---

[1] Ibíd., pp. 432-433.
[2] Ibíd., p. 440.

Como se puede apreciar, la tan ansiada imparcialidad en la historia fue de difícil consecución. Esta aspiración es todavía más ardua de alcanzar cuando se están viviendo o se han vivido muy recientemente los hechos. Si bien Baralt previó el peligro y anunció el cuidado que tendría, no pudo escapar de su propia visión y, mucho menos, de sus propias pasiones.

5. José de Austria: la historia como destino

José de Austria concibe la historia como "el gran libro del destino,"[1] y en ese libro estaba escrita la "libertad de la patria", pero también la ruina y la muerte de sus pobladores. De allí que vea la historia como una permanente contradicción. Por un lado aparece la libertad; pero, al mismo tiempo, surge la tiranía. Es un proceso dialéctico, eterno, en donde Dios es el "supremo regulador"[2].

El 19 de abril de 1810 fue la "aurora de la gloria", pero también el comienzo de "inauditas desgracias".

> Las cadenas forjadas en trescientos años se rompieron en aquel venturoso día; los gérmenes de la creación, que principiaban a desarrollarse, se obstruyeron en aquel día infortunado. Se derramó la semilla de los laureles y de la palma de un triunfo heroico; se regaron los campos con la preciosa sangre de ilustres patriotas. A la paz sucedió la guerra; a la tiránica dominación de un monarca, la libre soberanía del pueblo; a la opresión, la libertad; y más después se emprendió una carrera siempre peligrosa: carrera de aprendizaje, de ensayos, de contradicciones; de libertad y de tiranía, de virtudes y de crímenes[3].

Cuando José de Austria comienza la relación de los hechos del 5 de julio de 1811, de nuevo aparecen el destino y la providencia. El primero como historia ya escrita, predeterminada. La segunda como la protectora y guía de la libertad, como conductora de un pueblo que debía cumplir con su destino o con su historia, es decir, con su independencia absoluta de España.

> Apareció en su hermoso y dorado carro la aurora del 5 de julio del mismo año, se abrió el gran libro de los destinos y en él se vio escrita por el dedo de la Providencia la libertad del Nuevo Mundo[4].

---

[1] José de Austria: ob.cit., tomo I, p. 91.
[2] Íd.
[3] Íd.
[4] Ibíd., p. 164.

Más adelante, presenta de nuevo la dicotomía del proceso, la dialéctica de los hechos.

> Aquel día célebre fue sancionada nuestra independencia absoluta de la España por los dignos representantes de la voluntad del pueblo. A la opresión sucedió la libertad, y para afianzar la paz, forzoso fue hacer la guerra[1].

¿Cómo José de Austria explica o da a conocer esta historia de la patria, plena de contradicciones, que comienza el 19 de abril de 1810? Su intención es la de todos los políticos del siglo XIX que tomaron la historia como segundo oficio: la de "referir los hechos verdaderos, desnudos de aquella parcialidad y exageración que los trastorna y equivoca"[2]. Historia escueta, imparcial y verídica.

Estas son sus intenciones, pero en su pluma se vertirán los prejuicios decimonónicos de los políticos venezolanos que debían justificar la ruptura de los lazos con la fenecida España imperial. Si la historia nacional comenzaba con el glorioso 19 de abril, no se podían obviar, según Austria, tres siglos de oscuridad que arroparon estas tierras americanas.

El *Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela* comienza, entonces, con los antecedentes que explican, en buena medida, el por qué de la ruptura entre España y América. De modo que inicia su *Bosquejo* con "una ojeada a este Nuevo Mundo descubierto por la intrépida investigación de Colón"[3].

El Almirante llegó a América "por la mano del destino"[4]. De nuevo es el destino el encargado de hacer la historia. Los hombres son marionetas manejadas por esa fuerza sobrenatural que predetermina los actos de los seres mortales. Más adelante, apunta Austria, es preciso conocer el origen y

---

[1] Íd.
[2] Ibíd., p. 91.
[3] Ibíd., p. 45.
[4] Íd.

desarrollo de los pueblos y las sociedades que nos precedieron. La historia permite conocer ese proceso y Dios nos faculta su comprensión.

> Si abrimos el libro de la historia y buscamos ansiosos el origen, progresos y decadencia de las asociaciones del antiguo mundo, si la suerte de otras regiones nos interesan, ¿por qué no dirigir nuestras miradas al continente que habitamos, a esta admirable América cuyas tradiciones ofrecen tantas y tan maravillosas investigaciones? ¿Seremos insensibles a los destinos de nuestra patria e ignoraremos siempre la historia de nuestros antepasados? Lejos de nosotros tan vituperable negligencia; penetremos en la oscura noche de remotos tiempos preguntando qué se hicieron los primeros habitadores de esta tierra..., dónde está su historia..., dónde sus leyes..., dónde el origen de su raza... Triste respuesta encontraremos. Todo, todo fue sepultado con ellos y apenas escaparon de la horrible catástrofe los fragmentos que los conquistadores nos transmitieron: sus libros están escritos; su crueldad y la devastación de esta tierra infortunada ellos mismos la confesaron. Multitud de naciones existieron: los conquistadores las arrojaron a la nada...¡Oh arcanos de la Providencia! ¡*Omnipotente Dios: sin ti no podríamos comprender ni la humanidad ni la historia!*[1]. (cursiva nuestra).

A partir de aquí comienzan sus denuncias contra la nación española. Se prepara desde sus primeras páginas la justificación de la Independencia.

Después del triunfo de la Campaña Admirable de 1813, y ante la inminente entrada de Bolívar en Caracas, los españoles abandonaron "precipitada y cobardemente la capital"[2] por temor de ser víctimas de "aquél [Bolívar] a quien el destino encargó la venganza de tantos ultrajes, de tanta crueldad"[3]. Una vez más, el destino y la historia son una misma cosa. Para Austria la historia como destino es la relación de los hechos predeterminados providencialmente y guiados por el encargado de hacer cumplir esa suerte: Simón Bolívar.

---

[1] Ibíd., p. 46.
[2] Ibíd., tomo II, p. 59.
[3] Íd.

Por último, su *Bosquejo* lo escribió como un tributo a los patriotas caídos que ofrecieron su vida a la causa de la libertad. Por eso le pide a la providencia que lleve su mensaje a todos aquellos que hicieron posible la patria.

> Quiera la divina Providencia llevar este bosquejo de nuestra gloriosa historia hasta el retiro de las familias que han sobrevivido a los inauditos sacrificios que por su patria hicieron sus padres, sus hermanos, hijos, deudos y amigos[1].

[1] Ibíd., pp. 218-219.

6. Juan Vicente González: la historia como instrumento de redención

La concepción de la historia en Juan Vicente González está marcada por un hondo providencialismo. No se puede entender su labor de historiador, sin conocer su profunda formación católica. La religión fue su norte y guía a lo largo de toda su vida y ella dejó ineluctablemente su huella distintiva.

En el "Preámbulo" a *la Historia del Poder Civil en Colombia y Venezuela*, González deja en las manos de Dios el curso de la historia. Sólo Él es capaz de comprender los recónditos orígenes de los acontecimientos humanos.

> Dónde comienza, dónde acaba la historia, nadie lo sabe. Los hechos que la constituyen son tan confusos y de afinidades tan oscuras, que a ninguno puede asignarse con certeza la causa primera, a ninguno señalarse el fin supremo. Sólo Dios es el principio y el fin de todas las cosas[1].

Estaba consciente de que su providencialismo no encajaba con los nuevos métodos científicos aplicados a la historia. Se justificaba con la creencia del que tiene fe, que más allá de la ciencia se encuentra Dios. A un escritor no debía exigírsele que prescindiera de Dios para hacer historia; podía escribirla, siempre y cuando su misma religión no lo llevara a tergiversar los hechos.

> Los que excluyen toda creencia religiosa de los trabajos científicos me acusarán de haber dado en la historia del mundo un papel importante y soberano al Cristianismo. No creo que hay hombre de bien que emprenda la dura tarea de escribir sin una convicción que le domine; y como no aspiro al honor de una triste independencia, que consistiría en no creer ni amar nada, debo decir con franqueza que *mi fe es católica en el sentido más absoluto de esta palabra* (...) Dos cosas pueden exigírsele únicamente al escritor: que su convicción sea libre e inteligente, y que el deseo de justificar una creencia no le lleve a desnaturalizar los hechos y a contentarse con testimonios equívocos y

[1] Juan V. González: "Preámbulo" a la *Historia del Poder Civil en Colombia y Venezuela por medio de las biografías de Martín Tovar y José María Vargas,* en: col. cit., p. 19.

> consecuencias prematuras. *Yo sé que en el extremo de toda ciencia está Dios*[1]. (cursiva nuestra)

Sin embargo, las últimas líneas conllevan una contradicción. Si un historiador no es capaz de separse de su profunda religiosidad, es difícil que pueda escribir historia objetiva y veraz; pues siempre verá los hechos a través de los ojos de su fe y los dogmas de su religión.

También dentro de su concepción de la historia, González manifestaba una preocupación por aparecer como verídico e imparcial. En la "Introducción" que hace a las *Páginas de la Historia de Colombia y Venezuela o Vida de sus Hombres Ilustres*, expresaba esa inquietud. El que escribía historia debía despojarse de pasiones políticas, pues ellas alteraban los hechos.

> no es nuestro ánimo añadir una historia más a las que se han acuñado al servicio de los partidos, alterando los hechos por pasión o circunspección política y falsificando el color general de los sucesos y costumbres (...) Engañar, suponiendo, ocultando o mintiendo, nos ha parecido siempre indigno de un escritor[2].

Sin embargo, esa imparcialidad no obedecía a una mera indiferencia ni a la renuncia o mutismo de los ideales de que era partidario el historiador. Era una imparcialidad relativa, condicionada.

> Pero esta justicia, esta imparcialidad que debemos a todas las opiniones y partidos, es la benevolencia general del hombre que conoce al hombre, una equidad discreta y reflexiva, no la indiferencia entre la virtud y el vicio, ni el sacrificio de los principios, ni menos el silencio de nuestras ideas y opiniones[3].

A lo largo de sus escritos se filtran sus ideas y opiniones. Sin embargo, demostrará más tarde que no pudo cumplir con su propósito, al verter sobre ellos la fogosidad y la pasión del político. Tampoco esa historia imparcial era

---

[1] Juan V. González: "Advertencia" a la Historia Antigua y de la Edad Media. *Manual de Historia Universal*, ob. cit., pp. VIII-IX.
[2] *Páginas de la Historia de Colombia y Venezuela...* ob. cit., pp. 6-7.
[3] Ibíd., p. 7.

un mero dato frío desvestido de reflexión. Al contrario, se nutría de esta última y, además, la engrandecía con el talento y la imaginación.

> Es por la reflexión que se reviven esos tiempos, y esos hombres; y es el talento quien puede hallar únicamente su fisonomía, y la imaginación quien únicamente puede pintarla[1].

Aquí el historiador se confunde con el literato. Para Juan Vicente González la historia era parte de la literatura, la sentía como parte integrante de las bellas letras. Era simplemente arte y no ciencia. Sólo una persona dueña de talento e imaginación podía dar el toque justo para embellecer una obra sobre historia. Él poseía esas cualidades para llevar a cabo con éxito la labor de biógrafo. Para hacer historia –decía González– no era suficiente recurrir a los archivos públicos, apelar a la memoria de los hombres, contar con la reflexión del historiador, su talento e imaginación; debía, además, poseer "la diversa disposición de espíritu" para escribirla de acuerdo con las circunstancias vividas por una nación. No se podía describir una batalla heroica y victoriosa con el mismo espíritu que se le debía a la relación sobre un gobernante vil y ambicioso. Esa disposición de espíritu era producto de su formación clásica. Para cada circunstancia había un modelo de historiador a seguir, o un estilo a imitar.

> Así cuando haya que pintar a Venezuela a la cabeza de la América del Sur, venciendo las grandes batallas (...) fuerza será tomar a Tucícides y Tito Livio el estilo grandioso y elegante, las nobles formas, severas y sencillas de estos historiadores.
>
> Que si bien es preciso trazar corazones degenerados y caracteres débiles (...) o ya el caos sangriento de la anarquía, y pintar el egoísmo, la crueldad y el desenfreno de soldados rapaces y facciosos (...) ahí están Tácito y Guicciardini, tristes y severos historiadores de una época semejante, y a veces de crímenes iguales[2].

---

[1] Ibíd., p. 8.
[2] Íd.

Otro aspecto importante en su concepción histórica es ver la historia como un recurso del pasado. Ante su triste presente, la reacción más natural era la evasión hacia el pasado heroico[1]. La construcción de los grandes héroes en la historia obedecía a una necesidad de suplir las carencias de toda índole del presente.

Después del 24 de enero de 1848, vio un país decadente que se precipitaba inexorablemente a su ruina. La moral, la educación, la religión y el orden se habían resquebrajado. No existían ya los grandes hombres forjadores de la patria, sólo sombras de aquéllos que no lograban ni imitarlos. Para González, escribir la historia de su patria se convirtió en un desahogo. Al narrar se recreaba en ese pasado y, al mismo tiempo, tenía una lección de orden moral que ofrecer: se tuvo un pasado brillante y heroico, posible de reconquistar a medida que se conocieran las grandes hazañas personales. ¿De qué manera? A través de una serie de biografías que revelarían la vida de aquellos hombres y los sucesos que les tocó vivir. Eso era lo que se proponía: la historia como búsqueda del pasado perdido, la historia como instrumento de redención[2].

> En esa época brillante y, por desgracia, transitoria, cuanto fue grande, bueno, fecundo y durable, perteneció a las generaciones que aparecieron de pronto; lo pasado quedó como una nube que nos asechaba; lo que sobrevino después ha sido la expresión envenenada, artificial y mentirosa de odios transformados en opiniones, de rencores disfrazados en ideas[3].

Al reflexionar sobre ese pasado, González creó una visión regresiva de la historia. Para él, la edad de oro del hombre se encontraba en el pasado, no en el presente ni en el futuro.

---

[1] Germán Carrera Damas: "El culto heroico y la nación". *Hispanic American Review,* 63 (1), Duke University Press, 1983, p. 118.
[2] Ibíd., p. 134.
[3] Juan V. González: "Preámbulo", ob. cit., p. 23.

> Al escribir la historia filosófica del civismo en Venezuela, no es que preparemos su advenimiento; hacemos, por el contrario, su oración fúnebre: perecieron todos los elementos que debían constituirlo; y cuantos le invocan, o ilusos se dejan engañar por nombre vanos, o son impostores y revolucionarios[1].

Su presente lo encontraba tan sombrío y doloroso que no pudo avistar el futuro renovador. Desde el pasado, ya estuviese ubicado en las postrimerías de la Colonia, la Independencia o en el período 1830 – 1848, el avance de la historia había sido de progresiva degeneración. Por tanto, la salvación de Venezuela no consistía en la creación de algo nuevo, sino en un retorno a lo que ya existió.

a. La influencia de los clásicos

Su visión regresiva de la historia se halla fuertemente influida por los historiadores clásicos de la antigüedad. Cuando Tácito y Plutarco escribieron las vidas de hombres ilustres, lo hicieron con un objetivo estrictamente moral; la historia se conviertía, entonces, en una rama de aquélla. Los historiadores romanos, a excepción de Suetonio, deploraron la crisis moral de que eran testigos, todos buscaron en el pasado ya la esperanza de un gran cambio, ya los elementos de una requisitoria[2]. Ese modelo lo imitó Juan Vicente González y se nutrió de él para escribir historia.

Cuando asistía como estudiante de la Universidad, el latín era para entonces el idioma universitario por excelencia. El estudio de esta lengua junto con el examen de los autores clásicos y los Padres de la Iglesia eran los temas académicos cotidianos[3]. La facilidad con que podía citar a Cicerón, Tácito o Tito Livio demuestra el sólido conocimiento que de ellos poseía. Saber adquirido, indudablemente, a través de los años y el cuidado que puso en

---

[1] Ibíd., p. 22.
[2] Charles-Olivier Carbonell: *La Historiografía,* México, FCE, 1986, pp. 30 – 33.
[3] Argenis J. Gómez: ob. cit., p. 10.

enriquecerlo. Una vez, le dijo a Montenegro Colón que había leído a Tácito diez veces, "de cuerito a cuerito"[1]. Lo que prueba su devoción por este historiador. Los *Anales* fueron para él una importante fuente de inspiración, porque son "una crónica –y una meditación– en torno a más de medio siglo de poder personal dinástico en Roma; una reflexión a la que Tácito se entregó, tal vez, cargado de pesimismo con respecto a sus propios tiempos, y que probablemente no hizo sino acentuar ese sentimiento"[2].

Otro de sus autores romanos favorito fue Cicerón. Al gran orador romano lo tomó más como modelo para el combate político, que para escribir historia. *Cicerón a Catilina* no es otra cosa que la reencarnación del tribuno romano en la persona de Juan Vicente González. La semejanza que hay en los escritos de Cicerón contra Catilina y los de González contra Guzmán es impresionante[3].

También la literatura griega se cuela en las páginas de su obra. Su formación clásica le permitía transformar a los héroes criollos en héroes de la mitología griega. A Bolívar lo llama "el Aquiles y Ulises de esta epopeya, intrépido en los peligros, paciente en los trabajos"[4], a Bermúdez lo cataloga como "el Áyax de la independencia (...) es un soldado entusiasmador y poético, más digno de figurar en verso que en las sobrias página de la historia"[5]. Andrés Bello es un hermoso heleno bajado del Olimpo porque "Era un griego por el perfil del rostro, y por el amor a lo bello, el gusto y la riqueza y encanto de sus sueños y quimeras"[6]. Estos héroes nacionales aparecían aún mayores en estatura cuando eran comparados con los seres mitológicos.

---

[1] Luis Beltrán Guerrero: ob. cit., p. 81.
[2] "Introducción" a Cornelio Tácito: *Anales*, Madrid, Editorial Gredos, 1979, pp. 11-12, 2 vols.
[3] Argenis J. Gómez: ob. cit., p. 33.
[4] Juan V. González: *Páginas de la Historia...* p. 10.
[5] Ibíd., p. 12.
[6] Íd.

También su formación clásica, especialmente la latina, le sirvió para comparar los tiempos antiguos con los contemporáneos y, por supuesto, utilizarlos con fines éticos y políticos. *Venezuela y los Monagas* es un ejemplo. En este texto, manejó diestramente la comparación entre la corrupción del Imperio Romano y la de Venezuela bajo los Monagas.

> Sí, ha habido en Venezuela, como en la Roma del Imperio, prodigios de infamia y de bajeza; se ha felicitado a los tiranos por sus crímenes, se les ha celebrado por la sangre que derramaron y se ha ido a dar las gracias a uno porque tenía la magnanimidad de suceder a su hermano, fantasma sangriento, que había arrojado por cuatro años en su lugar. El Senado felicitó asismismo a Nerón por la muerte de Agripina y los cortesanos aplaudieron el golpe que mató a Popea[1].

En este párrafo el auxilio de Tácito es muy obvio.

Los autores clásicos fueron determinantes en su concepción de la historia. No sólo sirvieron de modelo y fuente de inspiración; sino también, el estudio de ellos y de sus obras supuso la formación indispensable para escribir correctamente y con un estilo pulcro. Quien no los había leído, no podía aventurarse a escribir. Por eso advertía: "Las épocas clásicas de Grecia y Roma son el objeto de la constante emulación de todos los siglos; no se llega a escribir bien sino imitándolos"[2].

Esta idea era expresión del nuevo clasicismo que se había desarrollado en Europa en los siglos XVII y XVIII. El clasicismo como hijo de la Ilustración representaba, en la estética, el arte y la literatura, el orden y las normas de un universo lógico y matemático que engranaba perfectamente las causas y sus efectos. De manera que encarnaba la concepción de la "filosofía natural", que no era otra cosa que la ciencia, en los planos del arte y de la literatura. Grecia era el modelo a imitar porque la idea de la perfección estética, la belleza ideal, había que situarla en el período clásico griego.

---

[1] Juan V. González: *Venezuela y los Monagas*, Caracas, Imprenta de M.M. Zarzamendi, 1858, pp. 3-4.
[2] Juan V. González: "Al redactor de *El Monitor*". *El Heraldo*, Nº 33, Caracas, 23 de julio de 1859.

Así, había que aprender las "reglas correctas" establecidas por los antiguos. Era necesario entonces que el buen escritor estudiara los clásicos, especialmente a Homero y Virgilio "porque fueron los primeros en percibir lo que es general y eterno, a distinción de lo que es simplemente accidental en la naturaleza humana, y a expresarse en forma nunca sobrepasada por su claridad y belleza"[1]. González pensaba exactamente igual, como se ha demostrado. Por ello defendió los estudios clásicos en Venezuela. Los consideró el parámetro de referencia que medía el progreso o decadencia de un país. Precisamente, el país se encontraba en el decaimiento general por haber abandonado el examen de los griegos y latinos.

Por último, los seguidores del clasicismo amaban el orden y la permanencia de las cosas. González sintió una pasión enfermiza (romántico) por el orden (clásico). Lo que demuestra que en él se reunieron dos vástagos de la Ilustración: el clasicismo y el romanticismo.

b. El peso de los románticos franceses

Juan Vicente González, como se ha visto, había recibido una educación eminentemente clásica. Sin embargo, su naturaleza apasionada, lo lanzó dentro del movimiento del romanticismo. Marco Antonio Saluzzo, quien fue su discípulo, percibió claramente esa dicotomía intelectual, producto de su formación y carácter: "La educación lo encerraba en el círculo de lo pasado, la naturaleza lo empujaba a lo porvenir", por eso "afectaba ser clásico y era el más romántico de nuestros escritores"[2]. De hecho, fue un clasicista y un romántico al mismo tiempo.

---

[1] Franklin Baumer: *El pensamiento europeo moderno*, México, FCE, 1985, p. 47.
[2] Marco Antonio Saluzzo: "Juan Vicente González". *Estudios Literarios*, Caracas, Tip. Guttemberg, 1892, p. 56

El clasicismo había dado paso al romanticismo, de forma plena, después de las guerras napoleónicas en Europa. El romanticismo representó el movimiento intelectual en boga entre finales del siglo XVIII y las revoluciones europeas de 1848. Sin embargo, esta corriente extendió su hálito de vida hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX[1].

Todos los autores que han estudiado la vida y obra de González, están de acuerdo en conceptuarlo como un "romántico". En general, se considera el romanticismo como una reacción intelectual al racionalismo de la Ilustración, que desencadenó, al mismo tiempo, un despertar religioso, también como rechazo a la incredulidad del siglo XVIII. El vizconde de Chateaubriand, autor de *El genio del Cristianismo* (1802), es un buen ejemplo del nuevo tipo de apologista católico. La exaltación cristiana del romanticismo no proponía pruebas racionales de la existencia de Dios, sino que hacía un llamado al corazón humano. "Este llamamiento había sido concebido para ganarse hasta los corazones jóvenes en una época de ruina mental y moral (tal como Chateaubriand la representaba)"[2]. ¿Podía Juan Vicente González rechazar el nuevo movimiento literario que llegaba a Venezuela a mediados del siglo XIX? Imposible desestimarlo cuando sus pautas encajaban perfectamente en su catolicismo y en su naturaleza.

Por otra parte, el romanticismo veía el mundo en decadencia. Entre los artistas románticos, era frecuente encontrar un amor apasionado hacia el pasado, hacia lo que ya no existía. También para sus historiadores el retorno sentimental del pasado se manifestaba en la defensa de antiguas instituciones medievales, que la Ilustración y la Revolución francesa habían combatido. De manera que la historiografía romántica era nostálgica y restauradora[3]. Para González el pretérito siempre había sido mejor que el presente.

---

[1] J. Touchard: ob. cit., p. 398.
[2] Franklin L. Baumer: ob. cit., pp. 264-265.
[3] B. Croce: ob. cit., p.215.

El romanticismo insistía más en la emoción y el sentimiento que en la razón. Juan Vicente González era un hombre de agudos sentimientos y pasiones; por lo tanto, fue un romántico en toda la acepción de la palabra. En el campo de la historia, ocupa un sitial de pionero. Con él nace la historiografía romántica venezolana, porque "como historiador, en sus descripciones, no narra los hechos; los canta, o los deprime de acuerdo con su trascendencia"[1], y entre sus páginas vibrantes, se encuentran el sentimiento, la exaltación, el repudio o el anatema a las situaciones y a sus individuos. La historia en González es la lucha por imponer una posición política: la suya.

El romanticismo venezolano procedía en "línea recta" del romanticismo español y francés[2]. Sin embargo, es este último el que tuvo una resonancia mayor en González. Desde 1835 comenzaron a llegar a Venezuela, tanto en francés como traducidas al castellano, las obras de Chateaubriand, Alfonso Lamartine, Alfredo de Vigny, Víctor Hugo, Jules Michelet, Agustin Thierry y otros.

Cuando en las *Páginas de la Historia de Colombia y Venezuela* explica sobre el estilo que empleará en sus biografías, González saca a relucir el de los románticos franceses. Por ejemplo, a Lamartine le atribuye un estilo "rico de colores, original y gracioso"[3], sus personajes en *Los Girondinos* brillan por la "verdad poética" con que los anima. Además, Lamartine era sólo comparable a Salustio[4]. Del escritor francés exalta dos atributos: los vivos colores con que pintaba los episodios narrados y la imaginación que empleaba en la historia. González consideraba la imaginación como la "inteligencia iluminada"[5]. Es indiscutible que el buen historiador debe emplear la imaginación como instrumento de recreación del pasado y no como invención de él, y así lo

---

[1] Víctor José Cedillo: *Juan Vicente González*, Caracas, Edit., Élite, 1938, p. 59.
[2] Gonzalo Picón Febres: *La literatura venezolana en el siglo XIX*, Caracas, Presidencia de la República, 1972, p. 153.
[3] Juan V. González: *Páginas de la Historia de Colombia y Venezuela,* p. 16.
[4] Íd.
[5] Íd.

entendía González. El concepto de imaginación que elabora es preciso y, al mismo tiempo, sumamente hermoso.

El estudio comparativo de las fuentes en el *Manual de Historia Universal*, realizado por Antonio Mieres, demuestra la influencia de los románticos franceses. Chateaubriand, Thierry y Lamartine brindaron a González páginas enteras de sus libros para la redacción del *Manual* [1].

Otros autores venezolanos ven en Jules Michelet el numen inspirador, ya sea en la *Historia Universal* o en la *Biografía de José Félix Ribas*[2]. Sin embargo, en estas obras no están presentes dos características relevantes que sí se encuentran en la historiografía de Michelet: la tesis del "genio del pueblo" y el tratamiento que da al pueblo como héroe. Para Michelet la Revolución francesa fue el alma misma de ese pueblo que la había hecho, y la historia de esta revolución fue el aspecto más notable de su obra[3]. En cambio, para Juan Vicente González el pueblo era simplemente un actor secundario, no era el alma de la guerra de independencia. Por otra parte, no esconde su aprehensión por la Revolución francesa y la toma como modelo para historiar el período más cruento de las luchas por la emancipación: la Guerra a Muerte. No vio este decreto como producto de una circunstancia histórica, lo percibió como el modelo o, mejor dicho, el antimodelo que los patriotas impusieron a la nueva república, tomado directamente de la época del Terror en Francia.

> la Revolución Francesa con sus crímenes fue el modelo que se propusieron. Y si se había copiado el año 1811 la 'Declaración de los Derechos del Hombre' de la Asamblea Constituyente, copiáronse el año 1814 los decretos y las resoluciones de la Junta de Salud Pública[4].

---

[1] Antonio Mieres: ob. cit., p. 49 y ss.
[2] Entre ellos podemos citar a Vallenilla Lanz, Parra Pérez, Luis Correa, Picón Salas y René Durand.
[3] G. Lefebvre: ob. cit., p. 210.
[4] Juan Vicente González: *Biografía de José Félix Ribas,* p. 156.

Venezuela al igual que Francia, se vio en la necesidad de suspender todas las garantías que había reclamado. Los "crímenes" que imitó la incipiente república venezolana de la Francia revolucionaria fueron la supresión de las libertades y garantías y la implantación de la dictadura[1]. Delitos que hasta la misma Francia recurrió al verse amenazada.

Si Juan Vicente González entendió el proceso de la Guerra a Muerte como extensión del modelo revolucionario francés, se puede comprender el por qué a todos los protagonistas de la *Biografía de José Félix Ribas* los pinta con los rasgos románticos extraídos de las plumas de Michelet y Lamartine. De un modelo inspirativo se pueden sacar todas las características y cualidades del modelo inspirado. Y esto es lo que realizó cuando mudó virtudes y vicios de los protagonistas franceses a nuestros héroes criollos.

Sin embargo, sí desarrolla el simbolismo, tan caro a Jules Michelet[2]. González elabora símbolos claros encarnados en personas, no en objetos como había hecho el autor francés, para quien la Bastilla era el emblema del despotismo. Para González los arquetipos de la crueldad, la cobardía o la gloria están representados en Boves, Arismendi y Bolívar respectivamente.

Michelet transformó la Revolución en "algo vivo" y González logró lo mismo en la *Biografía de José Félix Ribas*: es vibrante, en ella hay energía, también está viva. Este es el verdadero numen inspirador que extrae de Michelet y es aquí en donde radica más que nada la influencia del historiador francés. Lo cierto es que los románticos franceses influyeron en su obra y le sirvieron sobre todo para cultivar el género biográfico, tan de moda durante el romanticismo.

---

[1] Ibíd., p. 155.
[2] G. Lefebvre: ob cit. p. 209.

c. El efecto de la historiografía liberal

También Juan Vicente González recibió la influencia de los historiadores liberales como Francois Guizot y Adolfo Thiers. Del primero, utilizó la *Historia de la civilización de Francia* para recrear partes del período de la Edad Media en su *Manual de Historia Universal*[1]. Del segundo dijo que escribía con un "estilo claro y preciso y sobre todo natural, y copioso, que crece con los acontecimientos, y se amolda a todos los objetos y situaciones"[2]. Seguramente, leyó dos importantes obras de Thiers: *Historia de la Revolución francesa* e *Historia del Consulado y del Imperio*; pues, el juicio que hizo de este historiador francés es muy semejante al que realizaron dos importantes historiógrafos del siglo XX: Fueter y Lefebvre. El historiógrafo alemán señala que Thiers utilizaba "una muchedumbre de detalles precisos", tanto en sus discursos políticos ante la Cámara, como en sus discursos históricos[3]. Casi un siglo antes, González apuntaba en las *Páginas de la Historia de Colombia y Venezuela* el estilo "copioso" de Thiers.

Lefebvre, por su parte, sentencia que Thiers "se ha quedado en un simple narrador cuyo mérito consiste en el orden y en la claridad de sus exposiciones"[4], y González admiraba en Thiers ese estilo claro y preciso, que exalta Lefebvre como su única virtud. Es evidente que el juicio crítico de González sobre Adolfo Thiers coincide, en buena medida, con los de Fueter y Lefebvre.

Otro historiador liberal que influyó en su trabajo fue César Cantú. De su obra *Compendio de la Historia Universal*, Juan Vicente González tomó párrafos enteros para la elaboración del *Manual*, como bien lo demostró Antonio Mieres

---

[1] Juan V. González: *Manual de Historia Universal*, ob. cit., pp. VII-VIII.
[2] Juan V. González: *Páginas de la Historia de Colombia y Venezuela*, ob. cit., p. 17.
[3] E. Fueter: ob. cit., tomo II, p. 186.
[4] G. Lefebvre: ob. cit., p. 191.

en su estudio comparativo de las fuentes[1]. Este historiador italiano perteneció a la escuela del catolicismo liberal, corriente que encuadraba muy bien con el pensamiento político de González. Si bien Cantú no fue un historiador de honda penetración en el proceso del desarrollo histórico y hasta ha sido catalogado de superficial[2], tuvo, en su defecto, un talento "nada común para la popularización"[3]. Quizá éste haya sido su mayor mérito, que hizo que el autor venezolano tomara prestado largos párrafos de esa popular obra.

d. Las críticas histórico-literarias

Juan Vicente González se destacó, además, como crítico literario, aunque esta postura la adoptó en pocas ocasiones[4]. Esa crítica literaria contaminó, casi en su totalidad, la incipiente inclinación a una verdadera crítica histórica que esbozó principalmente en dos artículos suyos: *Ernesto Renán* e *Historia de Julio César* de Napoleón III. El primer artículo quedó inconcluso, precisamente, cuando comenzaba su refutación a la *Vida de Jesús*.

Concebía también la historia como un género literario, –de ahí su extremada preocupación por el estilo– como una obra artística y, si la comprendía como tal, es lógico que la crítica de una obra histórica se convirtiese más en un asunto literario que historiográfico. Por esto, no se pueden deslindar, en él, los campos de la historia y la literatura. Ambos caminan unidos. Se puede, entonces, hablar de una crítica histórico-literaria, aunque más literaria que histórica; pero que ilumina un poco más sobre su concepción de la historia.

---

[1] Antonio Mieres: ob. cit., pp. 113-129.
[2] G.P. Gooch: ob. cit., 438.
[3] Íd.
[4] Julio Planchart: *Temas críticos*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1972, vol. 3, p. 304.

En 1865, apareció la publicidad de Rojas Hermanos que anunciaba la reciente llegada a Venezuela de la *Vida de Jesús* de Renán[1]. Inmediatamente, la obra despertó la más profunda consternación en los círculos conservadores de Caracas, tal como había ocurrido en Francia y que le había costado a su creador su cátedra de lenguas orientales en el Colegio de Francia[2]. En el Palacio Arzobispal de Caracas se comentaba con indignación sobre "aquel dulce veneno que ha venido de Francia"[3].

Juan Vicente González decidió impugnar aquella obra que atentaba directamente contra la religión católica[4]. Para evidenciar la apostasía de su autor, recurrió al argumento de colocar a Renán como un artista que buscaba sólo la elegancia y no como el historiador que indagaba la verdad.

> Renán no es sólo un crítico, es un artista, que anda en busca de la elegancia más que de la verdad, y que se complacería en refutarse a sí mismo, si encontrase de pronto nuevas flores de espíritu con qué adornar su apostasía[5].

De esta manera, pretendió desarmar los razonamientos que esgrimía el máximo representante de la escuela esteticista. En este ensayo, González no desarrolló una verdadera crítica porque no la concluyó. Más que nada, este artículo inconcluso es una introducción que prepara el terreno a la polémica posterior que será la refutación a la *Vida de Jesús*. Se dedica en esta parte introductoria a estudiar al autor, para luego proceder a rebatir su obra.

Para González el dogma de la fe católica estaba por encima de la historia, y si ésta ponía en duda a aquél, entonces, no escatimaría esfuerzos para refutar la historia en beneficio del dogma. Es una verdadera lástima que no dejara acabada la refutación a Renán; pues ella, seguramente, reflejaría

---

[1] "Sección bibliográfica". *El Federalista*, nº 649, Caracas, 5 de octubre de 1865.
[2] E. Fueter: ob. cit., tomo II, p. 275.
[3] Mariano Picón Salas: "Nota" a las *Páginas escogidas*, Caracas, 1921, p. VIII.
[4] J.V.González: "Ernesto Renán". *Revista Literaria*, p. 132.
[5] Ibíd., p. 214.

esa concepción providencialista de la historia que acompañó durante su vida al más grande polemista del siglo XIX venezolano.

Sobre la *Historia de Julio César* de Napoleón III, advierte que no es un libro de historia en el sentido exacto de la palabra, sino que es una exposición de la política del propio emperador[1]. Con lo cual despoja a la obra de su intención histórica. Sin embargo, después de ese comentario, su crítica se cierne en torno a la erudición del trabajo, concebido como historia y arte, porque consulta a eruditos antiguos y modernos, y cuida al mismo tiempo un estilo puro y fluido.

> La *Historia de César* es también un libro curioso, que revive al tribuno dictador, agrupando a su lado con infinito arte, los variados acontecimientos que le sirven de cuadro y de comentario histórico. Todo ha contribuido a la formación de esta obra, fruto del trabajo y del estudio, la erudición antigua y la ciencia moderna, Tito Livio y Tácito, Dion Casio y Apiano, Drumann y Mommsen; la arqueología y la numismática, los escoliastas y los intérpretes. Nada falta, ni la precisión geográfica, ni un plan sencillo y claro, ni miras profundas, ni un estilo puro, a veces elegante, siempre propio y fluido[2].

Critica el tipo de providencialismo esgrimido por Napoleón III. Pues muestra a Dios como cómplice de las desgracias del imperio romano, cuando las presenta como algo inevitable y regidas por la inexorable fatalidad.

> El emperador francés hace a Dios cómplice con Tiberio que precipitó la decadencia (...) Invocando la Providencia, pregona la fatalidad, causa mentirosa que da por explicación y excusa a los mayores atentados que hayan manchado la historia[3].

Por otra parte, se manifiesta contrario a la idea del fatalismo en la historia porque servía a los fines de los déspotas y tiranos, y en ella veía la justificación que hacía Napoleón III de su propio entronizamiento en el poder. Si bien Juan Vicente González tenía una concepción providencialista de la

---

[1] J.V.González: *Revista Literaria,* p. 39.
[2] Íd.
[3] Ibíd., pp. 39-40.

historia, la intervención divina se expresaba para castigar o premiar a aquéllos que habían violado o seguido los preceptos éticos cristianos. El caso del Libertador y su decreto de Guerra a Muerte fue un buen ejemplo.

Aunque González dejaba en las manos de Dios el curso de la historia y sólo Él sabía las verdaderas causas de las actuaciones de los hombres, la providencia jamás permitiría el ascenso al poder de hombres que actuaran para precipitar la ruina de los pueblos. Y si enviaba catástrofes, no era para abrir paso a los déspotas, sino para dar lecciones a los pueblos y así evitar su destrucción[1]. De esta manera entendía la intervención de la providencia en la Historia. Dios no está al servicio de las pasiones humanas, al colocar las circunstancias como inevitables. Son los hombres los que deben cuidar su destino para no despertar la ira de Dios.

Pero también dedicó parte de su labor como crítico a las historias nacionales escritas en la primera mitad del siglo XIX. Consideró la *Relación Documentada* de Francisco Javier Yanes como la más "instructiva" que se había elaborado sobre la revolución de Independencia. Las otras historias que se referían a ese período eran, según él, simplemente "romances que no resisten al examen, donde nombres, datos, hechos, casi todo es inexacto, falso, impudemente, cargado de ficciones"[2].

Salvó de estos epítetos a la historia del general José de Austria, en la cual "hay algunos documentos que consultar"[3]. Se percibe claramente a quiénes iban dirigidos estos calificativos: a Rafael María Baralt y Ramón Díaz y, en mayor proporción, a Felipe Larrazábal.

La crítica a Baralt y Díaz se refiere básicamente a la justificación de la Guerra a Muerte, expuesta en las páginas del *Resumen de la Historia de*

---

[1] Ibíd., p. 40.
[2] J.V. González: *Biografía de José Félix Ribas,* ob. cit., p. 237.
[3] Íd.

Venezuela[1]. González condena cualquier exculpación de una medida que estaba en total contradicción con los postulados éticos cristianos[2]. Desecha la frase apuntada por Baralt de ser ese decreto la "gran medida redentora". Así, los autores del *Resumen* se convertían a los ojos de González en los "apologistas póstumos del crimen, tejedores en su llamada historia de mentiras verosímiles"[3]. No se podía justificar lo injustificable, y menos cuando, a partir del *Resumen*, los posteriores historiadores "han dado para justificarla las razones que han acumulado diestramente Díaz y Baralt"[4]. ¿Dónde quedaba, entonces, la apología de Yanes a esta medida extrema de Bolívar? Sabemos que Yanes escribió su *Relación Documentada* antes que Baralt, así como también se tiene la certeza de que González leyó todo el manuscrito. Posiblemente se deba a que la obra de Yanes permanecía inédita y no representaba, hasta ese momento, ningún inconveniente por ser desconocida del público. En la *Relación Documentada*, buenos párrafos dedica Yanes a justificar la Guerra a Muerte[5] y sin embargo, de ellos nada dice Juan Vicente González. Pareciera ser, que su intención era la de responsabilizar a Baralt y Díaz de ser los iniciadores de la historia apologética de la Guerra a Muerte.

Con respecto a la crítica histórica que hizo sobre la *Vida del Libertador Simón Bolívar* de Felipe Larrazábal, se muestra más implacable y severo. Esta obra "es un libro deplorable; ningún candor histórico, alteración maliciosa de los hechos"[6]. En otra parte, había anotado que dicha obra contenía "más errores que palabras"[7]. En fin, había que consultar aquel libro con el cuidado y la reserva necesarios para evitar confusiones inútiles. La obra de Larrazábal, además de carecer de mérito histórico, también presentaba fallas de orden literario:

---

[1] F. M. Baralt: ob. cit., tomo I, pp.139-140.
[2] J. V. González: ob. cit., p. 132.
[3] Íd.
[4] Íd.
[5] F. J. Yanes: ob. cit., tomo I, pp. 96-99.
[6] J. V. González: ob. cit., p. 237.
[7] J. V. González: *Biografía de Martín Tovar*, ob. cit., p. 77.

> pretensiones a erudito con préstamos inseguros o vulgares; todo en estilo desigual y abigarrado, lleno de relumbrones y falso brillo[1].

En la *Biografía de José Félix Ribas*, Juan Vicente González inserta un párrafo entero de la *Vida del Libertador Simón Bolívar*, no con la intención de apoyar un dato, sino con la finalidad de desmentir a su autor. El parágrafo objeto de crítica es el referido a los sucesos de septiembre de 1814:

> Los caudillos militares de la provincia –dice el señor Felipe Larrazábal–, instigados por Ribas y Piar, habían formado un acuerdo de proscripción contra el Libertador y Mariño, acusándoles haber desertado del ejército y escapado a las Antillas; y proclamaron en consecuencia a Ribas y Piar, motores de tan criminales manejos, primero y segundo jefes de las tropas[2].

Para refutar esa aseveración, González afirma que la migración que se encontraba refugiada en Oriente propuso a Ribas por jefe del ejército, en lugar de Bolívar y Mariño. Por lo tanto, llamar a "Ribas y Piar *promotores* de aquella resolución, y llamar a ésta *criminales manejos*, son inconcebibles ligerezas, que no podrían apoyarse en documentos históricos"[3].

Otras líneas que critica a Larrazábal son las siguientes: según el autor de la *Vida del Libertador* "Ribas (...) desconoció a Bolívar y redujo a prisión al general Mariño (...) ¡Intolerable ingratitud! ¡Desenfrenada ambición! Ribas debía a Bolívar sus grados militares"[4]. En este punto, González ataja otra "ligereza" histórica de Larrazábal, a la cual responde: "Ribas, coronel antes que Bolívar, mal podía deberle sus grados militares"[5].

A través de esta crítica, pretendió desmentir algunas afirmaciones formuladas por Felipe Larrazábal en su obra; y se puede percibir la mutua

---

[1] J. V. González: *Biografía de José Félix Ribas*, ob. cit., p. 237.
[2] Ibíd., p. 244; ver F. Larrazábal: *Vida del Libertador Simón Bolívar*, ob. cit., tomo I, p. 331.
[3] J. V. González: *Biografía de José Félix Ribas*, p. 251.
[4] F. Larrazábal: ob. cit., tomo I, p. 331; J. V. González: ob. cit., p. 245.
[5] J. V. González: ob. cit., p. 252.

enemistad de ambos políticos, forjada desde la década de 1840. Por último, González nunca citó a Larrazábal con el propósito de sustentar una idea o un dato, sino simplemente, para exponer sus fallas como historiador.

7. Felipe Larrazábal: la historia como juicio moral

Larrazábal comienza su biografía sobre Simón Bolívar con un discurso que, más que histórico, parece un ditirambo en prosa guarnecido de exclamaciones y expresiones hiperbólicas referidas al máximo héroe de la gesta de la Independencia. La lectura de la primera página anuncia ya, de una buena vez, lo que será la leída desde el principio hasta el final: un compendio de alabanzas, de exclamaciones que suenan a repiques de tambores militares y de oraciones fervorosas dirigidas a Bolívar, acompañadas generosamente de una infinidad de puntos suspensivos.

Larrazábal llora, gime, grita y canta a lo largo de su narración para así exaltar la figura del Libertador y hacerla incomparable. Son tantos los puntos suspensivos y los signos de exclamación utilizados en la obra que éstos sustraen y distraen la vista del lector de la verdadera sustancia de la relación histórica. Desgraciadamente, la *Vida de Bolívar* se pierde en el panegírico al Libertador.

Expresa, desde su primera página, la dificultad que significaba escribir la biografía de Simón Bolívar. Seguramente, no fue tarea fácil recurrir a una infinidad de adjetivos para describir y ensalzar a un Bolívar dotado exclusivamente de cualidades positivas. Pero, también aquí se deja ver su concepto de historia que, por otra parte, chocaba con su objetivo de alabar al máximo héroe de la patria.

Comienza su obra en estos términos:

> Es difícil tarea compendiar la vida de los héroes; mas que de todos de Simón Bolívar, prodigio de los mortales.
>
> ¡Cómo reducir a términos la inmensidad! ¡Cómo examinar en el crisol tantas virtudes, exaltadas del espíritu de Dios, que predestinó aquel genio para la redención de un mundo!
>
> Escribir la vida de Bolívar...! Honrosa empresa, dificultosa salida.

> Y esa dificultad la aumenta la necesidad de la historia, nunca preciosa, si no es ingenua, si no es prolija; deseando la posteridad saberlo todo, o para sacar del escarmiento erudición, o para admirar aquellas altas y prósperas fortunas, glorias brillantes, que tiene reservadas la Providencia, como para mostrar al hombre de lo que es capaz cuando lo alienta la fuente de la eternidad.
>
> Con todo, no me acobarda la arriesgada empresa; que la suavidad del asunto me anima para carrera tan larga y escabrosa. Y aún diré con verdad lo que dijo el historiador romano, Tito Livio, en medio de su obra: 'pudiera dejarlo aquí, si no se hubiera cebado el alma con el gusto del sujeto'. Tras lo cual añadiré, que ayuda mucho para salir de tantos particulares, que el Libertador Simón Bolívar escribió varias de sus cosas, y fue tan extremado en decirlas como en hacerlas. Con que lo principal que en esta historia se dijere será suyo, y mi obligación se ha reducido a tratar la verdad y a referir las cosas como pasaron, desnudas y sin arreos o ropas prestadas.
>
> Lejos de mí el arrogante empeño de dar lustre y engrandecer al héroe suramericano; su grandeza, en el tamaño está de sus obras inmortales, y todos los conceptos de la elocuencia no encarecerían lo que por sí es tan precioso, ni darían color que no fuese menos que la luz bella de su esplendente vida[1].

Construir esta historia se convertía en una empresa arriesgada, larga y escabrosa, porque el biografiado era un predestinado por Dios para redimir, no sólo a un pueblo, sino a un mundo. Afortunadamente, Simón Bolívar había escrito mucho y, por lo tanto, buena parte de lo apuntado en la obra era del propio Libertador. Además, el autor tendría el cuidado de todos los historiadores liberales del siglo XIX, en contar las cosas tal como pasaron: "desnudas y sin arreos o ropas prestadas". Así que rechazaría la tentación de engrandecer al héroe suramericano porque los hechos por sí solos eran suficientes para enaltecer la figura cimera de la independencia americana.

Por eso escribía: "Y basta a la historia conocer los hechos"[2], porque al referirlos tal como habían sucedido, se llegaba a la verdad y ésta se constituía en el mayor crédito para la historia[3]. Consignar, entonces, la verdad en la historia era la labor primordial. Ante ella, se inclinaban los afectos y simpatías

---

[1] Felipe Larrazábal: *La vida y correspondencia general del Libertador Simón Bolívar,* New York, Andrés Cassard, 4 Cedar street, sexta edición, 1883, tomo I, pp. 1-2.
[2] Ibíd., tomo II, p. 494.
[3] Ibíd., tomo I, p. 86.

que podía sentir el historiador por determinados personajes. Y es por esta razón, que al escribir sobre la ambición desmedida del general Mariño, lo hacía con dolor y pesar.

> Ninguno puede imaginar el dolor que he sufrido al escribir los conceptos que preceden. Yo he sido amigo íntimo del General Mariño, que tenía mi casa por suya y gozaba de todas mis simpatías y atenciones; pero debo escribir la verdad de las cosas, tales como pasaron. Cuando se toma la pluma de la historia, dice Polibio, es preciso saber renunciar a todas las afecciones para tributar elogios, los más sublimes, a los enemigos que los merezcan, y hacer al mismo tiempo la censura de los amigos cuyas faltas sean dignas de reprensión. Prívese a un hombre del sentido de la vista, todo desaparece para él de un golpe. Despójese a la historia de la verdad, y no queda más que un recitado insípido e inútil. Acusar a nuestros amigos, alabar a nuestros enemigos, no nos debe dar, pues, inquietud ni mortificación. Despréndamonos de las personas: contemos los hechos[1].

Consideraba que, a veces, era necesario ir más allá de la simple narración de los hechos. Sin embargo, ese "ir más allá" no se traducía en un análisis profundo del hecho histórico, sino en narrar accidentes, detalles o pormenores minuciosos que pasaban desapercibidos por la mayoría de los historiadores y, por no contarlos, simplemente se perdían. De allí que se detendría en ellos, muchas veces, para evitar su olvido.

> Debo (...) ser prolijo en la narración de los hechos que vienen en gran parte a formar este capítulo*, pues he observado que en ninguna obra se refieren: de modo que, si dejara pasar esta ocasión de recordarlos, acaso para siempre habrían de quedar en el olvido. Y fuera lástima, poque los menudos accidentes interesan en la historia de los hombres grandes y se leen con avidez[2].

Aumentaba de este modo el inventario de hechos en su relación, porque: primero, así no caían en el olvido y, segundo, porque los consideraba interesantes para depositarlos en la historia.

---

[1] Ibíd., tomo I, p. 438.

* Se refiere a la llegada de Bolívar y Mariño a Cartagena en septiembre de 1814.

[2] Ibíd., tomo I, p. 339.

Su prolijidad en la indagación de los hechos y en preservarlos para la posteridad, le llevó a encontrar al soldado que salvó la vida al Libertador en la noche del 16 al 17 de abril de 1818 en el Rincón de los Toros. Ese valiente soldado fue el joven Leonardo Infante, quien a riesgo de su propia vida, entregó su caballo a Bolívar para que pudiese huir y así salvarse.

> Los historiadores de Colombia y Venezuela no dicen quién fue ese soldado bienhechor que libertó a Bolívar de una muerte cierta.(...) La historia, que es testigo de los tiempos, no es muchas veces vida de la memoria, pues deja perecer en el silencio nombres que la gratitud más pura consagraría a la inmortalidad. Yo he tenido prolijo empeño en saber quién fue aquel soldado, para dar a conocer su nombre a la posteridad; y mi empeño no ha sido vano (...) pues creo poder asegurar que se llamaba Leonardo Infante, de Maturín, el mismo que, ya hecho coronel, murió años adelante en Bogotá[1].

La historia era una maravillosa cantera cuyo espacio servía, según su visión, para enjuiciar a los personajes involucrados en ella. Hacía de la historia un gran tribunal, en el cual, el historiardor era el juez y los personajes, de acuerdo con su actuación, podían ser los testigos, los acusados o los acusadores. A lo largo del proceso inquisitorial, el historiador debía buscar afanosamente la verdad, como debía hacerlo un buen juez al considerar todas las circunstancias que pudieran modificar la responsabilidad del acusado, bien para agravarla o bien para atenuarla o, simplemente, para eliminarla si se consideraba su inexistencia. La historia vista en estos términos se reducía a un proceso judicial.

Este tipo de historia tiene también todos los visos del pragmatismo de los antiguos: el de escribir con una finalidad moral o cívica, una lección que dejar a la posteridad. Por eso Larrazábal apelaba al viejo aforismo ciceroniano que consideraba la historia como "testigo de los tiempos" y "la mensajera de la antigüedad", pues era necesario dejar una sentencia inequívoca al colectivo, sin importar la estatura del personaje enjuiciado.

---

[1] Ibíd., tomo I, p. 532.

> Pero la historia no es una narración fabulosa, ni se escribe buscando propósitos de semejanzas que en realidad no han existido. Si ella es el testigo de los tiempos y la mensajera de la antigüedad, es preciso que a cada uno imparta severamente su recompensa o su castigo, su alabanza o vituperio. Ninguno, por grande que sea, debe escaparse de la responsabilidad ante el juicio terrible de la historia; pero no exijamos la obligación de sincerarse a quien no le es imputable el hecho que se investiga[1].

Para que el historiador lograra un juicio imparcial necesitaba conocer de una manera fidedigna el momento de las circunstancias y la situación de las cosas sobre las que se juzgaba. Larrazábal recurre aquí a la doctrina del "color local" tan cara a los historiadores románticos y liberales, que consideraban que sólo así se llegaba a conocer fielmente el escenario en que se desarrollaban los hechos.

> Para expresar bien un juicio recto y acertado, es necesario trasladarse en idea a la situación de las cosas sobre que se juzga: conocer el grado de exaltación de los espíritus: el pensamiento reinante: las particulares circunstancias o condiciones del momento[2].

Aunque la historiografía romántica europea dejó de ser pragmática, Larrazábal narraba como un romántico pero pensaba como un historiador liberal al utilizar la historia para unos fines prácticos: los de justificar y defender la libertad, en contra del despotismo y la arbitrariedad. Esto lo hicieron los historiadores liberales europeos del siglo XIX, que recurrieron nuevamente al viejo pragmatismo de los clásicos de la antigüedad.

Por eso Simón Bolívar era a los ojos de Larrazábal el símbolo de la libertad. Al defender al Libertador de todas las acusaciones que hizo un Mariano Torrente o las imprecisiones históricas en que incurrieron Montenegro Colón y Baralt, Larrazábal estaba defendiendo la libertad, porque Bolívar era la

---

[1] Ibíd., tomo I, p. 471.
[2] Íd.

encarnación de ella. Su juicio sobre el Congresillo de Cariaco lo reducía a lo siguiente:

> El objeto de los promovedores del Congresillo de Cariaco había sido desconocer a Bolívar; pero Bolívar era la independencia, y desconocerlo equivalía a abandonar toda esperanza de libertad[1].

Fuera de Bolívar no había, simplemente, libertad. Todo su discurso es una defensa de Bolívar y, por lo tanto, de la libertad. Aquí se encuentra el núcleo de su pragmatismo histórico, el cual servía para justificar, defender y argumentar sobre la independencia y la libertad encarnadas, como ya se ha dicho, en el Libertador. Estaba tan convencido de esta idea, que llegó a considerarle como un profeta que podía predecir lo que sucedería al país, por motivo de esa especie de encarnación metafísica.

> De Bonaparte se ha dicho que fue un matemático en el trono. Con mayor razón puedo yo decir que Bolívar, fue un pensador profundo en el campo de batalla y en el gabinete; un hombre inspirado, el *Profeta de la libertad* cuyas predicciones nunca fallaron y cuyas palabras fueron prendas de las obras; pero ¡qué obras, Dios santo!... La independencia de un mundo!![2].

Si Bolívar fue un profeta, es lógico considerar que Dios le había enviado para liberar a un pueblo. La Providencia cuidaría y guiaría sus pasos y, muchas veces, le salvaría la vida misma. Si bien Dios se puede considerar como la Providencia, es necesario precisar que ella es la acción protectora que ejerce sobre el mundo y, en este caso particular, sobre Simón Bolívar. Él es el heraldo enviado por el Todopoderoso con el encargo de iluminar al mundo con la justicia y para hacerle conocer la libertad. Por eso, antes de Bolívar la historia pertenecía a una época oscura, signada por la esclavitud.

> En aquellos tiempos de oscurantismo y de opresión, Dios sacó de los tesoros de su bondad una alma a la que revistió de inteligencia, de justicia, de fuerza y de dulzura. "Id, le dijo, a llevar la luz a la

[1] Ibíd., tomo I, p. 473.
[2] Ibíd., tomo II, p. 131.

> mansión de la noche, id a hacer justos y felices a los que ignoran la justicia y no conocen la libertad".
>
> Aquella alma fue la de Bolívar; este es el encargo que le confió la Providencia[1].

Este providencialismo se transforma en mesianismo, en destino manifiesto, inexorable:

> Ese era su encargo; para eso había nacido. Sigámosle en su carrera de redención y descubramos cómo pudo dar cima a la gigantesca extraordinaria empresa de salvar un mundo[2].

Pero el verdadero mesías, es decir, el ungido por Dios, no es tal si los otros no lo reconocen como el genuino salvador. El mesianismo se asienta en el reconocimiento de los demás, y Larrazábal no pasó por alto este aspecto.

> En todas partes, los amigos de la libertad buscaban con ahínco el auxilio de Bolívar. Todos reconocían que él era el Ministro de la Providencia para la salvación del Nuevo Mundo[3].

Gustaba, además, de emplear a la Providencia para explicar un hecho, que si bien podía ser obra de un hombre o de un grupo, aquélla trabajaba para colocar a esos personajes en los escenarios necesarios y hacerlos actuar según su plan predeterminado. Por eso, el canónigo José Cortés de Madariaga fue destinado por la Providencia para llevar a cabo un hecho extraordinario: prender la chispa de la revolución.

> Ya Roscio, el mismo Roscio, tan cauto y advertido, había comenzado a redigir el acta en este sentido, cuando se presentó *el hombre destinado por la Providencia* para consumar el grande hecho de la revolución. Ese hombre fue el Dr. José Cortés de Madariaga, natural de Chile y canónigo de la Catedral de Caracas[4].

---

[1] Ibíd., tomo I, p. 3.
[2] Ibíd., tomo I, p. 161.
[3] Ibíd., tomo I, p. 443.
[4] Ibíd., tomo I, p. 51.

Larrazábal es un buen exponente de la influencia de la historiografía racionalista o iluminista del siglo XVIII y de la teoría de las catástrofes en los historiadores venezolanos de la primera mitad del siglo XIX, cuando otorga tanto peso al papel de los individuos o el azar en la historia, o cuando hace intervenir abruptamente a la Providencia en los hechos.

El azar y la Providencia tienen mucho espacio en la *Vida de Bolívar*. A pesar de tener en sus manos una extensa documentación, se encuentra frecuentemente sin saber cómo explicar muchos de esos acontecimientos. Recurre entonces a las coincidencias, al azar, a circunstancias extraordinarias y, por último, a la Providencia.

> [En la guerra de Independencia] no sólo hay mucho que loar, sino también coincidencias que admirar; portentos, circunstancias extraordinarias que suspenden o hieren el ánimo con su recóndita significación (...) Diríase que entraba en los arcanos de la Providencia no omitir medio ni diligencia alguna paa tener alentados los corazones patriotas con señales que parecían avisos si no promesas de venideros triunfos[1].

La Providencia, que es pensamiento, se hace acción a través de la fuerza, la perseverancia y la energía que emanaban del Libertador de una manera continua, perenne y que ella misma le había inyectado.

> ¿Cómo definir esa perseverancia incontrastable, esa energía del alma que a todo resiste y que no cede por ningún accidente humano? Muy bien: es el pensamiento de la Providencia que se efectúa[2].

Este breve párrafo es muy elocuente. La Providencia tenía destinada para Venezuela la libertad y Simón Bolívar fue su instrumento. De ahí le venía toda esa fuerza para llevar a cabo tamaña empresa, que realizó prácticamente solo. Felipe Larrazábal estaba tan convencido de esa idea, que no vacilaba en

[1] Ibíd., tomo I, p. 156.
[2] Ibíd., tomo I, p. 340.

afirmar: "Su espíritu que recibía un soplo divino, que vivía una vida superior comunicada de lo alto, veía a Colombia emancipada"[1]. El poder de Bolívar le venía directamente del cielo, como "un soplo divino"; frase que recuerda el discurso de los antiguos o el de los que bebían del neoclacisismo.

Una y otra vez se repite el providencialismo en la obra. Unas veces para señalar los maravillosos dones que la Providencia había prodigado al Libertador y llegar hasta preguntarse si éste era mortal como cualquier ser humano[2]. Otras, para reafirmar la misión que aquélla le había asignado. La Providencia hablaba a Bolívar y con su voz le animaba y le impulsaba a concluir su misión, al decirle: *"Parte a la empresa, que con tu esfuerzo se libertará este pueblo. Yo te envío"*[3].

También la suerte y el destino son elementos que Larrazábal tomó en cuenta. La suerte no sólo era la diosa pagana de la fortuna, ni sólo un accidente fortuito que beneficiaba a un sujeto determinado en un momento específico, sino también era sinónimo de Providencia y la utilizaba en el sentido de acción protectora. Por eso llega a expresar: "la suerte, o más cristianamente hablando, la Providencia"[4], para así apuntar al mismo significado que tenían las dos palabras.

En contraste con la suerte, se encuentra la desgracia, dispensadora de miserias y calamidades. A veces, perseguía a Bolívar sin mayor explicación y sin ser merecedor de un castigo, aunque Larrazábal reconocía que los reveses eran producto de la falta de medios y recursos. No obstante, la desgracia no ocupa mayor espacio en su obra, porque la Providencia arropaba siempre con su manto al Libertador. De nuevo el autor relaciona la fortuna con la Providencia:

---

[1] Ibíd., tomo I, p. 403.
[2] Ibíd., tomo II, p. 96.
[3] Ibíd., tomo II, p. 120.
[4] Ibíd., tomo II, pp. 271-272.

> La desgracia (...) perseguía entonces al Libertador en todas sus empresas, que acometía ciertamente sin los medios y recursos necesarios. Confiaba demasiado en el amor a la independencia que suponía animaba a todos los venezolanos. ¡Esperanza falaz en aquella época, que estuvo a pique de costar la vida al jefe supremo si la Providencia no hubiera conservado sus preciosos días para que cumpliera los altos hechos que debía ejecutar en beneficio de la América del Sur![1].

Percibe la suerte o la fortuna como la veían los antiguos: representada en una dama ciega que podía repartir sus favores a amigos y enemigos. El éxito de Domingo de Monteverde a comienzos de 1812 se debía a esta diosa caprichosa que se mostró favorable con los realistas y hostil con los independientes[2].

La fortuna, además, doblegaba ánimos y voluntades, porque ella como deidad era poderosa. Larrazábal se pregunta: ¿"Quién puede oponerse al imperio inexorable de la suerte?"[3]. Pues nadie a su buen entender. El "imperio inexorable de la suerte" marcaba de antemano lo que estaba por suceder. Los romanos de la Antigüedad consideraban la fortuna como diosa del Destino. Larrazábal como buen conocedor de los clásicos, también le daba esa connotación. Por eso, ante el arrepentimiento de Monteverde por haber otorgado el pasaporte a Bolívar, sentenciaba: "¡Insensato! como si hubiera estado en su mano impedir el cumplimiento de los eternos incontrastables decretos del Destino!"[4].

El destino señalaba y decretaba la salvación de Bolívar y ante eso no había poder humano que pudiera cambiar el rumbo. Bolívar era el hombre destinado a la salvación de América[5].

---

[1] Ibíd., tomo I, p. 455.
[2] Felipe Larrazábal: *Vida del Libertador Simón Bolívar*, (edición modernizada de Rufino Blanco Fombona), Caracas, Gobernación del Distrito Federal, 1983, tomo I, p. 123 y tomo II, p. 116.
[3] Felipe Larrazábal, ob. cit., 1883, tomo I, p. 336.
[4] Ibíd., tomo I, p. 138.
[5] Ibíd., tomo I, p. 517.

En síntesis, en la concepción de la historia de Larrazábal, los hechos y la veracidad de éstos representan el eje central de su relación histórica. Al menos, esa es su intención. Pero estos hechos están determinados, en buena medida, por elementos metafísicos, intangibles e inexorables como son la providencia, la fortuna o el azar y el destino. Las acciones de los hombres se ven amarradas por estos elementos ajenos a la actuación humana.

a. La influencia del neoclasicismo y del romanticismo en la *Vida del Libertador Simón Bolívar*

Larrazábal, al igual que Juan Vicente González, no dudó en utilizar a Plutarco como modelo para escribir su biografía. Si bien aquellos dos historiadores venezolanos no copiaron al biógrafo griego en el sentido de emular las cuarenta y seis *Vidas Paralelas*, sí trataron de imitar el espíritu de esta obra al describir a sus respectivos biografiados como arquetipos de una época: Bolívar como héroe máximo de la guerra de Independencia y José Félix Ribas como víctima de la Guerra a Muerte.

Si Plutarco gustaba de ensalzar a sus personajes, con más razón lo haría Larrazábal con Bolívar quien fue superior a cualquier protagonista de las *Vidas.*

> Plutarco alaba con razón el denuedo y las virtudes de Pelópidas, sus bellas y gloriosas acciones, sus empresas admirables, su conjuración contra los tiranos para libertar su patria...! Justo es ese elogio; y yo uno mis pobres alabanzas a las del biógrafo ilustre de la antigüedad; mas ¿a qué distancia no quedan Pelópidas, y Marcelo, y Trasíbulo, y Timoleon, y todos los héroes del mundo viejo que odiaron la tiranía, si se comparan con el hombre prodigioso de la América del Sur, a quien el cielo inspiró la idea y dio el poder de redimir un continente de la esclavitud?[1]

[1] Ibíd., tomo I, pp. 2-3.

Hay una gran diferencia entre Larrazábal y González. Si bien, los dos emplean los recursos de su formación clásica, Larrazábal lo hace para exaltar hasta el infinito las proezas del Libertador. En su obra hay un sólo protagonista, los demás personajes que acompañan a Bolívar se reducen en estatura y prodigios. González, en cambio, distribuye las virtudes heroicas entre los personajes que son de su simpatía y su biografiado se diluye en los difíciles años de 1813 y 1814. Por otra parte, el estilo que emplea Larrazábal en su discurso es, más de las veces, recargado y afectado. González demuestra un dominio cabal de la prosa que, a pesar de caer en analogías entre héroes antiguos y criollos, jamás llega a provocar cansancio en el lector, sino admiración y deleite.

Larrazábal fusiona en un mismo texto sus tendencias clasicistas y románticas. Mezcla a personajes de la antigüedad con el Bolívar romántico, capaz de las más arriesgadas empresas con tal de lograr la libertad de su patria.

> Milcíades dando la libertad a Atenas después de la jornada de Maratón, no pudo sentir las mismas emociones que Bolívar al dar la libertad a Venezuela. El héroe griego, destruyó, es verdad, con un puñado de hombres el coloso de los persas; pero los atenienses eran libres, y sólo sintieron el amago del despotismo; los caraqueños oprimidos, subyugados, vilipendiados, durante un año entero, vieron en Bolívar el ángel tutelar que arrancaba sus cadenas y les devolvía honor, patria, gloria y libertad[1].

Honor, patria, gloria y libertad fueron palabras estimadas por los románticos. La gloria no era solamente la mejor reputación y la más alta fama. Era un estado de perfección que se alcanzaba como resultado de hacer grandes obras y de poseer virtudes excelsas. Según Larrazábal, Bolívar siempre persiguió alcanzar este sentimiento, esta manera de ser y lo logró a través de la providencia.

[1] Ibíd., tomo I, p. 196.

> [Bolívar] ama la gloria, noble sentimiento de las almas grandes y virtuosas; la busca con fervor, la sigue con constancia...Su alma siente la necesidad de libertad; su inteligencia no comprende un mundo esclavo entre cadenas, y la América va a romperlas para siempre... ¿Cómo definir esa perseverancia incontrastable, esa energía del alma que a todo resiste y que no cede por ningún accidente humano? Muy bien: es el pensamiento de la Providencia que se efectúa[1]...

Otro concepto fundamental del romanticismo fue la idea del "genio". El genio era un espíritu dinámico, creador, que no podía definirse bajo ninguna norma, ni comprenderse bajo ningún análisis. De manera que el genio creaba sus propias leyes. El genio podía ser individual como el que impulsaba a un artista o escritor, o el que movía al mundo como el de Napoleón o Bolívar. También podía ser el genio o espíritu de una época o de una nación. Este último se refería al carácter nacional que hacía que cada pueblo actuase de un modo propio y que sólo podría conocerse mediante el estudio de su historia.

La noción romántica del genio empleada por Larrazábal es la del espíritu que mueve a un pueblo o a un mundo. El genio de Bolívar conducía a las tropas patriotas a la victoria porque ellas luchaban por la libertad. Así, el genio se convierte en un poderoso motor para alcanzar los más nobles fines de un pueblo: su independencia y su libertad.

> Las tropas reales eran más numerosas y aguerridas que las nuestras; pero éstas peleaban por la libertad y las conducía a la victoria el genio de Bolívar. ¡Cuánto alcanza un espíritu superior a quien sirve de estímulo lo árduo![2]

Solamente las almas superiores eran poseedores del genio, de ese espíritu demiurgo.

La obra de Larrazábal está sobrecargada de los rasgos más conspicuos del romanticismo. En ella hay drama, abundante sangre derramada, el sacrificio de hombres y mujeres, la grandeza de Bolívar, el heroísmo de los

---

[1] Ibíd., tomo I, p. 340.
[2] Ibíd., tomo II, p. 28.

combatientes patriotas. Está alimentada por la recreación de la guerra de Independencia. Decenas de párrafos reflejan el sentido del espectáculo tan caro a los románticos.

> Aquella sangre derramada a torrentes: aquellas lágrimas de la orfandad, aquellos diformes visajes de la muerte debían llenar de espanto el corazón del tirano[1]. [se refiere a Morillo].

En otro lugar, Larrazábal asienta:

> Murió al fin del combate el general Cedeño, el *valiente de los valientes*, queriendo precipitarse casi solo sobre una masa de bronce de infantería española. Una bala le hirió en el centro de su gran corazón! Cayó súbitamente con el sable empuñado; y aquel cuerpo que había sido feliz y precioso depósito de valor heroico, quedó tendido en el campo de Carabobo para cubrirse de gloria en la inmortalidad[2].

De nuevo la gloria, la inmortalidad y el heroísmo. El sacrificio de Cedeño resume una de las tantas expresiones románticas que se encuentran en la *Vida del Libertador*. La intención de Larrazábal no era la de analizar fríamente la historia, sino la de emocionar. Ésta es una característica esencial de la historiografía romántica[3].

Por otra parte, a los historiadores románticos les gustaba escribir largas narraciones en las cuales se manifestara el color local de una época o de una situación. Larrazábal no poseía una imaginación rica y poderosa para detallar con pinceles finos los acontecimientos que acompañaron la vida del Libertador. Quizás por esa razón escribió:

> No es dable pintar la situación en aquélla época memorable, y la imaginación más rica se hallaría débil para transmitir a la historia los pormenores de todos los acontecimientos[4].

---

[1] Ibíd., tomo II, p. 59.
[2] Ibíd., tomo II, p. 84.
[3] Fueter: ob. cit., tomo II, p. 120.
[4] Felipe Larrazábal: ob. cit., 1883, tomo II, p. 245.

Muy escasos son los párrafos que recrean con prolijidad una escena o una época en particular. Sin embargo, hay uno que intenta hacerlo y se refiere a una celebración que se hizo en honor a Bolívar en 1827.

> El 10, teniéndose noticia positiva que Bolívar llegaría ese día, toda la ciudad apareció al rayar la aurora con los signos del más íntimo regocijo: la alegría reinaba en los rostros, el gusto en los vestidos, los gritos del contento en las calles, la tranquila complacencia en las casas: la dulce confianza en los corazones... todo, en fin, parecía anegado en un océano de dicha. El tránsito se veía cubierto de arcos, que aunque no comparables a los suntuosos de mármol que la fastuosa Roma elevaba a Trajano, ni a los que, contra el voto de sus sentimientos, edificó la humillación de los vencidos a los afortunados conquistadores; mil veces eran más demostrativos de afecto y gratitud, porque los ofrecía el corazón, levantados de amarillas palmas y verdes sauces, embellecidos con lazos de cinta y gallardetes tricolores en que estaban inscriptos elogios al héroe. Las calles se hallaban vestidas de damasco de variados colores, y guarnecidas de las tropas de línea y cuerpos cívicos uniformados, que a solicitud de la I. Municipalidad se habían reunido al intento: los frontispicios de las casas decorados con palmas y flores: en las paredes entre espejos y cuadros, se veían expuestos retratos del Libertador: himnos en su gloria; y multitud de diversas inscripciones en su alabanza. En las ventanas de toda la ciudad flameaban los pabellones de Colombia, Perú, Bolivia, Estados Unidos, etc.; y de la boca de los espectadores eran continuos los vítores de todos conceptos al ilustre triunfador.[1]

Hasta aquí el denominado "color local" que se vierte en la geografía arquitectónica de la ciudad de Caracas: calles, edificios y casas se describen en sus oropeles para demostrar cómo un pueblo se engalanaba con el fin de recibir al máximo héroe de la república.

Más adelante, Larrazábal se centra en aquel público que acogía al Libertador en éxtasis. Gente que se apretujaba para recibir de Bolívar tan sólo una mirada o quizás para sentir un ligero roce de su casaca.

> Mas ya el momento dichoso se aproximaba: la gente no cabía en las calles, y comprimida se impedía el movimiento: apiñada en las puertas y las ventanas, poblaba también hasta los tejados; y de esta suerte aguardaban todos ansiosos el instante de herir con sus miradas

[1] Ibíd., tomo II, pp. 385-386.

> al númen cuya tardanza los tenía ya angustiados. La I. Municipalidad que había invitado al colegio de abogados, a las comunidades religiosas, a los alumnos del seminario, etc., se veía confusa con ellos entre la infinidad que no permitía campo para marchar en orden. En la entrada de la ciudad, se hizo al Libertador dejar el caballo para montar en una carroza lindamente aderezada, que voluntariamente ofreció el señor Jacobo Idler, ciudadano de los Estados Unidos, de que tiraban dos bizarros caballos cubiertos de hermosas mantas amarillas, conducidos por el mismo Idler[1].

Sin embargo, se muestra impotente para continuar con su recreación de aquel acontecimiento de extraordinaria magnificencia, y decide apelar a los pensadores clásicos para señalar que ni aún ellos con todo el poder de su retórica y elocuencia podrían retratar en su justo color aquellas escenas memorables.

> Pero, ah! Desistir es indispensable! ¡Infructuosa empresa sería pretender reducir a expresión, lo que apenas puede caber en la idea! Una imaginación de fuego, un idioma exclusivo del placer, las plumas de las musas, la elocuencia de Demóstenes, el lenguaje de Cicerón, serían insuficientes para formar sólo un ligero recuerdo de la expansión de los corazones, de la expresión que los afectos daban a los semblantes, del retumbido de los aplausos, cuando al fin, vivificando a Caracas como el sol a la naturaleza, se dejó ver en su triunfo Bolívar; y aunque traía más inmarcesibles y numerosos timbres que todos los campeones que hasta ahora coronó Marte y celebraron los clarines de la fama, él venía, no con la pompa dispendiosa de Julio, ni con la sacrílega vanidad de Marcelo, sino con la sencillez republicana de un Quincio, y la popularidad amable de un Valerio[2].

En las siguientes páginas continúa con la descripción de todos los agasajos en honor del Libertador: un *Te Deum*, fiestas públicas y privadas, actos solemnes por parte de la Municipalidad de Caracas y convites y "ambigúes" ofrecidos por parientes y amigos muy propios de la época[3].

Al igual que su adversario político, Juan Vicente González, Larrazábal reunió en su discurso histórico dos corrientes: el neoclasicismo y el

---

[1] Ibíd., tomo II, p. 386.
[2] Íd.
[3] Ibíd., pp. 386 – 392.

romanticismo. La primera se expresó ampliamente a través de su formación o educación eminentemente clásica. Quien aspirase a ser tenido como culto o "ilustrado" debía interpolar alusiones clásicas en sus escritos. Demóstenes, Cicerón, Homero y Virgilio sirvieron de modelos. En Occidente no había parlamentario inglés o político norteamericano o francés que no intercalara en sus alocuciones a aquellos personajes paradigmáticos de la época clásica. La segunda corriente no se adquirió por la educación formal, sino por la influencia de los románticos europeos, ya fueran novelistas o historiadores. El romanticismo no se encontraba en los planes de estudios de ninguna universidad, por lo tanto, no se adquirió en ningún instituto de enseñanza superior. Fue una corriente que se impuso porque estaba de moda y, por lo tanto, había que seguirla. Apareció en el siglo XVIII como rival del clasicismo, para luego expandir su influencia y alcance. En esencia, Larrazábal era un clasicista por su educación, pero por su estilo, pretendió ser un romántico.

III. ¿La historiografía venezolana de mediados del siglo XIX rinde culto al héroe?

En el invierno de 1822 a 1823 Hegel pronunció sus famosas *Lecciones sobre Filosofía de la Historia* en la Universidad de Berlín. Durante el curso expuso la idea de que las grandes figuras revolucionarias de la historia no eran simplemente individuos notables capaces de mover montañas sólo con su voluntad, sino que eran agentes a través de los cuales las fuerzas de la sociedad realizaban sus inconscientes propósitos. Julio César y Napoleón fueron, por ejemplo, los grandes hombres de la historia, los que se propusieron fines particulares que contenían lo sustancial; es decir, la voluntad del Espíritu Universal. A esos grandes hombres Hegel los llamó *héroes*. El héroe es el clarividente de su tiempo y el que mejor sabe lo que debe hacerse. El pueblo le sigue porque siente que en él está el irresistible poder de su propio espíritu interno[1].

Más tarde, en el comienzo de la era del nacionalismo intransigente, apareció Thomas Carlyle con una serie de conferencias, seis en total, que se reunieron con el título *De los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia* en 1840. Su tesis aparece ya dibujada desde el primer párrafo de la primera conferencia: "La Historia Universal (...) es en el fondo la historia de los grandes hombres que aquí trabajaron. Fueron los jefes de los hombres; los forjadores, los moldes y, en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha ejecutado o logrado la humanidad"[2]. Más adelante, abrevia: "La historia del mundo es la biografía de los grandes hombres". Así la historia es mero instrumento que se encarna en seres especiales, en los llamados héroes.

Tanto Hegel como Carlyle pensaron y escribieron en la primera mitad del siglo XIX, en aquellas décadas en las cuales las corrientes del clasicismo y

---

[1] W. Hegel: *Lecciones sobre Filosofía de la Historia.* En Edmundo Wilson. *Hacia la estación de Finlandia*, Madrid, Alianza, p. 176.
[2] T. Carlyle: *De los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia*, México, Océano, 1999, p. 3.

del romanticismo muchas veces discurrieron de forma paralela o en otras, simplemente, se cruzaron y se fundieron. El neoclasicismo revivió el ideal del republicanismo, la idea de que todo ciudadano tenía el deber de servir a su patria y hacer de ella un asunto de todos. También revivió la idea del héroe, aquel hombre semidiós capaz de las más grandes proezas; pero, ahora bajo el influjo del romanticismo, el héroe clásico se convertía en el genio, en el demiurgo creador.

De los cielos procede el héroe a cumplir con un plan divino, ya prestablecido e inexorable. Él es el enviado, ya sea por la Idea Universal o por la Providencia, para cumplir su misión entre los simples mortales y llevarlos al fin de la Historia: la libertad, como pensaba Hegel o el sometimiento absoluto de las masas a un sólo hombre, como se imaginaba Carlyle.

En la época de la Independencia entró con intenso vigor en la América española y sobre todo en Venezuela, el republicanismo clásico y su culto por los héroes. Basta leer los documentos referidos a Bolívar entre 1813 y 1830 para darse cuenta que el fenómeno ya tenía cabida en la persona del Libertador. Por lo tanto, debemos partir de la idea de que el culto al héroe no deviene de una construcción meramente historiográfica, sino que es el producto del clasicismo y del romanticismo de entonces.

David Brading afirma que Simón Bolívar, gracias a sus años de formación en Madrid y París, se nutrió de estas doctrinas en sus fuentes mismas y que parece ser actuó siempre desde esta perspectiva.

> La famosa escena que protagoniza con su tutor en el Monte Sacro de Roma, donde el joven Bolívar juró liberar a su patria de la tiranía española, obviamente tuvo como modelo alguna pintura neoclásica. El hecho de que esto fuera precedido por una peregrinación a la ciudad natal de Rousseau y por el estudio de las obras de Maquiavelo en Florencia sirve para demostrar el carácter ideológico de ese momento

> histórico. En efecto, Bolívar aspiraba a ser un Príncipe, un Profeta, un Legislador, que se asegurara fama inmortal[1].

Indudablemente, muchas de las actuaciones y de los discursos de Bolívar están claramente influídos por el clasicismo de su época. El Libertador, apelando a la modestia, reconocía que la Providencia lo había situado en la circunstancia de libertar a su patria.

> No he podido oír sin rubor, sin confusión, llamarme héroe y tributarme tantas alabanzas. Exponer mi vida por la patria, es un deber que han llenado nuestros hermanos en el campo de batalla; sacrificar todo a la libertad, lo habéis hecho vosotros mismos, compatriotas generosos. Los sentimientos que elevan mi alma, exaltan también la vuestra. La Providencia, y no mi heroísmo, ha operado los prodigios que admiráis[2].

La Providencia actuaba a través de él para obrar prodigios dignos de admiración. Así Bolívar se convertía en su instrumento y quizás, sin proponérselo, se definía a sí mismo como un héroe.

Cristóbal Mendoza no dudaba en colocarlo al lado de otros héroes republicanos como George Washington y Benjamín Franklin.

> Cuando recuerdo las nuevas campañas que ha coronado las victorias contra la obstinación de los enemigos (...) mi imaginación se confunde con la grandeza del objeto, con la felicidad de la ejecución y con mil accidentes gloriosos que constituyen al Libertador de Venezuela un héroe digno de colocarse al lado del inmortal Washington, y que en cierto modo ha reunido el valor y pericia militar de éste, la sabiduría y política de su compañero Franklin. Pero no es, señores, en esto que consiste la verdadera grandeza de este hombre incomparable; su mérito, su virtud heroica, está cifrada en el acto que tenéis a la vista[3].

Y un ciudadano de nombre Domingo Alzuru que participaba de aquella asamblea en la que Simón Bolívar y Cristóbal Mendoza ya habían pronunciado

---

[1] David Brading: "Héroes republicanos y tiranos populares". *Cuadernos Americanos Nueva Época*, N° 11. Septiembre – octubre, vol. 5, UNAM, México, s/f, p. 12.
[2] Discurso de Simón Bolívar, enero de 1814. En José de Austria: ob. cit., tomo II, p. 144.
[3] Discurso de Cristóbal Mendoza, enero de 1814. En ibíd., pp. 142 - 143.

sendos discursos, tomó la palabra con el propósito de ahuyentar el temor a que Bolívar pudiera reunir perpetuamente todos los poderes. Su formación clásica se manifiesta cuando reconoce en el Libertador al héroe que merece registrarse en la historia junto a otros antiguos y modernos.

> No temáis oir tantas victorias, que ellas, aunque tan rápidas y multiplicadas como las de César, os van a producir un dictador perpetuo, como sucedió con aquel guerrero y ambicioso romano...Nosotros, más afortunados que aquella grande e ilustre República, tenemos un héroe, cuyo nombre va a escribirse por todas las naciones cultas del universo, a la par del de Washington, y entre los de Franklin, Bruto, Decio, Casio y Cimbrio[1].

Un poco más tarde, el Cuerpo Legislativo del Estado de Cartagena ofreció el "más grande y noble estímulo al patriotismo heroico"[2], al mandar publicar y ejecutar un decreto en honor del general Simón Bolívar, por el cual se le declaraba hijo benemérito de la patria y su nombre sería colocado en letras de oro en el archivo público de esa legislatura. La inscripción es la que sigue:

> El general Simón Bolívar, natural de Caracas, no vio con indiferencia las cadenas que la barbarie española puso por segunda vez a su patria; concibió el atrevido proyecto de redimirla y, agregándose a este Estado, logró entrar en la empresa. La República de Cartagena lo vio con placer entre sus hijos y le confió el mando de sus armas; desde las orillas del Magdalena hasta los mares de La Guaira, corrió con gloria este héroe americano. La República tiene el orgullo de llamar su hijo benemérito al Libertador de Venezuela[3].

El nombre del héroe sería escrito con letras de oro como correspondía a los semidioses del panteón de la antigüedad. Años después, en 1820, dos frailes franciscanos de Cundinamarca Francisco Javier Florido y Francisco Antonio Medina organizaron un acto literario en honor de Simón Bolívar. Redactaron un manifiesto con catorce proposiciones con la intención de dejar

---

[1] Discurso de Domingo Alzuru, enero de 1814. En ibíd., pp. 146 - 147.
[2] José de Austria: ob. cit., tomo II, p. 225.
[3] Dado en el Palacio del Poder Legislativo del Estado de Cartagena de Indias, 15 de marzo de 1814. En José de Austria, ibíd., pp. 225 – 226.

muy en claro que la revolución americana no tenía nada que ver con la francesa, ni tampoco se oponía a la disciplina de la Iglesia ni a las decisiones de los Concilios. Sin embargo, lo que realmente interesa aquí es cómo comienza el documento:

> Al Jefe Supremo, al Héroe incomparable, espanto de la Iberia y gloria de su patria. Al guerrero invicto, azote de los tiranos y protector de los hombres. Al Genio de la independencia, sereno en la adversidad, modesto en la elevación y siempre grande Simón Bolívar[1].

Se observa en este breve panegírico la formación clásica de sus autores, pero también la influencia del romanticismo europeo. Bolívar es el héroe convertido en genio que cumplía con admirable serenidad los designios de ese plan divino diseñado por la Providencia, para ser el azote de los tiranos y la gloria de su patria.

Sería demasiado extenso continuar con ejemplos que demuestran la heroicidad del Libertador ya en vida. Pero no sólo a él se le rendía culto, sino que él mismo lo practicaba con sus compañeros de armas. El caso más elocuente y emblemático fue la procesión fúnebre del corazón del neogranadino Atanasio Girardot en una urna. El acto en sí mismo fue un fiel reflejo del clasicismo y de su influencia sobre Bolívar. Fue una procesión eminentemente pagana, aunque había un vicario de por medio. La solemnidad del hecho emulaba y recordaba a las antiguas repúblicas. Felipe Larrazábal señala que aquellas pompas fúnebres despertaron la censura de un contemporáneo del Libertador, José María Blanco White, al considerarlas malas imitaciones de antiguas repúblicas.

> Objeto de amarga censura fue en aquel tiempo el viaje de Bolívar a Caracas conduciendo los despojos del vencedor de Bárbula. D. José María Blanco White, que publicaba en Londres un periódico llamado *El Español*, hizo reflexiones severas contra esas procesiones de

[1] En Felipe Larrazábal: ob. cit., tomo II, p. 23.

> corazones en urnas, y esos entierros a la heroica, que parecían remedos despreciables de las repúblicas gentiles[1].

Sin embargo, Larrazábal defendió estos actos patrocinados por Bolívar en honor de Girardot. Ellos tuvieron una finalidad y era la de excitar el entusiasmo en la oficialidad y en los soldados al expresarles cuánto respetaban su valor[2].

La conducción de la urna que contenía el corazón del héroe neogranadino fue, además, guarnecida por composiciones poéticas que se recitaron en algunos pueblos al paso del cortejo fúnebre. Uno de estos poemas es expresión exacta del romanticismo. En él hay términos claves de esta corriente en boga por aquellos años, como son: *gloria, virtudes, honor, heroicas, sangre preciosa derramada, santa libertad.* Vale la pena detenerse en él, para apreciar cómo un poema de corte romántico le rendía culto al héroe.

En Bárbula erigido
Será un trofeo a tu memoria grata
Que preserve a tus manes del olvido,
Y así diga a los siglos venideros:
Un campeón granadino,
Murió aquí, por la gloria combatiendo,
Heroicas prueba de virtudes dando,
Y honor perenne al nombre americano;
No llores, peregrino,
Que él fue terror del español tirano,
Respeta sí su valerosa espada,
Pues su sangre preciosa derramando,
La santa libertad dejó sellada[3].

Partimos entonces de la idea, que el culto a los héroes no se comienza a diseñar desde los manuales de historia de la primera mitad del siglo XIX; sino que es producto de la época de la independencia embuída de los ideales republicanos de la antigüedad y de la corriente romántica que gustaba del

[1] Felipe Larrazábal: ob. cit., tomo I, p. 230.
[2] Íd.
[3] Íd.

dramatismo, la pasión y del sentido del espectáculo. Los historiadores venezolanos entre las décadas del 40 y de los 60 del siglo XIX reeditaron el culto a los héroes en diferentes escalas. Unos con mayor intensidad que otros. La excepción es Feliciano Montenegro Colón, quien no hace ninguna alusión a los héroes ni al heroísmo. Esto se debe seguramente a que el romanticismo le fue totalmente ajeno o indiferente, por una parte y, por la otra, el clasicismo no representó para él un instrumento esencial y hasta basal con el cual construir su discurso histórico.

Si bien la historiografía venezolana de la primera mitad del siglo XIX no inició el culto al héroe, sí lo preservó en el tiempo. Y a medida que los historiadores escribieron más alejados temporalmente de la época de la independencia, más se empeñaron en realzar la estatura de los héroes. Ejemplo son Juan Vicente González y Felipe Larrazábal. Ni qué hablar de Eduardo Blanco.

Ya Baralt veía con preocupación la indolencia e indiferencia que sentían sus contemporáneos por los héroes. Consideraba que había habido mucha dosis de ingratitud hacia ellos y hacia sus logros y triunfos. Por lo tanto, era necesario preservar su memoria para así pagar la deuda que se tenía con la patria. Muchas de las estatuas y monumentos mandados a erigir en vida de Bolívar, en su honor o en el de otros, no se hicieron y quedaron en el olvido. Esperaba que las generaciones futuras enmendaran esta actitud de desagradecimiento y de desdén.

> [por la victoria de la batalla de Carabobo] se ordenó levantar una columna ática en la llanura de Carabobo para recordar a la posteridad la gloria de aquel día y los nombres de Bolívar, de Sedeño y de Plaza. De paso diremos que la tal columna ática tuvo la misma suerte que otros monumentos mandados erigir en honor del Libertador o para perpetuar la memoria de otras épocas más o menos importantes. Las atenciones de la guerra, las tempestades civiles que a esta se siguieron, un fondo grande de levedad y de indolencia en el carácter nacional y mucha dosis de ingratitud, hizo que pasados los primeros instantes de alborozo, se olvidaran los triunfos, los triunfadores y los monumentos.

> Acaso nuestros hijos, más felices y virtuosos, satisfarán la deuda de la patria, honrando las cenizas y la memoria de sus héroes[1].

Felipe Larrazábal lanzó el mismo clamor años más tarde cuando escribió la *Vida del Libertador*. Era necesario preservar la memoria de aquellos héroes que habían redimido la patria con su valor, sus sacrificios y hazañas.

> Los nombres de todos estos héroes debieran eternizarse en un bello monumento que recordara a las generaciones más remotas los sacrificios, las hazañas, los milagros de valor con que supieron redimir su patria opresa del tirano yugo español!![2]

Estos historiadores, quizá sin proponérselo, erigieron el mejor monumento para preservar la memoria de aquellos héroes: el historiográfico. La historia hizo una tarea mucho más eficaz que un frío mármol en una columna o en un arco de triunfo. Puesto que a través de ella se podían narrar las proezas de aquellos personajes considerados semidioses y, además, hacerlos conocer a las generaciones presentes y futuras

[1] R.M. Baralt: ob.cit., tomo III, p. 64.
[2] Felipe Larrazábal: ob. cit., tomo I, p. 157.

1. La contribución de Francisco Javier Yanes

Podemos plantearnos la siguiente pregunta ¿contribuyó Yanes a alimentar la visión "heroica" en la historia nacional? La respuesta es ambigua, pues lleva un sí y un no.

En primer lugar, se puede comenzar negando esa contribución porque su obra historiográfica no se caracteriza por ser particularmente hacedora de héroes. Ella no se puede comparar con la *Vida del Libertador* de Felipe Larrazábal o la *Biografía de José Félix Ribas* de Juan Vicente González, mucho menos con la *Venezuela Heroica* de Eduardo Blanco. Se puede decir que el "gran héroe" en la historia de Yanes es el mismo proceso de la independencia y su cruenta guerra. No obstante, aunque se sabe que ese proceso fue realizado por hombres, ninguno de ellos aparece como protagonista conspícuo y único; sino que el relato involucra a muchos simultáneamente y a los cuales se les da un tratamiento parecido. Sin embargo, entre aquellos guerreros había unos que sobresalían más que otros según el juicio del historiador. Es aquí donde se puede percibir una tendencia hacia la exaltación del héroe, pero no de manera intensa.

El primer personaje que da pistas sobre su heroicidad es Simón Bolívar. Era el hombre predestinado y elegido por Dios para cumplir con la misión de emancipar a Venezuela.

> Este es el hombre a quien la Providencia tenía destinado para afianzar la independencia (...) por aquel temple de un alma privilegiada que manifestó en una larga y espantosa lucha, en las circunstancias más críticas y apuradas, señalando todas sus empresas y medidas con rasgos de elevada política y de cualidades guerreras que debían conducirle al templo de la inmortalidad[1].

[1] F.J.Yanes: *Relación Documentada*, ob. cit., tomo I, p. 82.

Ese "templo de la inmortalidad" se puede traducir como panteón de los héroes o, también, como simple atribución de gloria eterna en la memoria de los hombres. Hasta aquí su exaltación. En ninguna página de la *Relación Documentada* se describe el carácter o el físico del Libertador. Por otra parte, Bolívar se diluye frecuentemente entre los sucesos de la guerra o simplemente desaparece en algunos capítulos.

Sin embargo, en esa obra se destaca a un comandante patriota llamado Francisco Carvajal conocido por el apodo de *Tigre encaramado*. Éste muere peleando en la batalla de la Villa de Aragua de Barcelona el 17 de agosto de 1814. Yanes lo señala como el más valiente de todos los patriotas. Fue para él "el hombre más valeroso y arrojado de todos los conocidos hasta entonces en los ejércitos de Venezuela desde el principio de su revolución"[1].

Otro personaje que sobresale por su valor y bizarría es Manuel Cedeño, quien con tan sólo setenta hombres mal armados bajo su mando pudo hacer frente a un regimiento realista en el paso del río Caura en el año de 1816. No sólo Cedeño enfrentó a los realistas, sino que fueron lo suficientemente arrojados él y sus hombres para poner en fuga a los aterrados monárquicos y perseguirlos hasta alcanzarlos y liquidarlos.

> Resuelto Sedeño (sic) a pasar, se arrojó al río, con 70 caicareños, con sólo sus lanzas y caballos, y al punto rompieron los españoles un fuego muy vivo, de fusilería y artillería, pero viendo que los patriotas, lejos de retroceder, estaban ya cerca de la ribera, se llenaron de terror y abandonaron su ventajosa posición, se pusieron en precipitada fuga[2].

El último personaje histórico que Yanes exalta al nivel del héroe es José Antonio Páez en la acción de las Queseras del Medio en abril de 1819. De nuevo el autor ensalza la valentía y el vigor puesto a prueba por un pequeño grupo de patriotas que se enfrentó a las desmesuradas fuerzas realistas.

---

[1] Ibíd., p. 189.
[2] Ibíd., p. 318.

Ciento cincuenta "valientes" ejecutaron aquella proeza debido a la "intrepidez" de Páez.

> ocurrió la memorable acción de las Queseras del Medio, la cual hará época en la historia de la independencia de Venezuela, por la intrepidez de Páez que acompañado sólo de 150 valientes, y habiéndose fingido tímido, para atraer la caballería realista, consiguió su objeto, pues salieron a perseguirlo sobre 1.000 hombres contra los cuales volvió caras, cuando estaban alejados de su infantería, y los derrotó completamente, matando más de 400[1].

Estos tres personajes enaltecidos por Yanes no representan, en realidad, un verdadero culto al héroe. Simplemente, destaca el papel valiente y resuelto con que actuaron esos personajes en situaciones críticas en las que tuvieron que decidir atacar o perecer. La excepción es Bolívar, el hombre indispensable en la patria y la república, el único que con su genio y guía podía salvarlas.

Sin embargo, en la *Historia de Margarita*, Yanes da un tratamiento distinto a los combatientes insulares: los compara con los héroes griegos y romanos. Utiliza la historia antigua para resaltar el heroísmo de un conjunto de patriotas margariteños que estuvieron dispuestos a todo, con tal de defender la república.

> Si Grecia y Roma se gloriaban de su Leonidas, Temístocles, Epaminondas, Arístides, Horacios, Mucíos, Fabios, Fabricios y Scipiones; Margarita se jacta de tener en su seno otros tantos héroes, cuantos son sus hijos, y la posteridad mirará como sus redentores, y hará siempre grato recuerdo de Arismendi, Gómez, Joaquín Maneiro (...) y otros innumerables que con su valor y constancia libertaron la patria, sacrificando sus vidas, y sosteniendo una guerra de exterminio contra un enemigo feroz y brutal[2].

El sacrificio es una cualidad del héroe. Él se desprende de todas sus propiedades, relaciones familiares y afectivas y hasta da la vida para

---

[1] Ibíd., tomo II, p. 57.
[2] F.J.Yanes: *Historia de Margarita,* ob. cit., p. 149.

ofrendárselas a su país. Pero esta cualidad no sólo era privativa del sexo masculino, sino que era más acentuada en la mujer margariteña. Según Yanes, ella llegaba al colmo del sacrificio cuando colocaba el interés de la patria por encima del instinto materno.

> El que escribe esto testifica el hecho que sigue: Informado de que una noble guaiquerí había perdido en el ataque de Juan Griego su marido, sus dos hijos, su padre, hermanos y otros parientes, interrogó a la misma, si era cierta esta relación, y respondió: *Si es verdad que allí murieron todos y lo que siento es que éste* (señalando para un niño como de cuatro años que tenía a su lado) *no hubiese sido grande para que también hubiese muerto allí por su patria...* Esta mujer deseaba en aquella situación, que el solo hijo que le quedaba hubiese sido grande, no para que venciese, sino para que hubiese muerto allí por su patria[1].

Para Yanes esta era la exacta expresión del amor a la patria, el verdadero patriotismo y sólo los que llegaron a actuar con tal desprendimiento se convirtieron en héroes.

[1] Ibíd., p. 150.

2. Un antihéroe colectivo: la nación española

La frase "nación española" sirve a Francisco Javier Yanes para diferenciarla tajantemente de la patria venezolana. Aquélla es la enemiga y, como tal, se convierte en un antihéroe de proporciones colectivas. El antiguo vocablo "nación" designa a una colección de habitadores de un país o reino[1]. Por lo tanto, el término se refiere a los naturales de España que en Venezuela se dedicaron, según el autor, a devastarla y expoliarla.

Las características genéticas y seculares del peninsular son de la naturaleza más abyecta. Yanes remonta a los días del descubrimiento y conquista su ferocidad y crueldad. Lo presenta como un ser indigno, cruel, falso y sanguinario que no se detenía ante ningún obstáculo, con tal de satisfacer su sed de mando y poder. Es precisamente en la desmedida ambición de poder donde se puede encontra el origen de tan detestables atributos del carácter español.

> No puede prescindirse aquí de una breve reflexión sobre la conducta de los españoles en el nuevo mundo en cuanto a su deseo de mandar: el mando era su ídolo, y para obtenerlo no reparaban en los medios, por más arriesgados y criminales que fuesen y aunque lo ejercieran sólo por cierto tiempo. Miraban el mando, no por el aspecto del honor y gloria que en sí tiene y comunica a los que lo desempeñan con rectitud, sino como un medio de satisfacer la ambición, la codicia, el orgullo y demás pasiones[2].

Toda esa ambición, codicia y "demás pasiones" brotarían indetenidamente durante el curso de la guerra de independencia. Aquellos españoles no permitirían verse despojados de sus posesiones detentadas por más de tres siglos. De ahí que cuando surgieran los jefes realistas, estos fueran verdaderos monstruos de crueldad y bajezas. Ni los Welser alemanes

---

[1] Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española, Madrid, Gredos, 1976, 3 vols. (Edición facsimilar de la primera edición del Diccionario de la Lengua Española, 1732).
[2] F.J. Yanes: *Relación Documentada*, ob. cit., tomo I, p. 62.

en su desmedida avidez de conquista llegaron a ser tan despiadados como Monteverde y sus hombres.

> Las prisiones, proscripciones, tiranías y crueldades decretadas y consentidas por Monteverde causaron una desolación en Venezuela, mucho más espantosa que la de los Belzares, pues este caudillo ligado con vínculos naturales con los habitantes del país (...) los trató con tal felonía, depredación y crueldad sistemática, como tal vez no lo hubiera hecho Alfínger, si hubiera venido a hacer su conquista en el año de 1812[1].

Pero Monteverde no sería el único de estos depredadores humanos. Le siguieron Eusebio Antoñanzas, Antonio Zuazola, José Tomás Boves, Francisco Tomás Morales, Francisco Rosete, García Luna y Pablo Morillo. Todos ellos pintados, en la *Relación Documentada*, con características y rasgos comunes: felonía, crueldad, falsedad, ferocidad, bajeza y hasta la cobardía. Todas peculiaridades distintivas de personajes colocados en la galería de los antihéroes.

De Antoñanzas Yanes dirá que ejecutó actos de "tal ferocidad, que para siempre harán detestable su memoria. Quitó la vida de muchos y bárbaros modos a todos los que cayeron en sus manos sin distinción de sexo ni edad, de suerte que al ver su proceder no pudo dudarse de que para los patriotas no había cuartel"[2].

A Zuazola lo describe como un verdadero monstruo por todas las tropelías y crueldades que realizó contra poblaciones indefensas[3]. Yanes describe prolijamente los tormentos y torturas que practicó este realista. Entre tantos desmanes cometidos, destaca la mutilación de las orejas que eran remitidas a Cumaná y cómo la "chusma de catalanes" las clavaban en las puertas de sus bodegas[4]. En la explicación de estas prácticas atroces se

---

[1] Ibíd., p. 81.
[2] Ibíd., p. 42.
[3] Ibíd., p. 96.
[4] Ibíd., p. 97.

encuentra de manera muy explícita la necesidad de luchar por la independencia: los venezolanos tenían justos motivos para expulsar de su territorio a tan perverso enemigo.

> La pluma se detiene al estampar semejantes crueldades y la humanidad se estremecerá al oirlas; pero es necesario consignarlas en la historia, para justificar los motivos que tuvieron los venezolanos para aventar de su suelo a unas gentes tan perversas que para alucinar a los incautos y colorir sus horrendos crímenes los cubrían con el manto de la religión y su lealtad a un soberano imaginario[1].

Yanes consideraba de suma importancia destacar estas crueldades y "consignarlas en la historia" para que ésta justificase el proceso emancipador y actuase además como vínculo de unión en la emergente nación venezolana.

Con José Tomás Boves y Francisco Morales la crudeza y ferocidad de la guerra alcanzan su máxima expresión. Boves es un "aborto del infierno"[2] que se dedicaba a cometer asesinatos en masa y todo tipo de brutalidades[3]. Sin embargo, Yanes se va a detener más en el carácter y hechos cometidos por Morales. Éste se convierte en el blanco de sus ataques. Como comandante de Barcelona, pudo exhibir "los sentimientos feroces que abrigaba su alma"[4]. Se comportó como un verdadero "jefe de bandidos" lo cual demostró a través de todas sus felonías ejecutadas en aquella ciudad.

> Ninguno de los monstruos que desolaron a Venezuela ha igualado a éste, en perfidia, fiereza y crueldad y es bien sabido que el mismo Boves, haciendo el elogio de su segundo Morales, dijo repetidas veces: que éste era más sanguinario que él, y el más bárbaro y cruel de los hombres"[5].

---

[1] Ibíd., pp. 98 – 99.
[2] Ibíd., p. 42.
[3] Ibíd., p. 186; pp. 211 – 212.
[4] Ibíd., p. 66.
[5] Ibíd., p. 219.

La descripción de los atropellos realizados por Morales se encuentra en la narración de los años 1814 y 1815[1]. Ante tantos crímenes de toda naturaleza contra los patriotas, Yanes le sentencia como "esta hiena de figura humana"[2]. Su perversión no fue igualada ni alcanzada por ningún jefe realista.

Otro de los españoles estigmatizados es el "detestable Rosete", quien era considerado por el autor como un "segundo Zuazola"[3]. Con tal desfavorecedor símil es fácil imaginar las cualidades atribuidas al feroz canario.

El 10 de mayo de 1815 llegó a La Guaira el Pacificador Pablo Morillo. En la tal pacificación jamás creyó Yanes, pues los españoles se caracterizaron, según él, por incumplir sus promesas y juramentos. Para demostrarlo se basa en los hechos ocurridos desde la Conquista hasta la guerra de Independencia. Ahí está el ejemplo de la falsa promesa que Pizarro hizo a Atahualpa de dejarlo en libertad a cambio de oro[4]. Así como también, la ficticia pacificación que pretendió realizar Morillo en Venezuela.

> Los reglamentos, órdenes e instrucciones que Morillo dejó a sus inmediatos agentes en Venezuela, manifiestan que el plan que había concebido, para su pacificación, se reducía a exterminar a todos los que habían tenido parte y presenciado la revolución y los que quedasen vivos reducidos a la última miseria, corrompidas las costumbres y las futuras generaciones privadas de conocimientos racionales, a cuyo efecto debían aquéllos difundir el terror y hacerse obedecer, por la violencia, el dolo y la perfidia[5].

Pero la Venezuela de 1815 no era la América de principios de la conquista, ni la de sus indefensos indígenas; pues lo patriotas no se dejarían vencer por la "mal llamada pacificación".

---

[1] Ibíd., pp. 190 – 191; 216 – 217; 220; 230 – 232.
[2] Ibíd., p. 231.
[3] Ibíd., p. 142.
[4] Ibíd., p. 239.
[5] Ibíd., p. 244.

> El plan de pacificación de Morillo y sus comisionados, se reducía a la desolación y exterminio de los países que ocupasen; pero ya se verá que tan detestable política no produjo el efecto que se propusieron sus feroces autores, porque no eran estos los tiempos en que los Belzares, Lozadas, Corteses, Quesadas, Pizarros, Almagros, con un puñado de españoles destruyeron millones de indígenas[1].

No sólo la política de Morillo fue del desagrado de Yanes, sino que también su personalidad le fue enojosa. Le llega a ridiculizar cuando señala que "sobre la cima del cerro disponía y presenciaba todas las operaciones cubriéndose del sol con un paraguas", para llegar al anochecer "entre confuso y avergonzado"[2].

España era "el ludibrio de la Europa y la execración de la América por sus primeras degollaciones y por sus posteriores atrocidades"[3]. Sus lazos con América se habían roto desde el momento de la conquista y sólo después de tres siglos de esclavitud, los americanos con muy justificados motivos decidieron poner fin a tan brutal y cruenta dominación.

---

[1] Ibíd., p. 263.
[2] Ibíd., tomo II, p. 24.
[3] Ibíd., p. 90.

3. El héroe como vehículo de la Providencia

El primer héroe que aparece en el *Resumen de la Historia de Venezuela* es Cristóbal Colón. Dotado con unas características especiales que le hacían sobresalir sobre los demás mortales, era el hombre enviado por la Providencia para cumplir con su destino: el de descubrir un nuevo mundo[1]. El Almirante poseía un gran espíritu, valor, ingenio, inteligencia y serenidad. Cualidades necesarias para emprender semejante empresa, la de explorar mares pocos conocidos y rutas inciertas. Su firmeza y convicción le hicieron alcanzar su meta, a pesar de la desconfianza y temor de sus hombres.

> Y, como casi siempre sucede, el varón de levantado espíritu y grande entendimiento, venció a la amotinada muchedumbre con el valor sereno y la palabra. Afeó a algunos su cobardía, a otros amenazó, ofreció a todos grandes premios si continuaban constantes.
> ... ...
> Firme éste en su propósito, y ora alentando al animoso, ora reprendiendo al cobarde, seguía sin vacilar su derrota[2].

Una vez avistada tierra en donde desembarcar, aquellos hombres que hasta hacía poco deseaban eliminarlo, ahora se le rendían de forma absoluta como a un héroe.

> y aquellos hombres que hacía poco, llevados del miedo y la ignorancia, le menospreciaron y amenazaron de muerte, llenos entonces de admiración y respeto, le acatan como a un héroe y se humillan en su presencia[3].

Para Baralt, el mérito de Cristóbal Colón era incomparable, pues con sus viajes de exploración se abrieron nuevos mercados para las naciones europeas, progresó la ciencia y le otorgaron a España la gloria de ser su

---

[1] R. M. Baralt: ob. cit., tomo I, p. 6.
[2] Ibíd., pp. 16 – 17.
[3] Ibíd., p. 18.

patrocinadora. Muy pocos hombres habían dado tanto en provecho de la humanidad[1].

En síntesis, su figura se asemejaba –a los ojos de Baralt– con aquellos dioses de la Antigüedad, enviados a este mundo para hacer conocer entre los mortales el arte de la escritura, del tejido o de la alfarería. Dioses que en la mitología del Medio Oriente y más tarde en la griega eran unos héroes hacedores, bienhechores.

Una vez concluidos los capítulos referidos a la vida y obra de Cristóbal Colón, Baralt salta a otro héroe que aparece mucho después: Simón Bolívar. Entre ellos dos median tres siglos y durante ese largo tiempo no hubo personaje destacado que se elevara sobre los demás.

El molde del máximo héroe comienza a fraguarse desde el momento en que se convierte en negociador de la Junta en Londres. Su contacto y relación con Francisco de Miranda en aquella ciudad sirven a Baralt para comparar la personalidad de estos dos prohombres de la independencia y a los que consideró los más notables de la revolución venezolana. En el carácter del joven Bolívar ya se perfilan los rasgos peculiares del héroe: "espíritu noble y elevado, eminentemente patriótico y superior a las miserias de la envidia"[2]. Acompañaban a estas características morales, otras personales: "elegante, ligero, dotado de una asombrosa movilidad en la acción y en el pensamiento"[3]. La rapidez de Bolívar en la acción y pensamientos nos recuerda al más importante personaje semidivino de Homero, Aquiles, el de los pies ligeros.

Para realzar la figura del futuro Libertador, Baralt lo contrasta con un Miranda ya cansado, desubicado entre los patricios caraqueños, incomprendido e incomprensible. En pocas palabras, el viejo revolucionario del

---

[1] Ibíd., p. 116.
[2] Ibíd., tomo II, p. 66.
[3] Íd.

siglo XVIII inadecuado en los nuevos tiempos del XIX. Y si bien Miranda poseía las mismas virtudes de Bolívar como el valor y la constancia, igual ingenio e incluso superior instrucción, no era el personaje apropiado para llevar adelante la empresa de la guerra de independencia.

> había entre los dos una grande diferencia: el uno ardiente, flexible y popular, tenía todas las cualidades necesarias a un jefe de partido; el otro prudente, frío, decaido con la edad, rígido y menos amado que temido, era más propio para detener en su marcha la revolución que para darle ensanche[1].

Más adelante, Baralt utilizará nuevamente el recurso de comparar a Bolívar con otro patriota. Esta vez, con el desafortunado Manuel Piar. El Libertador era el único jefe indiscutible, la máxima autoridad en el ejército republicano, pues todos le debían rendir obediencia absoluta para poder coordinar las operaciones militares de todos los cuerpos. Sin embargo, surge esa figura ambiciosa, orgullosa y vanidosa: Piar, que al desconocer al Libertador, desconocía también la república.

> Pero la vanidad irritable y violenta de Piar le cerró los ojos para que no viese estas verdades, y en seguida, como se envenenase más y más con la propia sinrazón, le condujo al horroroso proyecto de destruir al Libertador y la república[2].

El contraste entre los dos hombres se agudiza cuando Baralt señala a Piar como un caudillo circunstancial, seguido por el pardaje, los ignorantes, los ambiciosos y desobedientes. Mientras que a Bolívar lo acompañaban los amigos del orden, los instruidos, los que velaban por la conservación de la república.

> [Piar] comenzó a hablar ignominiosamente del Libertador, tirando a minar su crédito, a promover la división entre los jefes, la desobediencia en la tropa, y lo que es más, a revivir en el ejército la proscrita y olvidada idea de *colores*, concitando la guerra entre las razas. Ocupada Angostura, trasladóse Piar a ella, y cada vez más irritado y ciego,

[1] Ibíd., p. 67.
[2] Ibíd., p. 397.

escribió a varios jefes pardos, induciéndolos a desconocer la autoridad del jefe supremo y a establecer un nuevo orden de cosas conforme al plan atroz y absurdo que se proponía.
Piar era un hombre audaz y fuerte, estaba resentido, y meditaba usar armas de una naturaleza destructora: hombres igualmente ambiciosos e inquietos, igualmente ignorantes e indóciles, igualmente enemigos de todo freno y disciplina.
¿cuáles eran los auxiliares de Bolívar? Unos pocos jefes adictos de buena fe a su persona, amigos del orden y suficientemente instruidos para ver en su conservación la mejor esperanza de salud[1].

La ejecución de Piar fue un castigo justo y de consecuencias positivas. Sólo con el héroe republicano se garantizaban la disciplina, la autoridad suprema y el orden. La lección no dejaba lugar a dudas.

Por lo que toca a sus efectos, este severo castigo los produjo a nuestro parecer muy grandes en beneficio de la república, vigorando la disciplina, afirmando la autoridad suprema, dando a amigos y enemigos mejor idea de aquel gobierno militar, que hasta entonces no había sido verdaderamente otra cosa que un caos, donde Bolívar se esforzaba en vano por introducir luz y orden[2].

Baralt no permite posibles equívocos con respecto a Bolívar. Él se encuentra muy por encima de otros destacados patriotas de la guerra de independencia. Mariño, Piar, Bermúdez y Ribas están por debajo del máximo héroe.

Tal fue para Venezuela el año de 1814, fecundo en combates, en virtudes, en crímenes y en profundas lecciones. Bermúdez, Piar y Ribas nos han dado con los ejemplos de la constancia y el valor, el funesto de la desobediencia: Mariño el de la indecisión y de la falta de energía: los pueblos el de la división y los celos provinciales. Por fortuna sobre todas las miserias del amor propio, sobre todos los males de la guerra, sobre la nulidad, la tibieza o la impericia, se levantó un hombre superior cuyo espíritu penetró en el caos de la revolución y dio luz a sus tinieblas[3].

[1] Ibíd., pp. 397 – 398.
[2] Ibíd., pp. 400 – 401.
[3] Ibíd., p. 299.

Es Bolívar el hombre superior, el que hizo posible el orden en donde había reinado el caos; dio luz en donde había habido tinieblas. Bolívar es un héroe funcional, pues realiza una serie de funciones vitales para la marcha del nuevo estado: impone el orden, la disciplina y la concordia entre su ejército; creador–fundador de una república y hasta, en cierta medida, dueño de los destinos.

Y este hombre de espíritu superior se engrandecía aún más en las desgracias o en la adversidad. Ante el fracaso de la campaña militar de 1818 en San Fernando, Baralt apuntaba:

> Mas esta situación, penosa de suyo y agravada por la falta de dinero, no era superior a las fuerzas de Bolívar: antes parece que con las desgracias adquiría mayor penetración su ingenio, mejor temple su espíritu, más actividad su cuerpo. Lo que para otros eran dificultades insuperables, él lo veía como inconvenientes pasajeros: más altivo a medida que le abandonaba la fortuna, diríase que aspiraba a arrancarle por fuerza sus favores. Y esto es lo que principalmente distingue de las almas elevadas las comunes: para unas y otras es un goce la felicidad; mas sólo para aquellas es la desdicha ocasión de triunfos y grandezas[1].

Baralt reconoce en Bolívar al máximo héroe de la guerra de independencia. Si bien le otorga unas virtudes heroicas como son el ser el más poderoso guerrero, el más fuerte, el más inteligente y valiente de todos y hasta el más rápido, no quiere decir que deliberadamente haya construido un culto a la figura del Libertador. En los tres tomos del *Resumen de la Historia de Venezuela*, el panegírico a Bolívar se ve reducido fundamentalmente a los párrafos textuales anteriores; por lo tanto, las características heroicas del Libertador son relativamente escasas en el discurso de la obra. Tampoco hay que olvidar la formación clásica del autor y su ideal de república, en donde los héroes tenían un papel importante. Por eso se jactaba en señalar: "la joven república, radiante de glorias militares, ufana de sus héroes, llena de vida y esperanzas apareció colosal al lado de la caduca monarquía"[2].

---

[1] Ibíd., pp. 421 – 422.
[2] Ibíd., tomo III, p. 33.

Esta república militar y cívica al mismo tiempo dio origen, además, a héroes civiles. Ellos fueron Juan Germán Roscio "que ya hemos visto poco enérgico el 19 de abril en su combate con Emparan: varón de gran virtud y doctrina, para el consejo excelente, en la acción nulo"[1]. Francisco Javier Yanes era un "joven abogado lleno de fervor y de celo, embebido en las doctrinas religiosas y políticas de los filósofos franceses, y acérrimo enemigo de todo linaje de tiranías"[2]. Además, "versado en varios ramos de las humanidades y sobre todo en la historia colonial, determinado partidario de las ideas democráticas, y persuadido como muchos patriotas ilustrados de su fácil aplicación en Venezuela"[3]. Entre sus características personales se encontraban "la honradez a toda prueba, constancia, energía y firmeza en los principios capitales"[4]. Antonio Nicolás Briceño tenía el carácter de bronce, era "fiero y denodado cual ninguno: hombre de movimiento y acción, Briceño era indispensable a un partido necesitado de medidas decisivas"[5]. Francisco Javier Ustáriz "joven literato de feliz organización, en quien brillaban con toda la gracia de la naturaleza las cualidades más amables del alma, las más heroicas del corazón, las más brillantes de la inteligencia". Más adelante, lo señala como "republicano de corazón y admirador entusiasta de la legislación política de los Estados Unidos, deliraba en la grata idea de verla establecida en su patria"[6]. Era un hombre valeroso en el campo de batalla, sin embargo, le faltó "la actividad y la fuerza arrastradora de un jefe de partido, y también el espíritu de la ambición, fuente de virtudes y de crímenes"[7]. Por último, Martín Tovar "figuraba en la primera línea de las filas republicanas" en él la virtud no era esfuerzo sino instinto. "Riquísimo en dotes del alma, carecía en la persona de las que al vulgo encantan y arrebatan, y también del don de la palabra, prenda

[1] Ibíd., tomo II, p. 69.
[2] Ibíd., pp. 69 – 70.
[3] Ibíd., p. 70.
[4] Íd.
[5] Íd.
[6] Ibíd., pp. 70 – 71.
[7] Ibíd., p. 71.

segura de dominio sobre las asambleas y las turbas"[1]. Su carácter no era apropiado en tiempos tormentosos.

Este grupo de próceres civiles y militares es un conjunto verdaderamente heterogéneo. Los había de acción como Antonio Nicolás Briceño; otros de pensamiento como Roscio; los había muy cultos, pero ingenuos como Yanes y Ustáriz, o muy buenos, pero débiles e impropios para las difíciles circunstancias de la guerra, como Lino de Clemente o Martín Tovar.

A estos esforzados hombres de la revolución se les contraponen los antihéroes realistas. Ellos se complacen en la maldad, son pusilánimes e incultos. Por ejemplo, Francisco Javier Cervériz era "un insigne cobarde, muy ignorante además"[2]. Antonio Zuazola "cometió en el tránsito las mayores violencias" y era "el más fiero y atroz de los nacidos"[3]. Monteverde era más "pusilánime en la adversidad que fiero en la ventura"[4]. En cambio, Boves era incansable y daba pruebas constantes de su valor[5]. Es, en buena medida, el mismo Boves que perfilará más tarde Juan Vicente González en la *Biografía de José Félix Ribas*. Baralt describe su conducta cuando dirigía a sus hombres en el campo de batalla:

> Un rasgo muy particular de la conducta de Boves, era su indiferencia por el éxito adverso o favorable de un combate; lo cual se explica por su propio valor, que le hacía no desesperar de nada, por la facilidad de rehacerse y más que todo porque, juzgando útil a su causa la disminución de los americanos, reputaba igualmente por enemigos a los que mandaba y a los que combatía[6].

---

[1] Ibíd., p. 72.
[2] Ibíd., p. 136.
[3] Ibíd., p. 137.
[4] Ibíd., p. 176.
[5] Ibíd., pp. 237 – 240.
[6] Ibíd., p. 268.

Más adelante, de nuevo cataloga a Boves de "audaz, activo e inteligente"[1], respetado por su gente y valeroso como siempre[2]. Baralt no le lanza epítetos vergonzosos, propios de los antihéroes. Lo más duro, es el de definirlo como antiguo pirata[3] y primer asesino de Calabozo y de San Juan de los Morros[4].

Francisco Rosete es otro de los antihéroes realistas, a quien Baralt llama "mal hombre" y "monstruo"[5]. Su desprecio se resume en tacharlo de antiguo "doméstico servil e ignorante: cuál de ratero había pasado a jefe militar y éste era un figonero soez"[6].

Por último, no se puede dejar aparte al máximo combatiente de Oriente: Santiago Mariño. Baralt le otorga el mérito de llamarlo héroe, pero hace ver algunas taras de su personalidad que mancillaban su conducta y acciones. Él es el caudillo que no reconocía como superior a otro, aunque fuese Simón Bolívar. Díscolo y ambicioso, se negaba a brindar ayuda al Libertador en 1813.

> La conducta de Mariño no se puede explicar sino por su ambición. Colocado efectivamente en una posición análoga a la de Bolívar, nombrado jefe supremo de oriente por las provincias de Barcelona, Cumaná y Margarita, y con un buen ejército a sus órdenes, no quería ser menos que su competidor: lejos de eso, aspiraba a gobernar separadamente las provincias orientales, del mismo modo que éste gobernaba las occidentales, y antes de concurrir a la destrucción total del enemigo común, quería que su autoridad fuera reconocida por Bolívar de un modo terminante[7].

---

[1] Ibíd., p. 287.
[2] Ibíd., p. 289.
[3] Ibíd., p. 226.
[4] Ibíd., p. 225.
[5] Íd.
[6] Ibíd., p. 226.
[7] Ibíd., p. 210.

Todavía más tarde, en 1817, continuaba con sus frustradas aspiraciones a mandos supremos.

> En las tropas que a las órdenes del general Mariño se dirigieron inmediatamente al Carito, existía un principio de división mal disimulado. Este jefe, soñando siempre mandos supremos y absolutos, y con la memoria puesta en los primeros años de su autoridad, no quería servir bajo las órdenes inmediatas de Bolívar, y sólo deseaba volverse a Cumaná con los cuerpos que de allá había llevado. De su parte estaban uno que otro jefe y algunos oficiales; pero Soublette que era el jefe de estado mayor, Bermúdez y Valdés, que en otros tiempos habían preferido seguirle en oposición a las miras de Bolívar, se hallaban ahora decididos a obedecer a éste a todo trance[1].

Mariño es un héroe con graves defectos. Muy lejos del don de gentes y el desprendimiento de Bolívar. Indiscutiblemente, el Libertador es la expresión perfecta del republicano clásico, del combatiente aguerrido y valeroso, del hombre carente de bajas pasiones y adornado con virtudes cívicas. Además, es el vehículo de la Providencia para cumplir con el plan divino: el de otorgar la independencia de Venezuela. Bolívar es por antonomasia el principal héroe del *Resumen de la Historia de Venezuela*. No obstante, Baralt está muy lejos de crear deliberadamente un héroe historiográfico. Él simplemente recogió el espíritu clásico de la época de independencia y lo mudó –sin mayores exaltaciones– en su discurso histórico.

[1] Ibíd., p. 367.

4. El fuego sagrado de los héroes

Para José de Austria la historia heroica de Venezuela comienza en el año de 1813 con la Guerra a Muerte. A partir de entonces se luchó para vencer o perecer, pues no había espacio para la rendición. La patria significó incontables sacrificios en aquellos duros y cruentos años. Con la guerra se fueron la tranquilidad, la riqueza y las familias. Todos estos bienes, que brindaba la paz, eran sacrificables en la larga contienda; lo único que no podía cederse eran el honor y el heroísmo. Como lo señala el autor, esta forma de pensar fue propia de aquella época e inició la guerra más cruel, pero al mismo tiempo la más heroica de toda América.

> La guerra a muerte fue proclamada en este año; y los denodados hijos de Venezuela, inflamados ya por el sagrado fuego de la libertad y clamando venganzas por tantos ultrajes y persecuciones tantas, juraron combatir hasta perecer o colocar triunfante sobre sus altas cimas el pabellón tricolor de la República. Todo había de sacrificarse en las aras de la patria: sosiego, riquezas, familia, la vida misma, salvándose sólo de tan horrible lucha el honor y el heroísmo con que hubieran de adornarse las páginas de su propia historia. Estas fueron las ideas de aquella época, y con ellas dio principio a la guerra más cruda y heroica que registraron los fastos americanos[1].

El sacrificio era, además, una cualidad del heroísmo. Sin aquél no hay grandes hechos, ni se manifiestan los grandes hombres. ¿Qué animaba a los patriotas a inmolar hasta su propia vida con tal de triunfar en una batalla o en una escaramuza? El fuego sagrado de la libertad. Esta era la brasa que ardía, según Austria, en los corazones de los bravos patriotas. Este fuego sagrado llevó a Antonio Ricaurte a ofrendar su vida para defender la casa donde se hallaban el hospital y el parque de guerra en el sitio de San Mateo.

> Todo era en tan tremendas horas, fuego y sangre, horror y muerte; y el Libertador, que observó con su imperturbable despejo que desde la casa alta salían los heridos y se enardecía el combate, llegó a temer por la pérdida del parque y la ocupación por los enemigos de una localidad

[1] José de Austria: ob. cit., tomo II, pp. 11 – 12.

> tan importante. Mas el héroe granadino, capitán Antonio Ricaurte, que veía descolgarse de la serranía numerosas fuerzas sobre la casa, cuya defensa se le había confiado, y las cuales lo rendirían al fin, fue iluminado por el fuego sagrado de la libertad, y recordando los tiempos heroicos de las antiguas repúblicas, de cuyo estudio era entusiasta, dio fuego a los pertrechos y junto con parte del edificio y los enemigos que ya lo ocupaban, voló para eternizar su nombre y poner glorioso término al desesperado combate de aquel día, que honrará siempre los fastos de la República[1].

El conocimiento de los clásicos y, sobre todo, la admiración que se sentía por la república romana con su carga de virtudes cívicas, se expresan cuando Austria señala a Ricaurte como un entusiasta estudioso de los tiempos heroicos de la antigüedad. Es más, su último y más grande sacrificio lo llevó a cabo cuando recuerda, en aquella hora trágica y decisiva, a los héroes de Grecia y Roma. Ese recuerdo fue determinante para volarse en mil pedazos. Su muerte eternizaría su memoria y daría gloria a los anales de la república.

El fuego sagrado era un término religioso y moral que fue transformándose a través del tiempo entre los antiguos griegos y romanos. En las épocas más remotas fue simplemente la llama viva que ardía en el hogar y que debía permanecer encendida día y noche. A este fuego se le rendía culto, se le adoraba y se le creía divino. Más tarde, su altar fue personificado en Vesta, a quien se le otorgó características humanas y morales. Éstas últimas, fueron las más destacadas porque concedía al hombre la pureza, nutría el alma y prescribía lo bueno y lo bello. En realidad, era el orden moral. Se le concebía como una especie de alma universal que regulaba el mundo[2]. Si los antiguos imaginaban el fuego sagrado como el alma universal que regía al universo, el clasicismo de los siglos XVIII y XIX también lo entendía de la misma manera. Y si la Providencia tenía un plan divino, como era el de dar la independencia y libertad de Venezuela, entonces, debía insuflar en los patriotas, en especial en sus héroes, el fuego sagrado de la libertad. Por ello, Bolívar en 1814 afirmaba que: "No ha sido el orgullo, ni la ambición de poder,

---

[1] Ibíd., p. 213.
[2] Fustel de Coulanges: *La ciudad antigua*, Barcelona, Península, 1984, pp. 49 – 55.

el que me ha inspirado en esta empresa. La libertad encendió en mi seno este fuego sagrado"[1].

Inmediatamente después de la caída de la primera república, Mariño y un grupo de patriotas decidieron refugiarse temporalmente en la isla de Trinidad, para reunirse más tarde en la costa de Paria y desde allí comenzar la liberación de Oriente. ¿Qué animó a estos cuarenta y cinco jóvenes entusiastas a emprender esa campaña militar con apenas algunas armas? El fuego sagrado que ardía en los pechos de aquellos héroes.

> Se reunieron allí, efectivamente, el mismo Mariño, los dos hermanos Bernardo y José Francisco Bermúdez, Manuel Piar, Agustín Armario, Manuel Valdés, José Francisco Ascúe, Juan Bautista Videau, Brito, Rivas, Marcano y otros, hasta el número de cuarenta y cinco, cuyos nombres todos debieron eternizarse en un monumento, que recordara a las generaciones venideras la heroicidad con que redimieron a su patria.
> Estos cuarenta y cinco jóvenes, animados con el fuego sagrado que ardía en sus pechos, se comprometieron y juramentaron para salvar la patria o perecer en la demanda, y armados con seis fusiles, algunas pistolas, trabucos y armas blancas, se lanzaron sobre la costa de Paria, sorprendieron el destacamento del punto de Quebranta, marcharon sobre Güiria y la ocuparon el día 13 de enero, huyendo vergonzosamente el pirata Gabazo que allí mandaba, aterrado por sus crímenes y por la presencia de aquel puñado de invencibles patriotas[2].

Además, la protección de la divina providencia y el fuego sagrado de la libertad eran fuerzas metafísicas poderosas que no podrían ser vencidas jamás por los opresores, por los enemigos de la patria.

> Un rayo exterminador parece que fue arrojado contra los opresores por la Divina Providencia, que visiblemente protegía los pequeños grupos de patriotas contra las fuertes y bien organizadas columnas de los enemigos[3].

---

[1] Discurso de Simón Bolívar, enero de 1814, en José de Austria: ob. cit., tomo II, p. 141.
[2] Ibíd., p. 18.
[3] Ibíd., p. 52.

Lo mismo pasará años más tarde, cuando Bolívar salga de Haití acompañado de un reducido grupo de decididos patriotas. La Providencia inspirará al Libertador y le revelará su voluntad, que no era otra que la de dar la independencia a Venezuela.

> Sale Bolívar de los Cayos el 31 de marzo, con aquel reducido número de valientes que el infortunio arrojó a los mares, y que creyeron ver la patria que habían perdido donde estaba el Libertador, cuya esperanza, nunca debilitada, tenía la facultad de transmitirse a cuantos le rodeaban. ¿Pero adónde se dirige esta cruzada de libertad, que no tiene de grande sino el arrojo y el contraste entre el número insignificante de los que la forman, y las crecidas y victoriosas fuerzas del poder español, que parecía haber afirmado por siglos su dominio? Bolívar sólo sabía en donde debía principiar la nueva carrera de aquellos pocos héroes, reliquias de tantos combates, familiarizados con los peligros, que iban a buscarlos, y para quienes la inacción, durante el cautiverio de su patria, era más insoportable que la muerte, era crimen e ignominia. La Providencia debía inspirar a Bolívar y le revela su voluntad en los sorprendentes movimientos de Margarita[1].

Bolívar era el primero entre los héroes[2]. Su trayectoria militar y política estaba marcada por el triunfo y la gloria. De manera inevitable "marchaba bajo la espesa sombra de un bosque de laureles"[3] y la fama conducía su nombre "por la senda del templo de la inmortalidad"[4].

Bolívar era el héroe libertador que se dio a conocer en toda la geografía nacional a partir de 1813, es decir, cuando se inició la historia heroica venezolana. Era el redentor de los pueblos[5] y hasta la patria misma[6]. Por su carácter: era noble, magnánimo, de inteligencia superior, de elevado espíritu. Las dificultades y los obstáculos exponían su genio[7]. Bolívar, al igual que los héroes de la antigüedad fue un bienhechor de la humanidad[8]. Además, fue el

---

[1] Ibíd., pp. 437 – 438.
[2] Ibíd., p. 54.
[3] Ibíd., p. 56.
[4] Ibíd., p. 225.
[5] Ibíd., p. 118.
[6] Ibíd., p. 438.
[7] Ibíd., p. 437.
[8] Ibíd., p. 139.

fundador de un estado liberal de inspiración europea y norteamericana y enseñó a su pueblo el significado de la libertad.

> Del inmortal Bolívar hemos recibido las primeras y más eficaces lecciones de un puro amor a la patria, del más generoso desprendimiento, y con él hemos seguido una escuela práctica, en que han ido desenvolviendo los principios liberales de la civilización europea y norteamericana, absolutamente desconocidos por los abatidos e ignorantes siervos de España. Vinieron después otros hombres, que la revolución americana engendró; pero siempre, en medio de las bayonetas, entre victorias y derrotas, en el laberinto y aterrador aparato de los ejércitos, de la boca de aquel guerrero, nutrido, puede decirse, con el poder y el estrago de las campañas, siempre se oyeron las halagüeñas de libertad, de la soberanía del pueblo, del sistema representativo, de la majestad de los congresos, de las garantías sociales, de la libertad e independencia de la patria. Bolívar ha sido el infatigable preceptor de cuyas lecciones recoge hoy la América entera óptimos frutos: la libertad impera y con él hemos aprendido a defenderla[1].

En el Libertador se resumían la patria, la libertad, la república y los principios liberales. Las virtudes cívicas, morales y militares ornaron su persona. Su talento para el combate y su elevado espíritu a prueba de adversidades lo hicieron el héroe perfecto. De todos los historiadores anteriores a Austria, éste es el que mejor recoge el lenguaje y el estilo de la época de la independencia y, por lo tanto, es el primero que comienza a moldear historiográficamente a Bolívar como el héroe fundador, funcional y bienhechor a imagen y semejanza de las antiguas repúblicas clásicas.

[1] Ibíd., p. 140.

5. Los arquetipos de Juan Vicente González

Los héroes y, sus contrapartes, los antihéroes están perfectamente delineados en la *Biografía de José Félix Ribas*. En la obra no existen medias tintas, que pongan en duda la calificación de un determinado personaje. Las únicas figuras que presentan cierta dificultad son Antonio Nicolás Briceño y José Tomás Boves. Del primero, Juan Vicente González hace una descripción algo siniestra y maquiavélica sobre su carácter. Sin embargo, cuando detalla sus rasgos fisonómicos, denota cierta simpatía que delata su desubicación en el panteón de los antihéroes. Para González, los rasgos físicos de los individuos corresponden necesariamente con su carácter. La excepción de esta regla se encuentra en Antonio Nicolás Briceño.

> Briceño llegó a los Estados de la Unión Granadina en el acceso de una sombría cólera, respirando sangre y venganza. Hombre trágico y fatal, de esos a quienes una violencia innata consagra a las furias, *su rostro no llevaba el signo innoble de la barbarie. Su cuerpo era gentil, su cabeza bella...como de las Euménides*"[1]. (cursivas nuestras)

El héroe en González posee características especiales. En la obra se distinguen héroes militares y héroes civiles. A los primeros los reviste de las cualidades innatas propias como el valor, la bizarría, la intrepidez y el sacrificio. Sin embargo, en su concepción romántica, estos atributos deben ir acompañados de una fisonomía física y moral muy peculiares que otorgan el verdadero cuadro del héroe militar. José Félix Ribas y Simón Bolívar pertenecen a este tipo de héroes. A la descripción del primero, en sus años juveniles, le confiere ya el porte guerrero del futuro héroe.

> Estaba el mozo en la flor de sus años; era de *gallarda estatura, de figura marcial y seductora*. A veces se amontonaba una tempestad sobre la frente encapotada y sus ojos lanzaban relámpagos[2]. (cursivas nuestras)

---

[1] J. V. González: *Biografía de José Félix Ribas*, ob. cit., p. 123.
[2] Ibíd., p. 90.

Toda la personalidad de Ribas, desde su apariencia física, carácter y moral, estaba preparada para convertirse en la figura heroica de 1814. Su "espíritu impetuoso" le haría buscar un ideal para servir.

> En los diez años que corrieron desde la muerte de España hasta el 19 de abril, su alma agitada y generosa buscó ansiosamente un objeto a que consagrar la vida, pidiendo a cielo y tierra una causa que servir; el amor y la fuerza superabundaban en su pecho; a un corazón que no había malgastado sus tesoros, facultades poderosas, un vuelo, un ardor, que mal podían satisfacer los objetos que le rodeaban[1].

La descripción de Bolívar es de una altisonancia mayor. En ella se resume a plenitud todas las cualidades del verdadero héroe militar, aun cuando el futuro Libertador –para el momento en que se sitúa la relación descriptiva– todavía no era militar ni era considerado héroe. González ubica al joven Bolívar en el primer aniversario del 19 de abril, y a fuerza de querer verlo como un ser sobrenatural o perteneciente a un olimpo de dioses griegos, le cambia hasta el color de los ojos.

> ¿Quién es es joven de admirable madurez, de tan *militar apostura, que se adivina, al mirarle, su osadía y valor? Ojos azules y color blanco, que ennegrecerán los rayos de la guerra, músculos de acero, mirada soberbia y terrible, las formas elegantes y varoniles del dios de las batallas.* Le llaman Simón Bolívar[2] (cursivas nuestras)

Estos rasgos físicos, por supuesto, no corresponden a los del Libertador, pero González así los presenta para acentuar su gallardía. Sin embargo, Bolívar no es el único en el panteón de los héroes, le siguen otros y hay uno que pareciera superarlo, cuando el biógrafo remata el párrafo anterior al concluir: "sólo José Félix Ribas parece más arrogante y espléndido"[3].

En cambio, los héroes civiles no tienen el garbo y el donaire, ni el porte marcial ni la complexión de acero. Sus rasgos son delicados, frágiles, unidos a

---

[1] Ibíd., p. 92.
[2] Ibíd., p. 109.
[3] Íd.

una moral elevada. Dentro de sus atributos se aprecia la disposición a la elocuencia y la oratoria, un talento innato, la ausencia de egoísmo y el don del sacrificio patrio. Pertenecen a este grupo –entre otros– Juan Germán Roscio, cuyas "palabras eran recogidas con aforismos patrióticos"[1], Miguel Palacio "hombre de talento y elocuencia"[2], don Martín Tovar Ponte poseedor de un "corazón patriota"[3] y Antonio Muñoz Tébar, en quien Juan Vicente González resume la concepción del héroe civil, cuando escribe:

> cautívole el amor a la República desde sus primeros años. A la nueva de la revolución del 19 de abril, se le vio dejar el presbiterio de los neristas(...) para irse tras la revolución, hasta la muerte. Su figura endeble y delicada, su tez blanca y pura, su rostro franco, sombreado apenas por naciente bozo, revelan sus pocos años, como revela su talento la frente espaciosa y cándida, y anuncian la ternura de su alma quimérica y su fin prematuro y trágico, la melancólica sonrisa y los fijos ojos, grandes y tristes[4].

También se presentan en la *Biografía* a los antihéroes civiles. Personajes sin frenos, ambiciosos, resentidos, con buenas dosis de envidia y vanidad. Egoístas y pusilánimes. A ellos corresponden unos físicos grotescos. Las taras de sus almas se reflejan en sus rostros. Uno de ellos es José Domingo Díaz, el célebre redactor de la *Gaceta de Caracas*, bajo la administración realista, y el otro, es Coto Paúl. Este último es descrito como criatura infernal.

> Un hombre se levanta y usurpa la palabra; pero no es un hombre ese cíclope, con dos agujeros por ojos, afeado por la viruela, de cabeza enorme cubierta de erizadas cerdas, de ideas febriles servidas por una voz de trueno. El desorden preside su espíritu, que se exhala en gritos de cólera y exclamaciones súbitas[5].

---

[1] Ibíd., p. 106.
[2] Íd.
[3] Ibíd., p. 107.
[4] Ibíd., pp. 109 – 110.
[5] Ibíd., pp. 110 – 111.

Esta descripción nos retrotrae a otra hecha por González sobre la figura de Danton. Coto Paúl, de alguna manera nos recuerda al cordelero francés.

> el triunviro revolucionario parece el resultado penoso de una creación vasta, turbada, impura, violenta como cuando la naturaleza se ensayaba en las primeras épocas, sin saber si eran hombres o brutos los que producía.
> con su cara de toro, que la viruela convirtió en colosal avispero, o en la escoria de un volcán[1].

Laureano Vallenilla Lanz señala, al percibir la reminiscencia de Danton en la descripción de Coto Paúl, que este personaje es "creación exclusiva de nuestro célebre retórico", y que, además, es "una falsa figura vaciada en moldes prestados"[2].

Indudablemente, la influencia de los escritores románticos de la Revolución francesa, como Michelet y Lamartine, se deja colar consciente o inconscientemente en la pluma de González, cuando describe aquel personaje venezolano que predicaba la anarquía como medio de alcanzar la libertad.

José Gil Fortoul afirma que los discursos de Coto Paúl y Antonio Muñoz Tébar en la Sociedad Patriótica del año 11 no son obra de ellos, sino de Juan Vicente González[3]. A esto ha respondido Gonzalo Picón Febres, después de realizar un estudio sobre el estilo de Muñoz Tébar, que el discurso pronunciado en la Sociedad Patriótica es obra de este tribuno y no de González. De igual manera, el de Coto Paúl está registrado en *El Publicista Venezolano*, nº 17 del año 11[4]. Se demuestra entonces que estos exaltados oradores tomaron su estilo de la literatura política de la Revolución francesa[5]. Excelente prueba que confirma cómo el neoclasicismo y el romanticismo entraron con fuerza en Venezuela a principios del siglo XIX.

---

[1] J. V. González: "Dantón o el Terror". *El Heraldo*, nº 349 y 350, Caracas, 8 y 9 de agosto de 1861.
[2] L. Vallenilla Lanz: "Coto Paúl. Estudio histórico". *Ahora*, nº 3.116 y 3.117, 10 y 11 de octubre de 1944.
[3] J. Gil Fortoul: *Historia constitucional de Venezuela*, México, Cumbre, 1978, tomo IV, p. 382.
[4] G. Picón Febres: *Nacimiento de Venezuela intelectual*, Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1939, tomo II, pp. 149 – 151.
[5] Íd.

La fisonomía de Coto Paúl responde a un castigo impuesto por González, que no perdonaba en aquel miembro de la Sociedad Patriótica la invocación de la anarquía, como sinónimo de licencia y desorden. Palabras "siniestras" que González siempre combatió desde la plataforma periodística a partir de 1845.

El retrato de José Domingo Díaz muestra a un hombre "alto y flaco, de rostro largo y enjuto, huesudo, de ojos verdosos, inquieto, de una actividad turbulenta y febril"[1]. Esos ojos verdosos encerraban la envidia que consumía a este personaje, como lo demuestra la poesía dedicada a este médico por Vicente Salias en la *Medicomaquia* y que González insertó entre los párrafos de la *Biografía*[2].

Díaz pretendió combinar el ejercicio de la medicina con el cultivo de las letras, y en esto último fracasó. No pudo alcanzar nunca la estatura intelectual y literaria de Andrés Bello, García de Sena, Vicente Salias o Muñoz Tébar.

> Cómo debían sonreir estas inteligencias elegantes y finas, a vista de los estériles esfuerzos del pobre Díaz, que confundía la cítara de Apolo con el cinco plebeyo y la pluma con el bisturí[3].

Pero si Díaz no atinó lograr producciones literarias de calidad, sí estuvo preparado para celebrar los triunfos realistas "que había de dar en el tema de la tiranía de la sangre. Un espíritu absurdo acompaña siempre a un mal corazón"[4]. González, además, destaca en Díaz dos características propias de los antihéroes: la cobardía y el espíritu de venganza. Ante la proximidad de los patriotas a Caracas, el pusilánime médico decidió huir.

---

[1] J. V. González: ob. cit., p. 230.
[2] Ibíd., p. 231.
[3] Íd.
[4] Íd.

> La llegada de Bolívar en el año de 1813, le llenó de terror; sobre un asno, en la noche del 5 de agosto, huyó despavorido para La Guaira[1].

Desde su breve destierro en Curazao se dedicará a imprecar a los patriotas, sobre los que "derramó ondas de hiel, de ultraje e ironía"[2]. Una vez, conquistada la capital por Boves, se unirá al caudillo realista para clamar venganza y pedir la cabeza de sus enemigos. En ese deseo de revancha "se unió a Boves en vida. ¡Qué vivan juntos en la memoria de la posteridad!"[3].

Falta señalar a los antihéroes militares. Encajan dentro de este grupo los combatientes realistas, como Monteverde, "isleño presuntuoso y vulgar"[4], y Rosete, "un jefe digno de las turbas que guiaba sin mandarlas"[5]. De él, González hizo un retrato del más vil criminal. De nuevo las características físicas se conjugaban con las morales.

> Rechoncho, de una blancura sucia, de andar convulsivo, coronábale una calva innoble; dos ojos desiguales y saltados acechaban desde sus sienes, y arrojaba de los abismos de su pestilente boca amenazas y blasfemias. El crimen abyecto había encontrado su figura: el delirante, el bufón, el energúmeno, el ebrio tenía cóleras frenéticas y sanguinarias; los cuervos le seguían por el olor[6].

La figura de Boves se presenta, al igual que la de Antonio Nicolás Briceño, con cierta dificultad para poder encasillarlo como arquetipo del antihéroe absoluto, debido a que Juan Vicente González le prodiga características heroicas como agilidad, intrepidez y temeridad[7]. Hasta él mismo lo ubica entre dos aguas: "El héroe y el bandolero se confundieron tanto en él, que hubiera sido difícil arrojar una línea divisoria"[8]. Pero cuando entra en su descripción física, la pinta con los colores propios de los bárbaros, y es sólo

---

[1] Ibíd., p. 233.
[2] Íd.
[3] Ibíd., p. 236.
[4] Ibíd., p. 128.
[5] Ibíd., p. 192.
[6] Ibíd., pp. 192 – 193.
[7] Ibíd., p. 166.
[8] Ibíd., p. 167.

aquí donde se pueden percibir los rasgos característicos –según la concepción de González– de los antihéroes.

> La tradición espantada conserva el retrato de este bárbaro: de cuerpo mediano y ancha espalda, de cabeza enorme, de ojos azules y turbios como el mar, tenía la frente espaciosa y chata, la barba escasa y roja, la nariz y la boca como las aves de rapiña... frío como el acero, alevoso como el halcón, hería inesperadamente, revelándose su rabia por pueblos desolados y en cenizas, por millares de cadáveres insepultos[1].

La ferocidad de Boves la plasma elocuentemente cuando la naciente república cayó de nuevo bajo su cruenta lanza.

> cadáveres esparcidos servirán para seguir el itinerario del bárbaro; seis meses más, y habrá pueblos donde no respire un ser, desiertos como los que funda la peste en las ciudades de la India; seis meses más, y se verán los campos cuyas exhalaciones de sangre infecta, ahuyentarán al pasajero, donde correrán solamente animales carnívoros, donde resonarán sus aullidos junto con el balido de los rebaños inciertos. El humo oscurecerá el cielo, anunciando el furor y la venganza; el reflejo de los incendios guiará los pasos en la soledad de la noche[2].

Pero en la *Biografía de José Félix Ribas* emerge un prócer de la independencia con características más despiadadas y tenebrosas que el propio Boves. Es Juan Bautista Arismendi. Él es el epítome del antihéroe militar. Su retrato físico corresponde a sus vicios y flaquezas, de las cuales González resalta la cobardía y la crueldad.

Sus rasgos fisonómicos recuerdan nuevamente a los personajes de la Revolución francesa. Esta vez, González toma como modelo al más siniestro de todos: Marat. El patriota margariteño es detallado en los siguientes términos:

---

[1] Íd.
[2] Ibíd., p. 168.

> Contemplémosle en la capital a fines del año de 1813. *¿No veis esa cosa verde-amarilla, de ojos parduscos*, surcado el ceñido rostro de duras líneas que se chocan, su habla una jerigonza bárbara y sanguinaria? Observémosle bien: es pequeño de cuerpo; la parte posterior del cerebro está desarrollada ampliamente com la del tigre; su acento imita el acento español, como remedan algunos animales carnívoros los gritos de sus víctimas. *¿De qué laguna ha salido ese batracio?* ¿Eso es hombre o una máquina de tormento? Ninguna piedad en su alma de bronce; la hermosura y el dolor le hallaron siempre el mismo: como la guillotina de 1793, jamás se sació de víctimas su cruel corazón[1]. (cursiva nuestra).

Este retrato de Arismendi se puede contraponer con el de Marat, realizado por el mismo autor cinco años antes.

> *¿Quién es esa cosa amarilla, de traje verde*, con ojos brotados, de un *gris amarillento?* ¡Es a algún coleóptero que pertenece ciertamente más bien que a la especie humana! *¿De qué laguna ha salido esa chocante criatura?*[2]. (cursivas nuestras)

Las semejanzas de esos cuadros no dejan dudas, aunque Arismendi y Marat no tengan nada en común. Ya Luis Beltrán Guerrero había percibido la fuente de inspiración, cuando apuntó: "El retrato de Arismendi por González, obra maestra del lenguaje literario español, aunque le haya quitado colores a la paleta de Michelet en su Marat, está hecho con los tintes más crueles"[3].

González no sólo se complace en dibujar la crueldad de Arismendi, cuando le arroja epítetos sombríos como el de tener el "corazón de hiena" o ser el "ogro sangriento, el Barba Azul de la América"[4], sino que también le va a endilgar una de las características más deplorables que se pueda encontrar en un militar: la cobardía. Esta penosa debilidad la demuestra a lo largo de la relación de las acciones militares en las que Arismendi jugó un papel en ellas.

---

[1] Ibíd., p. 165.
[2] J. V. González: "Estudio histórico. Robespierre, Marat y Danton". *El Heraldo*, nº 135, Caracas, 27 de marzo de 1860.
[3] L. B. Guerrero: ob. cit., pp. 102 – 103.
[4] J. V. González: ob. cit., p. 183.

El primer dardo que lanza contra el valor de Arismendi es el referido a un levantamiento de esclavos en la región de Barlovento, que le tocaba reprimir. La acción no se llevó a cabo. En cambio, Arismendi mandó ejecutar a doce vecinos inocentes de Caucagua, para hacer ver que lo había sofocado exitosamente[1].

La segunda arremetida contra el prócer margariteño es peor que la anterior. Porque en ésta, al mismo tiempo que resalta la pusilanimidad de Arismendi, destaca el arrojo de Ribas. Ante el primer ataque de Rosete en Ocumare, Arismendi vaciló salir a su encuentro.

> A Arismendi, comandante militar interino, se le ocurre salir después de mil vacilaciones; las autoridades civiles le animan e instan; parte al fin en la noche del 14; pero al día siguiente se sabe que permanece en el Valle, y a poco se desliza en la capital, para prepararla a la defensa, y **acabar** –decía– **con los cómplices de Rosete** ... ¡Los supuestos cómplices de Rosete habían perecido![2]

Quien rescata a Ocumare de las garras de Rosete es José Félix Ribas cuando arremete con "impetuosa cólera" y hace huir al "pulpero ruin"[3].

El tercer ataque da pistas sobre el posible origen del rencor de González contra Arismendi. Durante la segunda embestida de Rosete en Ocumare, perdieron la vida el esposo de Josefa Palacios Obelmejías, Pedro de la Vega, y Juana Aristeguieta. Posiblemente la segunda haya sido la madre biológica de Juan Vicente[4]. González señala a Arismendi como el verdadero culpable de estas muertes al no llegar a tiempo a aquella población debido a sus vacilaciones propias de su cobardía.

> El 6 de marzo, Rosete ocupa de nuevo a Ocumare renovando los pasados horrores y proclamando la libertad de los esclavos, el saqueo y

[1] Ibíd., p. 189.
[2] Ibíd., p. 191.
[3] Íd.
[4] Luis Beltrán Guerrero: ob. cit., p. 103.

> matanzas de las poblaciones. Murieron a sus manos don Diego Hurtado, doña Juana Aristeguieta y don Pedro de la Vega, esposo de aquella insigne matrona, modelo de virtudes, amparo y consuelo de nuestros juveniles años. Bien tarde, el 13, resolvió Arismendi salir a atacarlos al frente de 800 hombres (...) Iban jóvenes de dieciséis, hasta de trece años, contentos y entusiasmados bajo el fusil: Arismendi los llevaba al sacrificio; apenas se salvaron nueve; **el fue el primero a ponerse en cobro**, dejando en poder de Rosete armamento, municiones y equipaje. En cinco horas recorrió las dieciséis leguas que separaban de la ciudad[1].

González a lo largo de su *Biografía* omite deliberadamente el papel meritorio que tuvo Arismendi en la guerra de independencia. Es el caso, por ejemplo, en que siguiendo a Yanes omite el nombre de Arismendi en el siguiente párrafo:

> Grandes fueron los esfuerzos de los patriotas para fortificar a Aragua; la isla de Margarita provee de fusiles y municiones y envía trescientos soldados[2].

Yanes había apuntado:

> La isla de Margarita, por los esfuerzos personales de Mariño y de las activas providencias de Arismendi, proveyó de algunos fusiles y municiones, y además envió 300 hombres[3].

De todo esto se colige el esfuerzo empleado intencionadamente para construir un antihéroe nacional, que no correspondía exactamente a la verdad histórica, pero sí a la concepción que González había fabricado en sus arquetipos heroicos y antiheroicos.

Se puede entender el propósito de construir antihéroes realistas, pues ellos eran los enemigos de la república que estaba emergiendo. Lo incomprensible se encuentra en la idea de fabricar un antihéroe patriota como Arismendi, perfectamente delineado y ubicado en la galería de aquellas figuras.

---

[1] J. V. González: ob. cit., pp. 191 – 192.
[2] Ibíd., p. 242.
[3] F. J. Yanes: ob. cit., tomo I, p. 188.

En la *Biografía*, la abyección y cobardía de este personaje sólo son comparables a las de Rosete; porque Boves no es presentado como cobarde en ningún párrafo de la obra.

Juan Vicente González transforma al general margariteño en un personaje cuestionado, para entregarnos luego un producto propio, completamente acabado: el antihéroe nacional. Si bien Coto Paúl es presentado también como tal, su presencia en la *Biografía de José Félix Ribas* es definitivamente incidental y no tiene en ningún momento el mismo peso de Arismendi. El retrato de éste, en definitiva, responde más a una verdad subjetiva del autor.

Por último, se encuentra un héroe aislado, solitario, que al final no es otra cosa que un héroe desarmado, derrotado y desterrado: Francisco de Miranda. González lo presenta como el viejo revolucionario, girondino para más señas, gran viajero y sobre todo gran desconocedor de las realidades de su patria. La descripción de Miranda es la de un personaje genuinamente dieciochesco, cuyos atributos resaltantes eran el porte distinguido y el respeto que despertaba en los demás.

> Era una figura distinguida, de facciones regulares y animadas, de presencia autorizada y gallarda, de voz enfática y sonora (...) El coleto de nuestros padres, la cabellera empolvada, el sobretodo blanco que lo cubría, el tahalí vacío bajo la casaca militar y no sé qué de nuevo y extraño esparcido por toda su persona realzaban su nombre y le conciliaban admiración y respeto. Pocos notaban el pequeño arete de los revolucionarios franceses, que habría deñado a su dignidad[1].

Sin embargo, estas cualidades de nada le valieron a la hora de enfrentarse a Monteverde. Sus errores tácticos en materia militar "excitaron la murmuración primero y luego el desdén y el desprecio"[2]. Una vez caída la república y enviado Miranda a los calabozos de La Carraca, le tocará el sino

[1] J. V. González: ob. cit., p. 102.
[2] Ibíd., p. 118.

que siempre había tenido su vida y que de algún modo salvó su nombre para el porvenir. Pareciera ser que en el tormento sufrido, Miranda se transforma en héroe a los ojos de González.

> La suerte, que había mezclado en su vida el ajenjo con la miel, continuó a su lado la misma misión, dándole una muerte dolorosa, pero que salvaba su nombre y rescataba su memoria, que sin esas horas de martirio, viviría manchada en la posteridad[1].

La muerte fue su expiación y su salvación. Esa muerte en el destierro le liberó de la condena eterna en las pailas de la historiografía nacional.

[1] Ibíd., p. 120.

6. Las virtudes del héroe

Con Felipe Larrazábal el héroe alcanza dimensiones excepcionales e inusitadas. La medida de Simón Bolívar es inconmensurable. Nadie se le acerca en grandeza, en virtudes y talentos.

El Libertador de Larrazábal se sitúa en el cenit dibujado entre los demás Bolívar de los otros autores aquí estudiados. El estilo ampuloso, el panegírico y el romanticismo se reúnen en la biografía para crear un héroe portentoso, mítico, superior a cualquier otro de la antigüedad o contemporáneo. Es un héroe único y original. Nada parecido se había creado hasta ese momento.

> Las naciones se han llenado de orgullo por haber producido los príncipes que sólo hizo célebres la insensatez del mundo: sea un Alejandro, tirano de sus propios y ajenos vasallos; sea un César, criminal ambicioso, enemigo de su patria. Las generaciones que les siguieron, se empeñaron en degradarse, deificándolos con el augusto título de héroes, porque vencieron para humillar. ¿No será, pues, justísimo que se envaneciera Caracas que dio a luz aquel esclarecido ciudadano, que señalando la carrera del verdadero heroísmo, borró para siempre de los anales de los siglos los nombres ominosos de aquellos que con sólo el título de sus espadas constantemente usurpadoras osaron trepar hasta el pináculo de la fama? Si: Bolívar trilló la senda de la inmortalidad, que en los antiguos tiempos delinearon los Brutos y los Valerios, y en los modernos Tell y Washington. ¿Y qué gloria mayor para el pueblo ilustre que le acompañó en su nobilísima empresa? No son estas hipérboles dictadas por la adulación, sino verdades patentes al mundo entero. La gloria de Caracas consiste en que Bolívar fue singularmente original en la carrera de la libertad y de la beneficencia. La historia de los tiempos no ofrece modelo alguno de que pueda creerse copia el Libertador de Colombia y del Perú. En todos los pretendidos héroes del hemisferio antiguo, la fortuna, ciega, sirvió al valor: el valor y la fortuna a la depresión de los pueblos, a la elevación de sus verdugos. En el verdadero héroe caraqueño, la fortuna justa premió el valor, la constancia y el ingenio; pero la fortuna, el valor, la constancia y el ingenio se consagraron a la libertad de todas las regiones del continente americano. Es pues, fundada la gloria de Caracas: como es sin duda original el heroísmo de Bolívar[1].

[1] Felipe Larrazábal: ob. cit., tomo II, p. 392.

Además de su heroísmo original, Bolívar es el semidiós de la América; por lo tanto, es el héroe indiscutido del panteón americano.

> Los contemporáneos llamaron a Bolívar Libertador: título superior a todos los que ha recibido el orgullo humano; la posteridad, en himnos de gratitud, le llamará el Semi–Dios de América[1].

En otro lugar, Larrazábal asienta:

> Bolívar es un prodigio, y la historia del mundo no le presenta semejante...! Washington no conoció esas fatigas, y no sabemos si hubiera podido superarlas, dominando la opinión casi unánime de su país[2].

Y no sólo se limita a comparar a Bolívar con Washington; sino también le parangona con los héroes de la Grecia clásica como, por ejemplo, Milcíades. Las confrontaciones que realiza Larrazábal entre el Libertador y otros héroes no las hace con la finalidad de equipararlos, sino de demostrar la superioridad en grado superlativo de Simón Bolívar[3].

Ni los héroes romanos pueden alcanzar la estatura de Bolívar, pues todos ellos quedan marginados en un segundo plano, ante sus virtudes republicanas. Así como tampoco, la autoridad absoluta de la dictadura le pudo infligir alguna mácula a su heroicidad.

> El diez de febrero [de 1825]... aniversario de la dictadura de Bolívar, se reunió el Congreso constituyente del Perú. Jamás ha amanecido sobre el horizonte de nuestro planeta más fausto, ni más grande día; ni jamás brilló tan glorioso para el Libertador. Roma no tuvo nunca esas risueñas auroras. Las virtudes de sus Camilos, de sus Fabios y Cincinatos iban a quedar, desde ese día en segundo orden ... Un héroe, que desde remotas tierras voló al socorro del expirante Perú, que lo saca del abismo y lo liberta: un héroe que revestido de la espantosa autoridad dictatorial, coronado con los laureles de la victoria, arroja de sí la palma de la dictadura sin haberla manchado de sangre, y después de haber cerrado las férreas puertas del templo de Jano y

[1] Ibíd., tomo I, p. 466.
[2] Ibíd., p. 503.
[3] Ibíd., p. 196.

> abierto el santuario augusto de las leyes, quiere bajar desde la cumbre más elevada a la clase de un simple ciudadano, será en las edades futuras la admiración perpetua de los hombres...[1]

Bolívar es, además, un héroe amado y ese amor le preservará para la posteridad y lo consagrará en la gloriosa inmortalidad. De nuevo, su figura universal se encuentra por encima de cualquier otro personaje heroico.

> Otra cosa es la que no podrán destruir jamás las vicisitudes humanas: *el amor a Bolívar*, cuyo nombre resonará como no ha resonado el de ningún mortal sobre la tierra, y así se hará permanente esa inmortalidad fugitiva que en vano se procura alcanzar por mármoles y bronces[2].

El verdadero héroe es el reconocido como tal por sus propios compañeros de armas. En un pasaje de su biografía, Larrazábal utiliza a Páez para certificar la grandiosidad del Libertador.

> Para realzar la gloria de Bolívar, comparábale Páez con los héroes antiguos y modernos, y señalaba en aquel cualidades más brillantes y virtudes cívicas muy elevadas[3].

Tantas cualidades y virtudes cívicas reunidas en un solo personaje, le hacen pensar si Bolívar era verdaderamente mortal o no.

> El ánimo queda como plasmado en la contemplación de tantas virtudes y tan maravillosos dones con que le enriqueció la Providencia, y está uno tentado a preguntarse: *fue mortal como nosotros?*[4]

Por otra parte, la heroicidad del Libertador tiene sus cimientos en su lucha por la libertad y su combate contra el despotismo. Bolívar es un héroe liberal y republicano.

> Ah! la gloria que cubría a Bolívar, como muy bien dijo el Señor Márquez, contestándole, no es la de aquellos héroes que frecuentemente

[1] Ibíd., tomo II, pp. 284 – 285.
[2] Ibíd., p. 298.
[3] Ibíd., p. 475.
[4] Ibíd., p. 96.

> obtuvieron este título brillante oprimiendo a los hombres, regando la tierra con sangre, sembrándola de horrores para levantar el trono de su grandeza sobre la desgracia y el envilecimiento de sus semejantes, sobre el exterminio o la esclavitud de los pueblos, sobre el temor, el luto, la desolación...! No: Bolívar conquistó la gloria, despedazando las cadenas que ataban la América al triple carro de la ignorancia, de la tiranía y del fanatismo. (...) Bolívar no pensó nunca sino en levantar los pueblos abatidos: en redimirlos del cautiverio, dándoles libertad, independencia y el reino de la justicia[1].

Muy diferente a otros genios como, por ejemplo, Napoleón, que si bien llevó a Francia a la gloria, la encadenó a un despotismo tiránico y opresor.

> [Bolívar] conquistó la libertad en Venezuela. Por ese mismo tiempo, Napoleón, al otro extremo del mundo, con un ejército de quinientos mil hombres, mayor que el de Darío, la dejaba perder en Europa...![2]

A lo largo de la *Vida del Libertador Simón Bolívar* se van cincelando los rasgos que perfilan al máximo héroe de Larrazábal. Bolívar es invencible, generoso, desprendido, valiente y, sobre todo, magnánimo. Para confirmar esta última cualidad recurre a Homero (qué mejor autoridad que la de un clásico) para sentenciar: "La magnanimidad, dice Homero, es la virtud de los héroes, y verdaderamente en Bolívar era un sentimiento que lo distinguía"[3]. Una y otra vez, Larrazábal muestra la nobleza del alma del Libertador. Su pureza era tan perfecta y limpia, que sólo era comparable con la de un niño.

> En las dos comunicaciones que arriba dejo copiadas, se pinta el alma de Bolívar: magnánima, fiel, patriota, tierna como la de un niño...![4]

Bolívar es un ser absolutamente generoso. Además, de ser "el padre de la libertad", es el "hombre de la virtud más encumbrada"[5]. Su desprendimiento se manifiesta, por ejemplo, en un acto cívico preparado por la esposa del prefecto de Cuzco junto con otras conspicuas señoras de la ciudad, en enero

---

[1] Ibíd., pp. 107 – 108.
[2] Ibíd., tomo I, p. 195.
[3] Ibíd., tomo II, p. 115.
[4] Ibíd., p. 261.
[5] Ibíd., p. 308.

de 1825, cuando recibió de aquellas matronas una guirnalda de oro. El Libertador, incapaz de quedarse con aquel símbolo de gloria, se la entregó inmediatamente al Mariscal Sucre.

> Las señoras del Cuzco en número de mil, vestidas con lujo y acompañadas de la esposa del Prefecto, presentaron a Bolívar una bellísima guirnalda cívica de oro matizada de perlas finas y brillantes. Precioso don que ofrecía el emblema de la gratitud del Cuzco; pero el Libertador en el acto de recibirla la destinó al Mariscal Sucre, diciendo: *Él es quien merece todos los obsequios del Perú: él es el vencedor de Ayacucho y el verdadero Libertador de esta República.* ¡Desprendimiento honroso! ¡Bizarra acción, de aquellas que raramente se leen en la vida de los grandes héroes![1]

Sucre tampoco se consideró digno de recibir aquella valiosa ofrenda, la cual remitió al Congreso de Colombia. Más tarde, recibió otra en Cochabamba que envió a Cumaná. El Mariscal, al igual que el Libertador, rehusó quedarse con aquellos emblemas del heroísmo y la gloria y prefirió demostrar de esta forma su modestia, pudor y generosidad. Tan sólo en estos breves párrafos, Sucre se equipara a Bolívar, para luego desaparecer en la biografía del Libertador.

La expresión exacta del desprendimiento del carácter de Bolívar, que rechazaba riquezas y honores, se resume en el acto de su inhumación. Allí, Larrazábal destaca, en ese momento de su discurso, las virtudes del héroe y abandona a un plano desconocido la hazaña militar.

> ¡Día fecundo solamente en pena! En aquel sepulcro humilde, que ninguna distinción hacía reconocer que era el de Bolívar, yacía el héroe que tantos rasgos de grandeza, de nobles sentimientos y de virtud marcó en su vida...![2]

Así termina Felipe Larrazábal la biografía del Libertador. Las siguientes páginas son documentos relacionados con las honras fúnebres y culmina con una necrología de Juan García del Río. Es interesante subrayar el hecho de

---

[1] Ibíd., p. 309.
[2] Ibíd., p. 572.

que Larrazábal omita las cualidades castrenses de su máximo héroe como epílogo de su biografía, y sólo se limite a ensalzar la grandeza de Bolívar en sus rasgos personales, cívicos y republicanos.

CONCLUSIONES

Los seis historiadores seleccionados para estudiar sus respectivas obras y, por consiguiente, analizar su concepción de la historia provenían de familias económicamente holgadas y bien ubicadas en la sociedad venezolana de la primera mitad del siglo XIX. Por cuna, Juan Vicente González, José de Austria y Felipe Larrazábal eran los menos ricos del grupo. Ninguno de los tres poseía ni el abolengo de Francisco Javier Yanes y Feliciano Montenegro Colón, ni la fortuna de Baralt. No obstante, todos recibieron una excelente formación humanística que les permitió escribir sobre la historia de Venezuela de la época de la Independencia y llegar a ejercer el oficio de historiador como segunda profesión en determinados momentos de sus existencias.

Como expresión de la educación colonial que todavía ejercía influencia en las primeras décadas del siglo XIX, estos historiadores se formaron como militares, abogados o, en el caso de González, como licenciado en filosofía. Se dedicaron a la docencia cuando sus diversas actividades se lo permitieron y vivieron de la política y los cargos públicos. Montenegro fue un educador a tiempo completo, una vez de regreso a Venezuela, y González también dedicó una buena parte de su vida a impartir clases y a formar jóvenes. Montenegro, Baralt y Austria recibieron grados militares. Yanes y Larrazábal se graduaron de abogados.

Todos ellos actuaron, por lo menos en algún momento de sus vidas, activamente en la política venezolana. Montenegro todavía no convencido plenamente del movimiento independentista decidió irse del país y continuar dentro de las filas del Rey. Para su desgracia, sus compatriotas le cobraron muy caro esa desacertada decisión. El resto su vida la empleó en defenderse públicamente de sus detractores.

Yanes nació políticamente al mismo tiempo que la Junta Suprema de 1810 y tuvo el privilegio de estampar su firma en el Acta de la Independencia. Ocupó altos cargos de la administración pública durante las décadas de 1820 y 1830. Fue magistrado, consejero de gobierno y organizó la Corte de Almirantazgo en Margarita.

Baralt se estrenó en los avatares de la política cuando entró en la carrera militar al lado del general Santiago Mariño; pero, su verdadera acción política la ejerció en España a favor de los liberales progresistas. En este país realizó una muy destacada labor como escritor, poeta y crítico literario. Fue admitido como miembro de número en la Real Academia Española de la Lengua. Posteriormente fue designado director de la *Gaceta de Madrid* y administrador de la Imprenta Nacional.

José de Austria es el único de los seis historiadores que continuó su carrera militar hasta casi sus últimos días y que mantuvo una relación directa con Francisco de Miranda y Simón Bolívar. No se manifestó abiertamente como un político y tribuno. En este sentido, fue más un hombre de la administración pública que del combate político, aunque no gustaba mantenerse por mucho tiempo en cargos burocráticos. Ejerció funciones de gobernador y ministro en diferentes épocas de la vida republicana.

Juan Vicente González comenzó a dar sus primeros pasos en la política cuando se fundó el Partido Liberal. Luego se apartó de él y se colocó al lado del grupo paecista en la década de 1840, por considerarlo garante del orden y de la estabilidad política y social del país. La prensa fue siempre en su vida su verdadero instrumento de lucha.

Felipe Larrazábal también se inició en la política del lado del Partido Liberal; pero, a diferencia de González, permaneció en él hasta su muerte.

Tres fueron diputados: Yanes, González y Larrazábal; asimismo, los dos últimos fueron concejales por Caracas.

Así como todos ellos nacieron y se formaron dentro de hogares acomodados, así también tuvieron un final común: todos, a excepción de Austria, fallecieron con penurias económicas. Unos más que otros; pero, al fin con una situación pecuniaria precaria. Se dice que Montenegro murió en completa pobreza y, además, endeudado. Yanes, a pesar de haber poseído haciendas de café, no murió dejando a sus hijos un importante capital. La meseniana que le dedicó González exalta su probidad, honestidad y la cualidad republicana de haber muerto sin riquezas. Baralt pereció en España con una situación económica realmente difícil. Quizás Austria es el historiador que se salva de este destino, porque antes de su fallecimiento había sido ascendido a general de división y nombrado Consejero de Estado. González y Larrazábal murieron prácticamente en la inopia. Para enterrar al primero se tuvo que recurrir a la caridad pública. El segundo tuvo un final trágico, después de haber padecido el exilio y el embargo de sus bienes.

Los gobiernos nacionales demostraron una verdadera apatía y desinterés por los esfuerzos intelectuales de estos historiadores que dedicaron un significativo espacio de sus vidas a escribir sobre la historia de Venezuela. Si bien las obras de Montenegro y Baralt contaron con el auspicio y financiamiento del gobierno, esta importante ayuda no representó ningún beneficio económico para sus autores, pues al no venderse los libros como se esperaba constituyeron una verdadera pérdida para el tesoro nacional.

Tampoco la prensa fue solícita con las obras historiográficas de Montenegro, Yanes, Baralt, Austria, González y Larrazábal. Su mutismo evidencia el poco interés que sentían por trabajos de esta naturaleza. La excepción corresponde al *Atlas, Geografía* e *Historia* de Codazzi y Baralt. Esta empresa corrió con mejor suerte en su relación con la prensa nacional. *El*

Liberal y *El Venezolano* fueron los periódicos que promocionaron con más diligencia esta obra. Sin embargo, no lograron su objetivo, que era el de venderla a una clientela mayor que el de los originarios suscriptores.

González y Larrazábal difundieron sus trabajos históricos desde sus propios periódicos. El primero lo hizo a través de *El Foro, El Heraldo y* la *Revista Literaria*. El segundo desde *El Federalista*. El resto de la prensa permaneció simplemente mudo.

El análisis crítico que se hizo a las fuentes consultadas por los historiadores aquí estudiados demuestra que sus relaciones históricas no fueron simples narraciones épicas. Fueron mucho más que eso. Esta historiografía descansa sobre la base de una ingente documentación y una copiosa bibliografía especializada para cada período estudiado. Estos historiadores copiaron consciente o inconscientemente varios modelos historiográficos europeos de distintas épocas. Su influencia fue determinante en la formación de su concepción de la historia.

Montenegro Colón empleó tres tipos de fuentes: las bibliográficas, las referidas a Mariano Torrente con el objeto de desmentirlo y las documentales. Las fuentes bibliográficas le sirvieron para reconstruir las pocas páginas sobre el descubrimiento y la conquista de Venezuela. Las relacionadas con Mariano Torrente, las aprovechó para refutar la *Historia de la Revolución Hispanoamericana* y así cumplir con uno de los objetivos que se había trazado para escribir su *Historia de Venezuela.* Las fuentes documentales las empleó para construir la historia desde la declaración de la Independencia hasta el año de 1836. Buena parte de esos papeles fueron facilitados por Francisco Javier Yanes.

El estudio de las fuentes en Yanes es fundamental porque los historiadores que le siguieron se nutrieron de manera significativa de su obra.

Las primeras sesenta y cuatro páginas del *Compendio de la Historia de Venezuela* son una copia casi textual del *Resumen de la Historia de Venezuela* de Andrés Bello. Las siguientes páginas siguen alimentándose de la obra de Bello, pero ya ésta no tiene el papel hegemónico en el *Compendio*. De ahí que Yanes intercale párrafos de otros autores como José de Oviedo y Baños, Antonio Caulín, Francisco Depons, Miguel José Sanz, Alejandro de Humboldt, Washington Irving, William Robertson y otros más.

Las fuentes utilizadas en la *Relación Documentada* son más de naturaleza documental que bibliográfica, aunque también recurrió a estas últimas. Su relación de los hechos Yanes los reconstruyó con las actas del Congreso, la *Gaceta de Caracas*, el *Correo del Orinoco*, el *Iris de Venezuela* y los papeles públicos que conocía y le constaba como miembro que fue del Congreso.

El primer volumen del *Resumen de la Historia de Venezuela* que corresponde a la llamada "historia antigua" es fundamentalmente una recopilación de varios autores. Las fuentes bibliográficas consultadas por Baralt son realmente numerosas. Recurrió a historiadores, cronistas, viajeros, juristas, geógrafos e importantes pensadores europeos, americanos y venezolanos para historiar el período desde el descubrimiento del territorio de Venezuela hasta el año de 1797. Si bien en este volumen hizo un trabajo de compilador, no se puede obviar que Baralt nutrió su discurso con muchas apreciaciones exclusivamente suyas.

Los tomos I y II de la "historia moderna" también presentan una copiosa bibliografía y una abultada documentación constituida por decretos, actas, cartas y proclamas. Muchos de esos papeles fueron tomados de la *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar*. Baralt se valió además del *Compendio de la Historia de Venezuela* y la *Relación documentada* de Francisco Javier Yanes para armar

varios capítulos de su *Resumen de la Historia de Venezuela*. También recurrió a Montenegro Colón, pero en menor medida que a Yanes.

José de Austria se auxilió de una gran cantidad de documentos para escribir su *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*. En realidad, esta riqueza documental le sirvió de muletas para apoyar su discurso histórico. Los papeles oficiales consultados son los que a lo largo de varias páginas hablan por sí solos, mientras la voz del historiador permanece ausente. Al igual que Montenegro Colón, Austria prefiere insertar sucesivamente varios documentos sin mediar entre ellos ninguna explicación o argumentación.

En cuanto a las fuentes bibliográficas, Austria descansa en dos obras muy consultadas en su tiempo: el *Compendio de la Historia de Venezuela* de Francisco Javier Yanes y el *Resumen de la Historia de Venezuela* de Rafael María Baralt y Ramón Díaz. La primera le sirvió para tejer la trama de la justificación de la ruptura entre España y América. Se valió de la segunda obra para historiar los años entre 1810 y 1816. Austria unas veces cita a Baralt, otras simplemente se apropia de páginas enteras sin mencionar la fuente. Esta es una constante en los seis autores estudiados.

Juan Vicente González recurrió a dos fuentes cardinales para elaborar el discurso histórico de la *Biografía de José Félix Ribas*: el manuscrito de la *Relación documentada* de Yanes y la *Gaceta de Caracas*, tanto patriota como realista. Se auxilió de otros periódicos como *El Publicista de Venezuela,* el *Correo del Orinoco,* la *Gaceta de Cartagena* y el *Morning Chronicle*. También apeló a autores como Baralt, Larrazábal, Restrepo, Urquinaona, Michelet, Manuel Palacio y otros. Al igual que Austria, González tomó en cuenta el testimonio de testigos presenciales, además, de algunas canciones y versos para ambientarnos en la época estudiada y lograr así el "color local" tan característico en los historiadores románticos.

Larrazábal es el único autor posterior a Yanes que no le consulta ni una sóla vez. El *Compendio de la Historia de Venezuela* y el manuscrito de la *Relación documentada* se hallan omitidos en la *Vida del Libertador Simón Bolívar*. Las fuentes utilizadas para construir esta biografía son bibliográficas, documentales, hemerográficas y epistolares. La documentación presentada es realmente vasta. A lo largo de las mil y tantas páginas proliferan decretos, leyes, manifiestos, proclamas, circulares, oficios, alocuciones, discursos y otros papeles más. También se valió de la *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y Perú, Simón Bolívar.*

La amplia bibliografía consultada, al igual que la ingente documentación anexada en los discursos de estos historiadores, demuestran los inicios de una investigación documental y bibliográfica en estos primigenios trabajos historiográficos. Si bien todavía estos autores no dominaban el método heurístico ni citaban correcta y apropiadamente las fuentes, estas carencias se debían a la falta de formación académica en el campo de la historia. Montenegro, Yanes, Baralt, Austria, González y Larrazábal no fueron historiadores de formación, sino por inclinación, como lo fueron mayoritariamente los historiadores europeos y americanos de la primera mitad del siglo XIX.

La historia escrita por estos autores es fundamentalmente pragmática por los fines y motivos que persiguió: educativos o dirigidos a justificar la independencia o, en el caso de Felipe Larrazábal, el de redimir al Libertador que había caído víctima de una historiografía tendenciosa.

Montenegro Colón redactó su *Historia de Venezuela* por dos móviles: el de difundir los hechos de la guerra de la independencia y la de desarmar con el poder del razonamiento y la veracidad de los hechos la serie de inexactitudes, errores y mentiras de Mariano Torrente. El primer motivo es de índole educativa; el segundo, nace de la necesidad de atenerse a la "historia

verdadera" y deslastrarse del pesado equipaje que traía gracias a su pasado godo.

La obra de Yanes está orientada primordialmente a justificar la Independencia. Más que escribir una historia sobre el proceso de esta gesta, monta un aparataje doctrinario para argumentar en favor de ella. Las últimas páginas del *Compendio de la Historia de Venezuela* y casi toda la *Relación documentada* están enfocadas con esta visión eminentemente pragmática, porque fueron escritas con un fin utilitario: demostrar la causa justa por la que lucharon los patriotas. En este caso, la historiografía de Yanes se encuadra dentro de la historiografía liberal europea, porque fue aprovechada para combatir el despotismo y defender la idea de libertad.

Baralt no expresa positivamente su intención de justificar la Independencia, pero su discurso deja entrever hacia dónde se dirigen los dardos: su lucha contra el despotismo y a favor nuevamente de la libertad. Por ello afirma que escribe el *Resumen de la Historia de Venezuela* con el fin de servir para el conocimiento de la juventud venezolana. Es una historia que sirve de fundamento ideológico a la nación en formación. Por los fines que persigue es doblemente pragmática: por un lado, responde al viejo estilo de la historiografía racionalista que busca educar a la juventud del país y, por otro, es liberal porque le sirvió para sostener sus propios principios políticos.

Juan Vicente González tomó como pretexto la *Biografía de José Félix Ribas* para historiar los crudelísimos años de 1813 y 1814, es decir, los correspondientes a la Guerra a Muerte. Esta es la menos pragmática de todas las historias analizadas y esto se debe a que su autor es el más romántico de todos. La historiografía romántica no es pragmática, ni le interesa serlo. Para ella la historia sirve por sí misma, no porque persiga un fin utilitario. De allí que González no diga por qué escribió esta biografía ni por qué escogió a Ribas.

Su historia se enfoca más a denunciar el decreto de Guerra a Muerte y a anatematizarlo.

Larrazábal, si bien es un romántico, es también un liberal y como tal su obra se enfoca hacia el pragmatismo de esa historiografía. La *Vida del Libertador Simón Bolívar* es toda una batalla que libra contra el despotismo y esa lucha se encarna en Simón Bolívar como sinonimia de la libertad. De hecho, Bolívar es la libertad. Además, la obra se escribió con la intención de rescatar al Libertador de una historiografía anterior, según su autor, colmada de inexactitudes y parcializada.

Para estos seis historiadores la independencia fue obra de una élite: los blancos criollos, denominados durante la guerra como patriotas. El pueblo tuvo un papel secundario, el de seguir a esa clase dirigente. No hubo para ellos revoluciones populares. En este sentido, sus historias se asemejan a las pertenecientes a la historiografía liberal europea.

En las obras de estos autores se manifiesta una concepción providencialista de la historia. Ninguno de los seis escapa de esta idea. En primer lugar, Bolívar es el elegido por la providencia para cumplir con un plan preestablecido: la consecución de la libertad. Segundo, la Providencia es una fuerza protectora, sin ella el Libertador no habría conseguido sus fines. Tercero, Dios es el único capaz de comprender los recónditos orígenes de los acontecimientos humanos. Así todos estos historiadores dejaban a un lado las explicaciones causales de un hecho. Baralt es el único que analizó las causas de varios de los acontecimientos de la historia nacional y no se quedó constreñido por la simple narración de los hechos. Un contemporáneo suyo, Henri Ternaux Compans, le llamó poderosamente la atención el manejo diestro de la causalidad por Baralt y afirmó que nunca había visto la explicación de las causas de la decadencia de España expuestas de una manera tan clara y tan concisa. A pesar de estos señalamientos a su favor, Baralt no se desprendió

de su concepción providencialista de la historia. Y cuarto, todos gustaron, en mayor o menor medida, recurrir a las coincidencias, al azar, a circunstancias extraordinarias y, por supuesto, a la Providencia para explicar muchos de los fenómenos que no podían comprender. Apelaban así a la teoría de las catástrofes, muy propia de la historiografía racionalista.

Estos historiadores se atienen, además, a la estricta narración de los hechos, la desnuda exposición de documentos y no dejan de expresar su preocupación por mostrarse imparciales, objetivos y veraces. La pretendida objetividad les hizo entrañar un poderoso miedo a su época contemporánea. Montenegro, Yanes y Baralt son los más conspicuos en este campo.

La historiagrafía venezolana de mediados del siglo XIX es antihistórica porque rompe con el pasado colonial, de manera análoga a la historiografía de la Ilustración o racionalista que vio con desdén o desprecio los siglos de la Edad Media porque los consideraron de poco aporte para el avance de la sociedad.

Montenegro aprieta los siglos XVII y XVIII en sólo ocho páginas y los despacha aseverando que en ese tiempo no hubo sucesos que merecieran referirse. Yanes se centra en el descubrimiento y la conquista y se olvida de los siglos correspondientes al período colonial, para luego realizar un largo salto hacia la Venezuela de finales del siglo XVIII, que poseía –según él– una población rica, laboriosa e ilustrada, lista para buscar su independencia absoluta de la metrópoli.

El *Resumen de la Historia de Venezuela* tampoco escapa de esta tendencia. Los trece primeros capítulos de la "historia antigua" abarcan desde el estado de la navegación europea antes de Cristóbal Colón hasta la fundación de ciudades y la resistencia indígena de la región central venezolana. Ya el capítulo XIV es otro verdadero salto en el tiempo histórico

porque trata sobre la organización política, económica, religiosa, judicial y de hacienda durante la administración de la Capitanía General. Omite los años que median entre el fin de la conquista y 1777. El último capítulo referido al "carácter nacional" es un fiel exponente de la influencia que ejerció la historiografía de la Ilustración sobre Rafael María Baralt. Voltaire y Montesquieu fueron las fuentes de inspiración para lograr el análisis del carácter del llanero, del negro, de los pobladores de la costa y de las montañas. Baralt no deja a un lado los factores determinantes en la formación de la personalidad de una nación como son el clima, el suelo y los recursos naturales disponibles, factores importantes en la interpretación que hicieron los *philosophes* sobre los pueblos.

José de Austria tan sólo dedica nueve páginas al descubrimiento, conquista y colonización. De esas pocas páginas, seis forman parte de un documento. Austria olvida así tres siglos que forman parte de nuestra historia. A pesar del laconismo que le dedica a ese período no pierde oportunidad para resaltar el papel funesto que tuvo la conquista y colonización españolas en América.

La *Biografía de José Félix Ribas* comienza con la ejecución de José María España en 1799. La época precedente González la omite, pero por olvidarla no significa que la denigre como hicieron los demás historiadores. En la inconclusa *Biografía de Martín Tovar* expone una visión idílica de la colonia y la contrapone a su presente extraviado, lleno de vicios y depravaciones. En realidad, él es el único que no hace una condena al régimen español en América.

Felipe Larrazábal apenas esboza en un único capítulo los períodos de la conquista y la colonia en la *Vida del Libertador Simón Bolívar*. Hay que acotar que tanto la *Biografía de José Félix Ribas* como la *Vida del Libertador,* por pertenecer al género biográfico, sus autores tienen la libertad de situarse

únicamente en el tiempo de vida de sus protagonistas y no verse obligados a escribir sobre el período colonial como si se tratara de una historia nacional.

Unido al desprecio por el pasado colonial se encuentra el sentimiento antiespañol, que se plasma en diferentes grados en esta historiografía y se expresa fundamentalmente en los procesos de la conquista y la guerra de Independencia. Montenegro dirige su blanco contra la crueldad de individuos como Yáñez, Morales, Boves y Rosete, pero no denigra del régimen español. En cambio Baralt sí hace una dura condena de éste, pero no reprueba a su pueblo, aunque sí los excesos de sus dirigentes. En Yanes el sentimiento antiespañol es sinónimo de lucha contra el despotismo y tiene un objetivo bien definido: la nación española es la enemiga de la patria, a la que no se le debe dar cuartel ni con la espada ni con la pluma. La denuncia contra el gobierno español y sus atropellos contra los americanos son los ingredientes que sirven a Austria para preparar la justificación de la Independencia. De nuevo España es la enemiga, es la encarnación del despotismo. Y por último, mientras Larrazábal demuestra una fuerte inclinación antiespañola, Juan Vicente González no manifiesta alguna.

Estos historiadores recibieron una educación clásica y leyeron autores como Plutarco, Cicerón, Tácito y Tito Livio. De allí que expresaran concepciones de la historia propias de la historiografía de la Antigüedad. Yanes y Larrazábal no ocultaron su idea ciceroniana de la historia que además llevaba en sí misma un fin utilitario, tal como la conceptuaron los historiadores griegos y romanos. Para Yanes la historia era maestra de la vida y para Larrazábal tenía una finalidad moral o cívica, de aquí deriva su preocupación por moldear un Bolívar perfecto, colmado de virtudes cívicas y morales, la encarnación de la libertad y la República. González consideraba también la historia como una lección de orden moral: se había tenido un pasado brillante y heroico, posible de reconquistarlo a medida que se conocieran las hazañas de los grandes personajes.

Baralt, Yanes, Austria y Larrazábal emplearon el estilo clásico de los anales para narrar año por año los diferentes cuadros de la guerra de Independencia. Yanes escribe su *Relación documentada* bajo esta modalidad; Baralt hace lo mismo con los tomos II y III de su "historia moderna"; Austria expone su *Bosquejo de la historia militar de Venezuela* con esta vieja forma de los antiguos y Larrazábal tampoco escapa de este influjo. Sólo Montenegro y González se libraron de esta manera de estructurar la secuencia del discurso. Aunque el primero se atiene a un estricto orden cronológico.

También la historiografía humanista influyó en los seis autores. Decidieron escribir sólo sobre la guerra y la política de su país. No incursionaron en los hechos económicos, ni se atrevieron a ahondar en el desarrollo de la riqueza y de la civilización como hicieron los historiadores de la Ilustración. Sólo Baralt hizo un intento por penetrar en los vericuetos socioeconómicos de la colonia de finales del siglo XVIII, pero hasta allí llegaron sus pretensiones porque se dejó arropar por la historia militar y política del período comprendido entre 1810 y 1837. El mismo Baralt señalaba que los trabajos de la paz no daban material a la historia y que solamente los grandes crímenes, las sangrientas batallas y los sucesos calamitosos eran los que verdaderamente despertaban el interés en los lectores. Exactamente igual pensaban los historiadores del Renacimiento.

La historiografía liberal también se expresó en las relaciones históricas de casi todos estos autores. En Montenegro su influencia apenas se percibe porque su *Historia de Venezuela* no la escribió para justificar la Independencia, sino para hacerla conocer y, sobre todo, para desmentir a Mariano Torrente. En cambio, Baralt, Austria, Yanes y Larrazábal proporcionan los argumentos para construir el discurso que defiende la causa justa de la Independencia. Vista así es también una historia pragmática porque sirvió para combatir al

enemigo: España y su despotismo; a la vez que otorgaba una lección, se había luchado por alcanzar el bien supremo de la ideología liberal: la libertad.

Por su parte, González no escribió su *Biografía de José Félix Ribas* para argumentar a favor de la emancipación, ni para lidiar con el despotismo. La escribió para hacer notar y resaltar el papel funesto del decreto de la Guerra a Muerte y de paso comparar este episodio con otro, que él consideraba oprobioso: la época del Terror en la Revolución francesa. A pesar de los fines que se propuso en su obra, no se puede obviar que también recibió la influencia de historiadores liberales como François Guizot y Adolfo Thiers. Así como también de César Cantú que perteneció a la corriente historiográfica liberal católica.

La historiografía romántica se manifestó claramente en dos historiadores: en primer lugar en Juan Vicente González y, en segundo, en Felipe Larrazábal. Ambos entretejieron su formación clasicista con el estilo romántico que todavía tenía fuerzas a mediados del siglo XIX.

González, al igual que los románticos europeos, sintió predilección por el pasado, por aquello que ya no existía. Consideró siempre ese tiempo ido mejor que su presente y al reflexionar sobre él creó una visión regresiva de la historia. Por eso los historiadores románticos del viejo continente suspiraban por la Edad Media. González añoraba los plácidos años de la colonia.

Chateaubriand, Lamartine y Thierry se cuelan en el discurso del *Manual de Historia Universal*. En la *Biografía de José Félix Ribas* González dibujó a sus héroes y antihéroes con los mismos rasgos que gustaban emplear Michelet y Lamartine. Así mismo, el género biográfico se impuso durante la época del romanticismo y por esta razón González y Larrazábal se sirvieron de él.

Felipe Larrazábal no poseyó el dominio de la prosa de González ni tampoco su estilo claro, agudo y elegante. Se arriesgó a mezclar a personajes de la antigüedad clásica con el Bolívar romántico, con el fin de parangonarlo con aquellos seres o para demostrar su superioridad ante ellos.

La *Vida del Libertador Simón Bolívar* se encuentra sobrecargada de expresiones muy típicas del romanticismo político francés como son honor, patria, gloria y libertad. Además, Larrazábal se inclinaba por exhibir un sentido del espectáculo en su narración e intentó recrear con minuciosidad algunas y escasas escenas específicas, aquello que los románticos denominaban el "color local". Sin embargo, le faltó, para alcanzar esa aspiración, una rica y bien nutrida imaginación. Tan sólo dos o tres párrafos se aproximan a esa concepción. González la consiguió con más éxito.

Otro concepto fundamental del romanticismo fue la idea del "genio". Éste era un espíritu dinámico y creador que podía ser individual, como el que impulsaba a un artista o escritor, o el que movía al mundo como el de Napoleón o Simón Bolívar. Larrazábal tomó en consideración la tesis del genio que movía a un pueblo o a un mundo. El genio de Bolívar era un poderoso motor que impulsaba a las tropas patriotas y a una nación entera a luchar por su independencia y libertad. Según los románticos, solamente las almas superiores eran poseedoras del genio, es decir, de ese espíritu demiurgo.

Austria también procuró combinar ambas tendencias: su formación clasicista con cierta dosis de romanticismo. Sin embargo, hay que señalar que varios párrafos del *Bosquejo de la historia militar de Venezuela* son simples paráfrasis de los documentos utilizados. Vale decir, Austria no presenta un estilo propio, se adueña del plasmado en la documentación correspondiente al período de la Independencia, que ya empleaba el discurso neoclásico salpicado de palabras y frases netamente románticas.

Las obras de Montenegro, Yanes y Baralt no se pueden catalogar como meras relaciones históricas escritas bajo el influjo del romanticismo. Una que otra frase de corte romántico aparece en muy escasos párrafos, pero nada más. En sus discursos no hay sentido del espectáculo, ni aspiraciones a crear el color local, ni tampoco realizan narraciones descriptivas que emulan a historiadores como Michelet, Lamartine o Thierry. De los seis historiadores, el que podemos definir como un romántico es, en justicia, Juan Vicente González.

Por último, ¿esta historiografía posee un carácter exclusivamente heroico? Para responder es necesario hacer una serie de consideraciones:

1. El neoclasicismo revivió la idea del héroe, del hombre semidiós capaz de realizar las más grandes hazañas.
2. Bajo el influjo del romanticismo, este héroe clásico se convirtió en el genio, en una especie de demiurgo creador.
3. Ya desde la época de la Independencia entraron en América y, en particular, en Venezuela el neoclasicismo y el romanticismo. El primero aportó un lenguaje particular que se concretó en discursos, alocuciones y proclamas. El segundo proporcionó la idea del drama, del sacrificio, de la patria y de lo glorioso que podía ser una lucha por alcanzar la libertad. Entre estas dos aguas, aparece el héroe y, por supuesto, su culto.
4. El culto al héroe en sus sentidos clásico y romántico ya se ejercía en vida del Libertador y se practicaba en él. Por lo tanto, el culto al héroe es anterior al construido y delineado por la historiografía venezolana de la emancipación.
5. Los que siguieron al Libertador le consideraron en su tiempo un instrumento de la Providencia, que actuaba a través de él para cumplir con un plan preestablecido: lograr la independencia de la patria.

6. La historiografía de mediados del siglo XIX reeditó el culto al héroe en diferentes escalas de intensidad. Por ejemplo, Montenegro Colón no hizo ninguna alusión a los héroes ni al heroísmo. En cambio, González y Larrazábal realizaron una construcción del culto al héroe de manera deliberada.
7. Indiscutiblemente la figura señera y central en el panteón de los héroes es Simón Bolívar. Pero su devoción por parte de los historiadores también presenta diferentes grados. El Bolívar de Yanes es un predestinado por Dios; pero su figura se diluye entre los sucesos de la guerra de Independencia o simplemente desaparece de algunos capítulos. Baralt considera a Bolívar como el hombre superior, el que impuso el orden donde había reinado el caos, el que llevó la luz donde había habido tinieblas. Es fundamentalmente un héroe funcional, puesto que realizó una serie de funciones vitales para poner en marcha la nueva república. Para Austria Bolívar es el primero entre los héroes. Con él se daba inicio a la historia heroica de Venezuela. En el Libertador se encarnaban la patria, la libertad, la república y los principios liberales. Austria es el primero que comenzó a moldear historiográficamente a Bolívar como un héroe fundador, funcional y bienhechor a semejanza de los héroes de las antiguas repúblicas clásicas. González realiza una labor mucho más compleja en la construcción del héroe. Le otorga características especiales y con ellas diseña los arquetipos. Las cualidades del carácter deben ir acompañadas por unos rasgos físicos particulares. Bolívar, por ejemplo, era un dios de las batallas, valeroso, con músculos de acero y ojos azules. La virtud, la valentía y el honor sólo podían corresponderse con la belleza física. En cambio, a los antihéroes civiles y militares los pinta físicamente con los colores más sombríos. González es el único de los historiadores que fabricó un antihéroe dentro de las filas

> patriotas. El Bolívar de Larrazábal es un héroe portentoso, superior a cualquier otro de la antigüedad o contemporáneo. El panegírico a Bolívar y el culto a su persona alcanzan su cenit. Ninguno de los autores anteriores se atrevió a diseñar un héroe perfecto, impoluto y extraordinario. Más que demostrar las proezas militares, que por supuesto las expone en su biografía, Larrazábal demuestra la heroicidad del Libertador en las cualidades de su carácter y en sus virtudes morales, cívicas y republicanas. En el fondo, Larrazábal proyecta, en el culto a Bolívar, el culto a la república y la libertad.

Los historiadores venezolanos de mediados del siglo XIX asimilaron diversas corrientes historiográficas que se desarrollaron en Europa a lo largo de varios siglos. Estos historiadores, que se enfocaron fundamentalmente en el tema de la guerra de Independencia, crearon una historiografía sincrética, ecléctica y mestiza, producto de la fusión de diversas corrientes historiográficas: de la antigüedad, del humanismo, racionalista, romántica y liberal. Todas ellas aportaron valiosas herramientas para la construcción de sus discursos históricos, que aunado a su formación, a su visión de la vida y a sus inclinaciones políticas crearon una concepción de la historia propia y merecedora de ocupar un digno puesto en la historiografía nacional.

BIBLIOGRAFÍA

1. Fuentes primarias

a ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. Sección Interior y Justicia. 1830–1848.

b ARCHIVO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. COLECCIÓN FRANCISCO JAVIER YANES. Escaparate IV, 35 volúmenes.

c ARCHIVO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. COLECCIÓN FERMÍN TORO. Carpetas: nº 17 B.1 (1840); nº 18 B.2 (1841); nº 19 B.3 (1842); nº 20 B.4 (1846).

d Prensa

El Americano, Caracas, 1865.

La Bandera Nacional, Caracas, 1837, 1838, 1839.

El Centinela del Ávila, Caracas, 1840.

El Constitucional, Caracas, 1847.

Cicerón a Catilina, Caracas, 1845.

El Correo de Caracas, Caracas, 1839, 1840, 1841.

Diario de la Tarde, Caracas, 1846.

El Eco Popular, Caracas, 1840.

Gaceta de Caracas, Caracas, BANH, 1983, 10 vols.

Gaceta de Venezuela, Caracas, 1831 - 1855.

El Heraldo, Caracas, 1859, 1860, 1861.

El Federalista, Caracas, 1865, 1866.

El Foro, Caracas, 1858.

El Liberal, Caracas, 1837, 1840, 1842.

El Nacional, Caracas, 1837, 1841.

El Nacional, Caracas, 1864.

El Observador Caraqueño, Caracas, 1824.

El Porvenir, Caracas, 1866.

La Prensa, Caracas, 1847.

El Publicista de Venezuela, Caracas, BANH, edic. Facsimilar, 1959.

El Venezolano, Caracas, 1840, 1842.

e Documentos impresos

ACTAS DEL CONGRESO DE ANGOSTURA. (febrero 15, 1819 - julio 31, 1821), Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Derecho, 1969.

ACTAS DEL CONGRESO CONSTITUYENTE DE 1830, Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1979, tomo I; 1980, tomo II; 1981, tomo III.

AUSTRIA, José de: *Bosquejo de Historia Militar de Venezuela,* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1960, 2 vols.

- *Un recuerdo de Bolívar*, Caracas, Imprenta de Tomás Antero, 1835.

- *Diario histórico de la campaña de Apure en 1837*, Caracas, Imprenta de Valentín Espinal, 1837.

- *Biografía del general de división Mariano Montilla,* 1851, (Colección exégesis y prospectiva de la historia militar de Venezuela),Caracas, Ministerio de la Defensa, s/f.

BARALT, Rafael María y Ramón Díaz: *Resumen de la Historia de Venezuela,* París, Imprenta de H. Fournier y Compañía, 1841, 3 vols.

- *Obras completas,* Maracaibo, Universidad del Zulia, 1960, 1963, 1964, 7 vols.

BELLO, Andrés: *Calendario Manual y Guía Universal de Forasteros en Venezuela para el año 1810,* Caracas, ANH, 1959.

BRICEÑO, Mariano de: *Historia de la Isla de Margarita. Biografías del General Juan B. Arismendi y de la señora Luisa Cáceres de Arismendi,* Caracas, Imprenta de *El Monitor*, 2da. Edición, 1885.

CARACAS EN EL EPISTOLARIO DE BELLO, Caracas, Ediciones de la Casa de Bello, 1979.

CAULÍN, Fray Antonio: *Historia de la Nueva Andalucía,* Caracas, ANH, 1966, 2 vols.

CANTÚ, César: *Compendio de la Historia Universal,* (versión castellana, por Juan B. Enseñat), París, Librería de Garnier Hermanos, tercera edición corregida, 1888.

CARLYLE, Thomas: *De los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia,* Madrid, coedición del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y editorial Océano de México, 1999.

CODAZZI, Agustín: *Resumen de la Geografía de Venezuela,* París, Imprenta de H. Fournier y Compañía, 1841.

DEPONS, Francisco: *Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme,* Tipografía Americana, 1930.

DÍAZ, José Domingo: *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas,* Caracas, ANH, 1961.

DOCUMENTOS QUE HICIERON HISTORIA, 1810 - 1989. VIDA REPUBLICANA DE VENEZUELA, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1989, tomo I.

EL REPERTORIO AMERICANO, Londres, 1826-1827, Caracas Ediciones de la Presidencia de la República en Conmemoración del Sesquicentenario de la Independencia Literaria de Hispanoamérica, 1973, 2 vols.

EPISTOLARIO DE LA PRIMERA REPÚBLICA, Caracas, ANH, 1960, 2 vols.

GONZÁLEZ, Juan Vicente: "A los conocidos incógnitos los Pedro, Carmen, Elías y Ezequiel, y a sus cómplices". *El Eco de los Estados,* Nº 38, Caracas, 16 de julio de 1864, en: *La Doctrina Conservadora, Juan Vicente González,* (Colección Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX, vol. 3), Caracas, Publicaciones del Congreso de la República, 1983.

- "Biografía de José Félix Ribas". *Revista Literaria,* Caracas, 1865, en: *La Doctrina Conservadora, Juan Vicente González,* (Col. PPVS XIX, vol. 2) Caracas, Publicaciones del Congreso de la República, 1983.

- "Biografía de Martín Tovar". *Revista Literaria*, Caracas, 1865, en: *La Doctrina Conservadora, Juan Vicente González,* (Col. PPVS XIX, vol.2), Caracas, Publicaciones del Congreso de la República, 1983.

- *Biografía del Doctor José Cecilio Ávila,* (Colección clásicos venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua), Caracas, Italgráfica, 1962.

- *El Doctor José Manuel Alegría*, (Colección clásicos venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua), Caracas, Italgráfica, 1962.

- *Manual de Historia Universal,* Caracas, Rojas Hermanos, Editores, 1863.

- *Manual de Historia Universal. Historia Moderna,* Caracas, Imprenta de Melquíades Soriano, 1863.

- *Manual de Historia Universal,* Caracas, Rojas Hermanos, 1885.

- *Historia Moderna,* (Edición con retrato del autor por Tito Salas y preámbulo y notas de José Eustaquio Machado), Caracas, Imprenta Bolívar, 1925.

- "Mesenianas". *El Venezolano,* Caracas, 28 de junio de 1842, en: *La Doctrina Conservadora. Juan Vicente González,* (Col. PPVS XIX, vol. 2), Caracas, Publicaciones del Congreso de la República, 1983.

- "Mis Exequias a Bolívar", Caracas, Imprenta de *El Venezolano*, 1842, en: *La Doctrina Conservadora, Juan Vicente González,* (Col. PPVS XIX, vol. 2), Caracas, Publicaciones del Congreso de la República, 1983.

- "Páginas de la Historia de Colombia y Venezuela o vidas de sus hombres ilustres". *El Heraldo,* Nº 1, Caracas, 1º de abril de 1859, en: *La Doctrina Conservadora, Juan Vicente González,* (Col. PPVS XIX, vol. 2), Caracas, Publicaciones del Congreso de la República, 1983.

- *Páginas Escogidas.* (Selección y notas de Mariano Picón Salas), Caracas, Antologías "Victoria", Manrique y Ramírez Ángel Editores, 1921.

- "Preámbulo" a la "Historia del Poder Civil en Colombia y Venezuela por medio de las biografías de Martín Tovar y José María Vargas". *Revista Literaria*, Caracas, 1865, en: *La Doctrina Conservadora, Juan Vicente González,* (Col. PPVS XIX, vol. 2), Caracas, Publicaciones del Congreso de la República, 1983.

- *Revista Literaria,* 1865, Caracas, edición facsimilar, Tipografía Vargas, S.A. 1956.

- *Venezuela y los Monagas,* Caracas, Imprenta de M.M. Zarzamendi, 1858.

LAMARTINE, Alphonse de: *Historia de los girondinos*, Buenos Aires, Iberoamericana, Edición resumida por M. Breé, 1947.

LARRAZÁBAL, Felipe: *Ideario político y económico, (1844 - 1872),* Caracas, Publicaciones de la Presidencia de la República, (Col. Nuestro Siglo XIX), 1963.

- *La candidatura de Antonio Leocadio Guzmán, (1845-1846),*en: Colección Nuestro Siglo XIX, Caracas, Publicaciones de la Presidencia de la República, 1963.

- *La vida y correspondencia general del Libertador Simón Bolívar,* Nueva York, imprenta de Eduardo O. Jenkins, 1865, 2 vols.

- *La vida y correspondencia general del Libertador Simón Bolívar,* Nueva York, imprenta de El Espejo, 4 Cedar street, 1878, 2 vols.

- *La vida y correspondencia general del Libertador Simón Bolívar,* Nueva York, Andrés Cassard, 4 Cedar street, sexta edición, 1883, 2 vols.

- *Vida del Libertador Simón Bolívar,* Caracas, Gobernación del Distrito Federal, Ediciones de la Comisión del Bicentenario del nacimiento del Libertador, edición modernizada con prólogo y notas de Rufino Blanco Fombona, 3 vols.

- *Vida y escritos del Libertador Simón Bolívar,* Caracas, reedición bajo los auspicios de la Presidencia de la República, modificada con prólogo y notas de Rufino Blanco Fombona. Editor: José Agustín Catalá, 1999.

LIBRO DE ACTAS DEL SUPREMO CONGRESO DE VENEZUELA 1811-1812, Caracas, ANH, 1959, 2 vols.

MONTENEGRO COLÓN, Feliciano: *Geografía general para el uso de la juventud de Venezuela*, Caracas, Imprenta de Damirón y Dupouy, 1833 – 1837, 4 vols.

- *Historia de Venezuela,* Caracas, ANH, 1960, 2 vols.

OVIEDO Y BAÑOS, José de: *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela,* (reproducción facsimilar de la edición hecha por Domingo Navas Spínola, en Caracas, 1824), Paul Adams, Nueva York, 1941.

- *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992.

RESTREPO, José Manuel: *Historia de la revolución de la República de Colombia*, París, Imprenta de David, 1827, 10 vols.

- *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América meridional*, Bogotá, Ed. Besanzon, Imprenta de José Jacquin, 1858, 4 vols.

- *Historia de la Nueva Granada*, Bogotá, Editorial Cronos, 1952, 2 vols.

RIERA AGUINAGALDE, Ildefonso: "Diario de Italia". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Nº 25, Caracas, 31 de marzo de 1924.

ROBERTSON, William: *Historia de la América,* (traducida al español por Bernardino de Amati), Burdeos, Imprenta de don Pedro Beaume, 1827, 4 vols.

ROJAS, Arístides: "Archivo de Yanes. Tributo de la familia del historiador Yanes a la memoria de Bolívar. 28 de octubre de 1879". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* Tomo XXIX, Nº114, Caracas, abril-junio de 1946.

ROSCIO, Juan Germán: *Obras*, Caracas, Publicaciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, 1953.

SANZ, Miguel José: "Informe sobre educación pública durante la colonia", en: *Testimonios de la Época Emancipadora*, Caracas, ANH, 1961.

TÁCITO, Cornelio: *Anales,* Madrid, Editorial Gredos, 1979, 2 vols.

TORO, Fermín: *Juicio crítico acerca de la Historia Antigua y de la Edad Media de Juan Vicente González,* Caracas, Imprenta de Melquíades Soriano, 1863, en: *La Doctrina Conservadora. Fermín Toro, (*Col. PPVS XIX, vol. 1), Caracas, Publicaciones del Congreso de la República, 1983.

- "El Resumen de la Historia de Venezuela de Rafael María Baralt". *El Liceo Venezolano,* Caracas, Nº 1, enero 1842, en: *La Doctrina Conservadora. Fermín Toro,* (Col. PPVS XIX, vol. 1), Caracas, Publicaciones del Congreso de la República).

YANES, Francisco Javier: *Compendio de la Historia de Venezuela desde su descubrimiento y conquista hasta que se declaró Estado independiente,* Caracas, ANH, editorial Élite, 1944.

- *Historia de la Provincia de Cumaná en la transformación política de Venezuela, desde el día 27 de abril de 1810 hasta el presente*

año de 1821, Caracas, Ediciones del Ministerio de la Educación Nacional, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1949.

- *Historia de Margarita y observaciones del General Francisco Esteban Gómez,* Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, 1948.

- *Manual Político del Venezolano,* Caracas, ANH, 1959.

- *Relación Documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado independiente hasta el año 1821,* Caracas, ANH, editorial Élite, 1943, 2 vols.

2. Bibliografía auxiliar

AAVV: *Juan Vicente González. Ante la crítica*, Caracas, Monteávila Editores, 1997.

ADAMS, Paul: "Prefacio" a Oviedo y Baños, José de. *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela*, Nueva York, Paul Adams, 1941.

ALCIBÍADES, Mirla: *La heroica aventura de construir una república,* Caracas, Monte Ávila Editores – Celarg, 2004.

ALONSO, María Rosa: "Por qué no volvió Baralt a Venezuela". *Revista Baraltiana*, Caracas - Maracaibo, Nº 5, febrero de 1965.

"Rafael María Baralt y su familia". *Boletín de la Biblioteca Nacional*, Caracas, Nº 7, enero - marzo de 1960.

ALVARADO, Flor: "Rafael María Baralt. Su época. Su obra de historiador y de filólogo". *Letras y Artes*, Maracaibo II, Nº 3, abril - junio de 1950.

ALVARADO, Lisandro: "Historia de la Revolución Federal en Venezuela". *Obras Completas*, Caracas, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1956, vol. V.

ARCILA FARÍAS, Eduardo: "Juan Vicente González, periodista". *Revista Nacional de Cultura*, Nº 16, Caracas, febrero y marzo de 1940.

ARÉVALO CEDEÑO, Natalio: *Don Juan Vicente González,* Caracas, editorial Surcos, 1940.

"Baralt y Fortique". *Revista Baraltiana,* Caracas - Maracaibo, Nº 7, enero de 1967.

BARNOLA, Pedro Pablo: "Génesis de la Historia de Venezuela por Baralt". *Apropósitos. Cuadernos literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos,* Nº 124, Caracas, 1965.

BAUMER, Franklin L.: *El pensamiento europeo moderno. Continuidad y cambio en las ideas 1600-1959*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

BLANCO FOMBONA, Rufino: "Prólogo" a *Roma*, París, Buenos Aires, Casa Editorial Hispanoamericana, 1913.

- "Rafael María Baralt". *Revista Baraltiana*, Caracas - Maracaibo, Nº5, febrero de 1965.

- "Prólogo" a la *Vida del Libertador Simón Bolívar*, edición mordernizada, Caracas, Gobernación del Distrito Federal, Ediciones de la Comisión del Bicentenario del nacimiento del Libertador, 1983.

BLOCH, Marc: *Apología de la Historia o el oficio de historiador*, Caracas, Fondo Editorial Lola de Fuenmayor, Fondo Editorial Buría, 1986.

BRADFORD BURNS, E.: "Ideology in nineteenth-century latin american historiography". *Hispanic American Historical Review,* 58 (3), 1978.

BRADING, David: "Héroes republicanos y tiranos populares". *Cuadernos Americanos.* (Nueva época). Nº 11. Sep.- oct., vol. 5, UNAM, México, s/f.

BRICE, Ángel Francisco: "Rafael María Baralt, historiador". *Revista de la Universidad del Zulia*, Maracaibo, (segunda época), Nº 8, octubre - diciembre de 1959.

BRICEÑO IRAGORRY, Mario: *Introducción y defensa de nuestra historia*, Caracas, Tipografía Americana, 1952.

- *Gente de ayer y de hoy*, Caracas, Editorial Independencia, 1953.
- *Lección y sentido de Antonio Nicolás Briceño*, Caracas, 1982.
- *Obras Selectas*, Caracas - Madrid, Ediciones Edime, 1954.
- *Pasión y triunfo de dos grandes libros.* (Homenaje a Codazzi y a Baralt en el centenario de la Geografía y de la Historia), Caracas, Publicaciones de la Academia Nacional de la Historia, Tipografía Americana, 1941.

BURKE, Peter: *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989,* Barcelona, España, Editorial Gedisa, 1994.

CARBONELL, Diego: "Juan Vicente González". *Juicios históricos*, Caracas, Imprenta Bolívar, 1919.

CARBONELL, Charles Olivier: *La historiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

CARDOSO, Ciro F. S. y H. Pérez Brignoli: *Los métodos de la historia*, México, Editorial Grijalbo, 1977.

CARDOZO, Manuel: *Felipe Larrazábal. Un político consagrado a sus ideales*, Caracas, Ediciones Tripoide, 1989.

CARLYLE, A.J.: *La libertad política. Historia de su concepto en la Edad Media y los tiempos modernos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

CARR, Edward H.: *La nueva sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.

- *¿Qué es la historia?,* Barcelona-Caracas-México, Editorial Seix Barral, S.A., 1979.

CARRERA DAMAS, Germán: *Cuestiones de historiografía venezolana,* Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1964.

- *Temas de historia social y de las ideas*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1969.

- "Simón Bolívar, el culto heroico y la nación". *Hispanic American Historical Review,* 63 (1), Duke University Press, 1983.

- *Venezuela: Proyecto nacional y poder social*, Barcelona, España, Editorial Crítica, S.A., 1986.

CASSANI, Jorge Luis y A.J. Pérez Amuchastegui: *Del epos a la historiografía científica*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1961.

CEDILLO, Víctor José: *Juan Vicente González*, Caracas, Cuadernos de la Asociación de Escritores Venezolanos, Editorial Élite, 1938.

COMELLAS, José Luis: *Historia de España moderna y contemporánea*, Madrid, Ediciones Rialp, 1978.

CORREA, Luis: "Juan Vicente González". *Terra Patrum.* (Páginas de crítica y de historia literaria), Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1941.

- *El bolivarismo de Juan Vicente González*, (Discurso de Recepción del Señor D. Luis Correa como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia el 3 de febrero de 1928), Caracas, Lit. y Tip. Vargas, 1928.

- "Prólogo" a las *Mesenianas*, Caracas, Editorial Sur América, 1932.

- "Temas para una biografía de Juan Vicente González". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Nº 44, Caracas, octubre-diciembre de 1928.

COSERIU, Eugenio: *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*, Madrid, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, S.A. 1973.

CROCE, Benedetto: *La Historia como hazaña de la libertad,* México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

- *Teoría e Historia de la Historiografía,* Buenos Aires, Editorial Escuela, 1955.

CUENCA, Héctor: *Juan Vicente González,* (1811-1866), Caracas, Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza, 1953.

CHABOD, Federico: *La idea de nación,* México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

DÁVILA, Vicente: "Prólogo" a Depons, Francisco. *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme,* Caracas, Tipografía Americana, 1930.

DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón: *Evolución de la historiografía en Venezuela,* (Colección Letras Venezolanas), Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1956.

- "Baralt, un venezolano del siglo XIX", en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Nº 169, enero-marzo, 1960.

- "Estudio Preliminar" al *Libro de Actas del Supremo Congreso de Venezuela 1811-1812*, Caracas, ANH, 1959, 2 vols.

- *Guzmán. Elipse de una ambición de poder,* Caracas - Madrid, Editorial Mediterráneo, 1975, 2 vols.

DÍAZ SEIJAS, Pedro: *Historia y antología de la literatura venezolana,* Caracas, Ernesto Armitano Editor, 1986, 2 vols.

EL MOVIMIENTO EMANCIPADOR DE HISPANOAMÉRICA. ACTAS Y PONENCIAS. (Mesa redonda de la comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia), Caracas, ANH, Sesquicentenario de la Independencia de Venezuela, 1961, tomo 1.

ESCOBAR SALOM, Ramón: "Estudio Preliminar" a Yanes, Francisco Javier. *Manual político del venezolano,* Caracas, ANH, 1959.

FRANCESCHI GONZÁLEZ, Napoleón: *El culto a los héroes y la formación de la nación venezolana,* Caracas, Litho-tip C.A., 1999.

FUETER, Eduard: *Historia de la historiografía moderna,* Buenos Aires, Editorial Nova, 1953, 2 vols.

FUSTEL DE COULANGES, Numa Denis: *La ciudad antigua,* Barcelona, ediciones Península, 1984.

GABALDÓN MÁRQUES, Joaquín: "Estudio Preliminar" a *El Publicista de Venezuela*, Caracas, ANH, 1959.

GARCÍA CHUECOS, Héctor: "Prólogo" a Yanes, Francisco Javier. *Historia de la provincia de Cumaná*, Caracas, Biblioteca Venezolana de Cultura, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, 1949.

- "Recuerdos del historiador Baralt". *Revista Baraltiana,* Caracas - Maracaibo, Nº 2, diciembre de 1959.

GARMENDIA, Herman: "Ideas crepusculares en Juan Vicente González". *Revista Nacional de Cultura*, Nº 145 - 146, Caracas, 1961.

GIL FORTOUL, José: *Historia constitucional de Venezuela,* (Biblioteca Simón Bolívar, tomos IX, X, XI y XII), México, Editorial Cumbre S.A., 1978.

- "Los historiadores venezolanos: Juan Vicente González y don Felipe Larrazábal". *El Heraldo,* Nº 2.681, Caracas, 4 de mayo de 1931.

GÓMEZ, Argenis José: *Juan Vicente González y los clásicos,* Caracas, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Instituto de Filología Clásica, UCV, 1979.

GONZÁLEZ GUINÁN, Francisco: *Historia contemporánea de Venezuela,* Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela, 1954, XV vols.

GONZÁLEZ OROPEZA, Hermann s.j.: "Estudio preliminar" a Baralt, Rafael María. *Memoria sobre los límites entre las Guayanas inglesa y venezolana.* Obras Completas, Maracaibo, Universidad del Zulia, Vol. II, 1960.

GOOCH, George P.: *Historia e historiadores en el siglo XIX,* México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

GRASES, Pedro: *Don Rufino José Cuervo. Conjunción de tres filólogos venezolanos,* Caracas, C.A., Artes Gráficas, 1945.

- *Biografía de Rafael María Baralt. 1810-1860,* Caracas, Ministerio de Educación/Dirección General, Departamento de Publicaciones, 1973.

- *Escritos selectos,* Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1989.

-"Estudio Preliminar" a Bello, Andrés. *Calendario Manual y Guía Universal de Forasteros en Venezuela para el año 1810,* Caracas, ANH, 1959.

- "Prólogo" a *Juan Vicente González,* (Colección Clásicos Venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua), Caracas, Italgráfica, 1962.

- *Temas de bibliografía y cultura venezolanas,* Caracas, Monte Ávila Editores, 1973.

GUERRERO, Luis Beltrán: "Con Rafael María Baralt". *Candideces*, (segunda serie), Caracas, Editorial Arte, 1963.

- *Biografía e historia. Las metáforas del positivismo,* Discurso de Incorporación como Individuo de Número, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1964.

- "Juan Vicente González". *Perpetua heredad,* Caracas, Biblioteca Venezolana de Cultura, Ediciones del Ministerio de Educación, E. Arte, 1965.

HARWICH VALLENILLA, Nikita: "La génesis de un imaginario colectivo: la enseñanza de la Historia de Venezuela en el siglo XIX". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Nº 282, abril-junio de 1988.

HERNÁNDEZ, Hugolino: *Juan Vicente González,* Caracas, Tipografía Americana, 1939.

Historia de la historiografía venezolana (Textos para su estudio). Selección, introducción e índices de Germán Carrera Damas, Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1985.

HUIZINGA, Johan: *El concepto de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

LAMEDA, León: "Juan Vicente González". *El Cojo Ilustrado*, Nº 91, Caracas, 1º de octubre de 1895.

LECUNA, Vicente y Cristóbal L. Mendoza: "Introducción" a Yanes, Francisco Javier: *Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado independiente hasta el año de 1821,* Caracas, ANH, Editorial Élite, 1943, 2 vols.

LEFEBVRE, Georges: *El nacimiento de la historiografía moderna,* Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1974.

LÓPEZ MÉNDEZ, Luis: "Juan Vicente González". *Mosaico de política y literatura. La balada de los muertos*, Barquisimeto, Editorial Nueva Segovia, 1955.

LOVERA, José Rafael: *Codazzi y la comisión corográfica*, *1830 - 1841,* Caracas, Biblioteca Nacional, 1993.

LYNCH, John: *España bajo los Austrias. Imperio y absolutismo, 1526 - 1598,* Barcelona, Ediciones Península, 1970, 2 vols.

LYONS, John: *Lenguaje, significado y contexto,* Barcelona, España, Editorial Paidós, 1983.

MACHADO, José Eustaquio: *Rarezas bibliográficas. Apuntaciones sobre la Historia Moderna de Juan Vicente González,* Caracas, Imprenta Bolívar, 1917.

- "Preámbulo" a González, Juan Vicente: *Historia Moderna,* Caracas, Imprenta Bolívar, 1925.

MARTÍNEZ MUÑOZ, Sergio F.: "La probabilidad y la causalidad", en: *La ciencia: estructura y desarrollo*, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, Madrid, Editorial Trotta, 1992.

MELICH ORSINI, José Rafael: "El resentimiento de Juan Vicente González. Apuntaciones para una biografía". *Revista Nacional de Cultura,* Nº50, Caracas, mayo-junio, 1945.

MENDOZA, Cristóbal y Vicente Lecuna: "Introducción" a Yanes, Francisco Javier. *Compendio de la Historia de Venezuela desde su descubrimiento y conquista hasta que se declaró Estado independiente,* Caracas, ANH, Editorial Élite, 1944.

Memorias del tiempo. Prosas venezolanas como testimonio y ficción. Selección, introducción y notas de Horacio Jorge Bacca, Caracas, Contraloría General de la República, 1988.

MIERES, Antonio: *La historia de Juan Vicente González en sus fuentes,* Caracas, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, UCV, 1977.

- *Mario Briceño Iragorry o la historia como disciplina moral,* Caracas, Fondo Editorial Tropykos/UCV, 1997.

- *Tres autores en la historia de Baralt*, Caracas, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, UCV, 1966.

MIJARES, Augusto: "Las ideas políticas de Baralt". *Boletín de la ANH*, Nº169, Caracas, tomo XLIII, enero - marzo de 1960.

- "Baralt historiador". *Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio.* Selección, introducción e índices de Germán Carrera Damas, Caracas, Imprenta Universitaria, 1961.

MILLARES CARLO, Agustín: *Rafael María Baralt (1810-1860). Estudio biográfico, crítico y bibliográfico,* Caracas, UCV, 1969.

MONTENEGRO, Manuel Vicente: "Juan Vicente González". *Esbozos de venezolanos notables*, Cartagena, Tipografía de García e Hijos, 1902.

NÚÑEZ, Enrique Bernardo: *Ensayos biográficos*, Caracas, Editorial Élite, 1931.

OJER, Pablo: "Estudio Preliminar y Edición Crítica" a Caulín, Antonio. *Historia de la Nueva Andalucía*, Caracas, ANH, 1966, 2 vols.

PARRA PÉREZ, Caracciolo: *Historia de la Primera República de Venezuela,* Caracas, ANH, 1959, 2 vols.

PERAZZO, Nicolás: "Discurso en el homenaje al ilustre prócer general José de Austria". *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela,* Caracas, vol. XXIII, Nº 78, 20-25 de abril de 1964.

PÉREZ, Joseph: "Pueblo y Nación en Hispanoamérica a principios del siglo XIX en la época de la Emancipación". *Tiempo y Espacio*, Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Departamento de Geografía e Historia, Caracas, Nº 11, enero-junio, 1989, vol. VI.

PÉREZ VILA, Manuel: "Nota Editorial" a la *Gaceta de Caracas,* Caracas, ANH, 1983, tomo IV.

PEREYRA, Carlos: *El sujeto de la historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

PICÓN FEBRES, Gonzalo: *La literatura venezolana en el siglo XIX*, Caracas, Presidencia de la República, 1972.

- *Nacimiento de Venezuela intelectual,* Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1939.

PICÓN SALAS, Mariano: "Notas sintéticas sobre el escritor" a las *Páginas escogidas,* Caracas, Antologías Victoria, Manrique y Ramírez Ángel Editores, 1921.

- "Reseña Cultural" a González, Juan Vicente. *Biografía del general José Félix Ribas*, Buenos Aires, W.M. Jackson Inc., Editores, 1946.

PINO ITURRIETA, Elías: *La mentalidad venezolana de la emancipación, 1810-1812,* Caracas, UCV, 1971.

- "Sentido y fundamentos de la mentalidad tradicional". Estudio preliminar al vol. VI de la *Gaceta de Caracas*, Caracas, Edición facsimilar, ANH, 1984.

- *Las ideas de los primeros venezolanos,* Caracas, Fondo Editorial Tropykos, 1987.

- *Fueros, civilización y ciudadanía,* Caracas, UCAB, 2000.

- *País archipiélago. Venezuela, 1830 - 1858,* Caracas, Fundación Bigott, 2001.

PLANCHART, Julio: "Juan Vicente González". *Temas críticos,* Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, fuentes para la historia de la literatura venezolana, 1972, vol. 3.

PLAZA, Elena: "Historiografía y nacionalidad: el *Resumen de la Historia de Venezuela,* de Rafael María Baralt". *Tiempo y Espacio,* Caracas, Centro de Investigaciones Históricas Mario Briceño Iragorry, Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Instituto Pedagógico de Caracas, vol. 13, enero-junio de 1990.

POURTOIS, Jean Pierre y Huguette Desmet: *Epistemología e instrumentación en ciencias humanas,* Barcelona, Editorial Herder, 1992.

PRIETO FIGUEROA, Luis Beltrán: "Prólogo" a Yanes, Francisco Javier. *Historia de Margarita y observaciones del General Francisco Esteban Gómez,* Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional de Cultura, 1948.

RAMA, Carlos M.: *Teoría de la Historia. Introducción a los estudios históricos,* Madrid, Editorial Tecnos, 1974.

RAYNERO, Lucía: "El fundamento histórico de la nacionalidad venezolana en la historiografía de Francisco Javier Yanes". *Anuario de Estudios Bolivarianos,* Caracas, Instituto de Investigaciones Históricas Bolivarium, Universidad Simón Bolívar, Nº 2, 1992.

- *La noción de libertad en los políticos venezolanos del siglo XIX, 1830 - 1848*, Caracas, UCAB, 2001.

ROJAS, José María de: "El pobre Baralt". En: *Recuerdos de la patria,* Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, (Colección Venezuela peregrina), 1963.

ROMANO, Ruggiero: "Algunas consideraciones alrededor de Nación, Estado (y Libertad) en Europa y América Centro-Meridional", en: ANNINO, Antonio y otros. *América Latina: del Estado colonial al Estado Nación, 1750-1940,* Torino, Editor Franco Angeli, 1987, vol. 1.

ROMERO LUENGO, Adolfo: *Rafael María Baralt. Gran señor de la historia y de la lengua,* Caracas, Editorial Panapo, 1996.

ROMERO, José Luis: *Sobre la biografía y la historia,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1945.

SALUZZO, Marco Antonio: "Juan Vicente González". *Estudios literarios,* Caracas, Tipografía Guttenberg, 1892.

- *Juan Vicente González,* Caracas, Tipografía de Rómulo A. García y C.A., 1901.

SANABRIA, Edgar: *Rafael María Baralt,* Caracas, edición facsimilar, Ediciones de la Presidencia de la República, 1982.

- "Don Rafael María Baralt". *Revista de la Universidad del Zulia,* Maracaibo, segunda época, II, Nº 8, octubre - diciembre de 1959.

SANOJA OBEDIENTE, Mario: *Ideas sobre el origen de la nación venezolana,* Discurso de Incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, ANH, 1987.

SANZ, Víctor: *La historiografía en sus textos. Desde sus orígenes hasta el Renacimiento,* Caracas, Fondo de Editorial de Humanidades y Educación, UCV, 1985.

SEIJAS, Rafael: "Historiadores de Venezuela". En: *Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio.* Selección, introducción e índices de Germán Carrera Damas, Caracas, Imprenta Universitaria, 1961.

SEMPRUM, Jesús: "Los Románticos". En: *Memorias del tiempo. Prosas venezolanas como testimonio y ficción,* Caracas, Colección Medio Siglo de la Contraloría General de la República, 1988.

SIWKA, Colette: *Historia, biografía y literatura. Venezuela Siglo XIX,* Caracas, Dirección de Cultura, UCV, 1982.

SHOTWELL, James T.: *Historia de la historia en el mundo antiguo,* México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

SORIANO, Graciela: *Perspectiva y expectativa de la historia en la época actual,* Caracas, Monte Ávila Editores, 1979.

TEJERA, Felipe: "Juan Vicente González". En: *Perfiles venezolanos,* Caracas, Presidencia de la República, Fuentes para la Historia de la Literatura Venezolana, 1973.

TOUCHARD, Jean: *Historia de las ideas políticas*, Madrid, Editorial Tecnos, 1996.

URBANEJA, Diego Bautista: "Introducción histórica al sistema político venezolano". *Politeia,* Nº 4, Caracas, UCV, 1975.

USLAR PIETRI, Arturo: "Juan Vicente González, el atormentado". En: *Letras y hombres de Venezuela*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948.

- "Tres momentos de Baralt". *Revista Baraltiana,* Caracas - Maracaibo, Nº 2, diciembre de 1959.

USLAR PIETRI, Juan: *Historia de la rebelión popular de 1814,* París, Ediciones Soberbia, 1954.

VALLENILLA LANZ, Laureano: "Coto Paúl. Estudio Histórico". *Ahora,* Nº 3.116 y 3.117, Caracas, 10 y 11 de octubre de 1944.

VETANCOURT, Manuel Norberto: "Esbozo del Humanista". *Billiken,* Nº 877, Caracas, 2da. Quincena de julio de 1939.

VEYNE, Paul: *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia,* Madrid, Alianza Editorial, 1984.

WHITE, Hayden: *Metahistoria. La imaginación histórica de la Europa del siglo XIX,* México, FCE, 1992.

ZERPA, Víctor Antonio: "Rafael María Baralt", *Revista Crónica de Caracas,* Caracas, Nª 43, enero-marzo de 1960, Publicaciones del Concejo Municipal del Distrito Federal, Tipografía Vargas, S.A., 1961.

ZUBIRÍ, Xavier: *Estructura dinámica de la realidad,* Madrid, Alianza Editorial, 1989.

3. Diccionarios

BIOGRAPHICAL DICTIONARY OF LATIN AMERICAN HISTORIANS AND HISTORIOGRAPHY, Connecticut, Greenwood Press, USA, 1984.

DICCIONARIO DE AUTORIDADES DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Madrid, Editorial Gredos, 1976. Edición facsimilar de la Primera Edición del Diccionario de la Lengua Española, 1732.

DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA COMPUESTO POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Madrid, Imprenta de Joaquín Ibarra, 1783.

DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Madrid, Imprenta Nacional, 1837.

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA, Madrid, Real Academia Española, 1998.

DICCIONARIO BIOGRÁFICO DE VENEZUELA, Madrid, Garrido Mezquita y Compañía, 1953.

DICCIONARIO DE HISTORIA DE VENEZUELA, Caracas, Fundación Polar, 1997, 4 vols.

DICCIONARIO MULTIMEDIA DE HISTORIA DE VENEZUELA, Caracas, Fundación Polar, 2000.

RODRÍGUEZ, Ramón A.: *Diccionario Biográfico, Geográfico e Histórico de Venezuela*, Madrid, 1957.

SCARPETTA, Leonidas M. y Saturnino Vergara: *El diccionario biográfico de los campeones de la libertad de Nueva Granada, Ecuador y Perú, que comprende sus servicios, hazañas y virtudes,* Bogotá, Imprenta de Zalamea, 1879.